MARÍA

ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO

PINTADA POR EL MISMO

O SEA

EL CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS

explicado en la misma Escritura

conforme á los Padres de la Iglesia y autores piadosos y doctos

escrito por

GABINO CHAVEZ, Pbro.

con motivo del jubileo de la declaración dogmática

de la Concepción en nombre

De la Madre de Dios

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS «J. DE ELIZALDE»

Puente Palma de Sto. Domingo, 7

1904

BT601
Ch3

2241

1080014879

MARIA,

ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

Al Muy y Rvmo. Sr.
Dr. D. Emeterio V. E.
S. S. S.
E. Ch. Pbro.

MARÍA

ESPOSA DEL ESPIRITU SANTO

PINTADA POR ÉL MISMO

O SEA

EL CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS

[illegible]

[illegible]

escrita por

GABINO CHAVEZ, PBRO.

con motivo del jubileo de la declaración [illegible]

de la Concepción en nuestra

De la Madre de Dios

[illegible]

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
39076

MEXICO
TALLERES TIPOGRAFICOS «J. DE ELIZALDE»
Puerta Falsa de San Juan
1904

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria y Pedro

MARIA

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Gobierno Eclesiástico
DE LEON

León, 5 de Noviembre de 1895.

Pase á la censura del señor Prebendado D. Miguel María Arizmendi y Herrera, recomendándole su pronto despacho.

Así el Ilmo. señor Obispo lo decretó y firmó.

EL OBISPO, ANGEL MARTINEZ. *Secretario.*

* * *

Ilmo. Señor:

En virtud de la comisión con que V. S. I. se dignó honrarme por el decreto que antecede, he leído con atención y positivo gusto el libro titulado: «María, Esposa del Espíritu Santo pintada por el mismo, ó sea: «El Cántico de los Cánticos explicado de la Virgen Santísima conforme á los Padres y Doctores», escrito por el respetable señor Pbro. D. Gabino

06 2241

Chávez, y no habiendo encontrado en él nada que se oponga al dogma católico y sana moral, creo que su publicación será en gran manera útil y provechosa para todas las personas que aspiran á la virtud y perfección, y en particular para aquellas que forman la Asociación de las Hijas de María Inmaculada y para los señores Sacerdotes, que hallarán en ese precioso libro materia escogida para predicar las glorias de la Santísima Virgen María.

Tal es mi humilde juicio que, humilde y respetuosamente, sujeto en todas sus partes al muy discreto y acertado de S. S. I.

Dios Nuestro Señor guarde por muchos años la muy apreciable é importante vida de V. S. I.

León, Noviembre 12 de 1903.

Ilmo. Señor.

Miguel M. Arizmendi y Herrera.

Gobierno Eclesiástico

DE LEON

León, 14 de Noviembre de 1903.

En vista del favorable dictamen que antecede, damos Nuestra licencia y facultad para que se imprima y publique el opúsculo escrito por el señor Pbro. D. Gabino Chávez y titulado «María, Esposa del Espíritu Santo, ó sea el Cántico de los Cánticos, explicado de la Virgen Santísima, conforme á los Padres y Doctores.»

Así el señor Gobernador diocesano lo decretó y firmó.

Velazquez. — Ambel Martínez, *Secretario.*

AL LECTOR

De María numquam satis, háse dicho: nunca se hablará ni se predicará, ni se escribirá bastantemente acerca de la Bienaventurada Virgen María. El pasado siglo ha visto correr como ríos las obras impresas en honor de la Madre de Dios; ya sean libros grandes y formales, como la trilogía de Augusto Nicolás, la del Obispo de la Habana, y sobre todo la gran «Summa aurea», que en diecisiete grandes volúmenes, contiene una colección de primorosas obras, acerca de la santísima Virgen, entre ellas los célebres Libros del Bienaventurado Canisio, que valen por muchos; y la «Suma de las grandezas de la misma Virgen santísima», recién publicada en París, y que llega á

trece tomos; las Conferencias de Michow traducidas ya á nuestro idioma en seis gruesos volúmenes, etc, etc. A estos copiosos ríos se juntan como arroyuelos de curso continuo, las publicaciones periódicas marianas, del Rosario, de Lourdes, de Pompeya, del Corazón de María y otras varias, que una ó dos veces al mes vuelan por los correos y derraman por todas partes las saludables aguas de la devoción á Nuestra Señora. Y el nuevo siglo no se quedará atrás del precedente, pues se experimenta como una deliciosa necesidad de pregonar de viva voz y por escrito las grandezas y las glorias de la Madre de Dios. Hanos cabido la suerte deponer en este mar unas cuantas gotas, traduciendo y escribiendo algo acerca de la Virgen santísima, á quien amamos tiernamente como á Madre y veneramos profundamente como á Reina. Hoy, que ya para nosotros se inclinan las sombras y sopla el viento anunciador del nuevo día (para hablar con las palabras del Cántico de los Cánticos), pensamos escribir algo de nuevo en honor de la Bienaventurada Virgen María; y viendo cuán-

to se le aplican varios versos del Cántico de los Cánticos, ya en los libros, ya en los sermones, ya sobre todo en el Oficio divino, que á veces en una fiesta con octava de nuestra Señora se reparten los ocho capítulos del Libro sagrado: que en la fiesta del santísimo Rosario toma la Iglesia de él hermosos pasajes, lo mismo que en la de la Inmaculada Concepción y en el nuevo Oficio de nuestra Guadalupana: viendo que en el Oficio Parvo, que tantos devotos rezan cada día, varias Antífonas son flores arrancadas del mismo campo, pensamos sería útil y agradable á los fieles el ir aplicando todo ese Libro con sus ciento diez y seis versos á la santísima Virgen María conforme á los santos y doctores. Ni nos estorbó la desnudéz de algunas expresiones, pues las almas están ya acostumbradas á referirlas al sentido místico, y dos ó tres veces, además, las hemos envuelto en una perífrasis oportuna. Pasaron ya los tiempos en que Fray Luis de León era detenido en las cárceles de la Inquisición por escribir del Cántico en castellano; hoy varias obras tratan de él por entero ó en frag-

mentos, y no tememos que á nadie haga el menor daño su lectura, á no ser que cayese en manos de los impíos que abusan de la palabra de Dios y de todo lo santo; antes abrigamos la firme persuasión de que la Virgen María será aquí mejor conocida y por tanto más amada; y así ofrecemos con confianza nuestro modesto trabajo á todos los siervos y devotos de María, pero muy particularmente á las almas que componen la dulce Asociación de Hijas de su Concepción Inmaculada. A ellas con especialidad nos dirigimos, y no sólo en muchos versos hablamos de ellas, sino también hacemos hablar á su querida Madre en ocho ocasiones, una después de cada capítulo, donde las aleciona con las mismas palabras que en él se han declarado, excitándolas á su amor y devoción y al ejercicio de varias prácticas en honor suyo.

De las grandezas del Cántico de los Cánticos, de su divina inspiración, de su maravillosa profundidad, de sus varias divisiones, nada hablamos aquí; ya por haber dicho algo de ello en otra parte, ya por no ser oportuno en una obra de

devoción y de piedad. No seguimos la división de las noches, de Bossuet, ni la de tres partes del drama, de Cornelio Alápide, por parecernos más sencillo el seguir la división que hace la Iglesia en ocho capítulos, ya que el número ocho es el número de la Inmaculada, y hablamos muy en particular con las Hijas de María, de la misma advocación.

Creemos también que aun á personas más instruídas, como los Señores Sacerdotes, podría serles útil este libro para la predicación; pues les daría la clave de excelentes desarrollos para anunciar las alabanzas de la Virgen María, ya en sus fiestas del año, ya en el mes que le está consagrado, ya que podrían acudir al Comentario del doctísimo Jesuita Alápide (que nos ha servido de perpetuo guía en nuestro trabajo), viendo indicadas en cada verso las ideas ó armonías que encierra acerca de la Virgen María. A ella y en honor de su Inmaculada Concepción, ofrecemos nuestro libro, que felizmente terminamos hoy, día conmemorativo del mismo misterio.

Irapuato, Octubre 8 de 1909.—J. Lárraga.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria y Tesis

CAPITULO I

Los seis ámulos del Esposo.—Su pecho.—Su nombre.—Las Hijas de María.—Los perfumes.—El gabinete.—Negra y hermosa.—Las viñas.—El medio día.—Los rebaños de cabritos.—La real carroza.—La tórtola.—Los collares.—El nardo, la mirra y el cipro.—El lecho de flores.—El techado de cedro y ciprés.—Voz de María.

VERSO 1.

«Béseme con el beso de su boca.»

Para la mejor inteligencia de cuanto habemos de decir, comenzaremos advirtiendo, que en el Cántico hablan cuatro interlocutores; por una parte el Esposo y la Esposa, que alternativamente llevan casi siempre la palabra; luego los jóve-

nes compañeros del Esposo y las jóvenes compañeras de la Esposa, que, conforme á las costumbres del Oriente, los seguían por todas partes en los días que duraba la celebración de las bodas. Unos y otras se ven claramente indicados en el Evangelio en aquellas parábolas en que habla Jesucristo de los que «aguardan á su Señor hasta que venga de las bodas» (Luc. XII. 36) y de las diez vírgenes que salieron al encuentro del Esposo y de la Esposa. (Math XXV). Lo difícil en el divino epitalamio, es el conocer cuándo hablan uno ó otro de los esposos, ó cuándo los compañeros ó las compañeras, pues aunque el singular y el plural bastante indican, todavía puede atribuirse el plural á uno solo que habla en nombre propio y de sus compañeros, ó puede ser de los amigos del Esposo y de la Esposa. Aun la voz de estos dos suele confundirse, y los santos Doctores entienden á veces dichas por la Esposa, las mismas que otros atribuyen al Esposo. Pero todo esto cede en mayor provecho, porque así se multiplican los sentidos y las inteligencias, lo que redunda en mayor glo-

ria del Señor y en nuevas alabanzas de su Madre Inmaculada.

Todos, empero, convienen en que en el primer verso, las palabras son de la Esposa, que en un arranque del alma interpela á su Esposo pidiéndole una caricia misteriosa, ó, más bien, mostrando su deseo sin dirigirse á él desde el principio: «Béseme con el beso de su boca.» Mas ¿por qué es ella quién rompe el silencio la primera? ¿No parece esto en cierto modo indebido á su sexo y que sería más oportuno el que tomase la iniciativa en la palabra el Esposo? Así pudiera parecer si sólo viéramos la corteza de las cosas; pero como todo en el divino Cantar es místico y figurativo, no tenemos qué hacer sino preguntar á los santos y doctores, la razón de esta entrada como intempestiva de la Esposa. Digamos, pues, al Abad de Buena Esperanza, Felipe: «Como en este drama, dice, hablan cuatro personas entre sí, ocurre preguntar: ¿Por qué es la Esposa la que desde luego se apresura á tomar la palabra, cuando parecería más conveniente el hacerlo al Esposo como más digno. Más

por esto se nos da á entender, que la Virgen María no es ignorante que necesite ser instruída, sino profunda conocedora de las palabras de los profetas que la precedieron, cuyo sentido investiga.» (Lib. 1. in Cantic. cap. 1.) Para cuya inteligencia es de advertir, que los patriarcas, en la antigua Ley, no cesaban de llamar al Justo, ya como á un recto de los cielos, ya como un germen de la tierra: ni los profetas dejaban de anunciarlo sembrando en sus escritos los más minuciosos detalles de sus dolores y de sus glorias; y este mismo verso del Cántico, dice Santo Tomás, que es la voz de la antigua sinagoga que pide al Salvador bajo el símbolo del ósculo que es unión, para significar la de las dos naturalezas en el Mesías esperado. La Virgen Santísima, es, pues, la continuadora de los deseos de los justos, de los suspiros de los patriarcas y profetas; y así, continuando la oración y súplica de todos ellos y á nombre de toda la iglesia primitiva, y aun podemos decir, á nombre de la naturaleza humana toda entera, lanza el grito del deseo, el suspiro de la expectación, la

voz del amor anhelante, y en un exabrupto sublime, levanta su voz y exclama; «Béseme con el beso de su boca.» Y no nos sorprenda asegurar que habla la dulce Virgen á nombre de la humana naturaleza, pues el Angélico Doctor, hablando de la Anunciación, asegura que Dios pedía el asentimiento de María en lugar de toda la humana naturaleza» (3. q. XXX. a. 1. in c.); por lo cual no es extraño que la representara también en sus inmensos deseos de la venida del Redentor, y que á su nombre la solicitara ardientemente. Pero veamos más en particular lo que la Santísima Virgen pide bajo el símbolo de esa regalada caricia. Y pues que en la lengua hebrea se dice: «béseme de los besos de su boca», no sólo una, sino varias cosas, se piden en esas palabras:

El primer ósculo es la unión con Dios Trino y Uno; y si el corazón del hombre tiende á ella con ímpetu vehemente, ¿cuál sería la violencia divina con que esta celestial criatura la apetecía? San Bernardo hace notar que en esta frase se indican las tres divinas Personas: al decir,

bíseme, se le habla al Padre; *su boca*, es el Hijo, y *el ósculo*, que del Padre y de su boca procede, es el Espíritu Santo, «que procede del Padre y del Hijo». Pide aquí, pues, la Inmaculada Reina, primeramente, la unión con la adorable Trinidad. Y Dios, entre todos los hombres y los ángeles, la ha escogido y predestinado, el Padre por Hija, y el Hijo por Madre, y el Espíritu Santo por Esposa. ¿Y cuándo se verificó este ósculo divino? Oigamos al Evangelio: «El angel le dijo: Ave, llena de gracia, el Señor es contigo.» Como si dijera: *Ave*, el Padre te saluda; *el Señor es contigo*, porque el Verbo va á tomar carne en tus entrañas; *llena de gracia*, porque el Espíritu Santo la ha difundido en ti copiosamente. Y oigamos todavía lo que sigue: «El Espíritu Santo sobrevendrá en ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.» (Luc. I. 35.) Aquí tenemos, dice San Bernardo, al Altísimo, ó sea el Padre; la virtud del Altísimo, que es el Hijo, y el Espíritu Santo, toda la Santísima Trinidad acudiendo al llamamiento, realizando el deseo, cumpliendo el voto de la Virgen María.

El segundo ósculo que pide, es el de deseo. Suspiraba con ansia por la venida del Señor; leyendo en Isaías que una Virgen le concebiría y le daría á luz, pedía á Dios ardientemente el conocer á aquella virgen felicísima, para servirla humildemente y de rodillas. Y es doctrina del piadosísimo doctor Suárez, y de otros teólogos, y concuerda con varias revelaciones, el que las súplicas de la Virgen María, apresuraron la venida del Redentor, y aunque mereció *de congruo* la divina Encarnación.

«Esta es, dice San Bernardo, la que obtuvo la reparación del mundo todo y la salud de todos: pues consta que por todos tuvo gran solicitud». (Serm. de Asumpt.)

El tercer ósculo, que pedía María Santísima, fué el de la Encarnación del Verbo divino, porque entonces se verificó en su castísimo seno la unión hipostática, uniéndose la Divinidad con la humanidad y cumpliéndose lo que dijo David, que «la justicia y la paz se dieron un

ósculo». Y así, cuando á la propuesta del ángel y á sus aclaraciones, respondió la humildísima Virgen: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», fué como si dijera: béseme con el beso de su boca; lo que al instante se verificó, siendo aquel *fiat* de sus labios virginales, productor en cierto modo de la Encarnación, como el *fiat* de la boca de Dios lo había sido de la creación.

El cuarto ósculo deseado, fué el ósculo maternal y corpóreo, cuando, nacido el Niño Jesús, su dulce Madre respetuosa y amorosamente lo acariciaba, pues como dicen varones graves y piadosos, al tomar al Niño por vez primera en sus brazos, la divina Madre le dijo: «Bienvenido sea mi Dios, mi Señor y mi Hijo»; y luego como á Dios besóle en los pies, y como á Señor en las manos, y en la boca como á su verdadero Hijo.

El quinto ósculo fue el de la doctrina; la dulce enseñanza de Jesús, de sus dulcísimos labios brotando, era suave y sabrosa como un ósculo á su humildísima Madre y discípula, y por eso el Señor, que sólo consagró tres años á instruir al

mundo con su predicación, quiso consagrar treinta á conversar é instruir á la Virgen María, que por eso es la Reina de los Apóstoles y la maestra de los evangelistas, como la han llamado los santos.

El sexto ósculo es la infusión de la gracia, puesto que es la gracia una participación del ser divino y nos une con Dios íntimamente. Y así, todas las gracias especiales hechas á la Reina del Cielo, son como otros tantos dulces ósculos que el Señor le concedió. Y por eso á todos los misterios de la vida de nuestra Señora, podemos muy bien acomodar esas palabras: su Concepción sin mancha fué como el primer ósculo que Dios le dió, infundiéndole la gracia y librándola de la culpa de origen: su nacimiento en que la presentó al mundo bella como la aurora, fué otro ósculo con que la preparó para que fuera precursora del sol de justicia: su admisión en el templo fué otro ósculo en el que se unió con ella, admitiendo su consagración y sus votos; en la Anunciación, como hemos dicho, recibió el ósculo real y substancial del Verbo, uniéndose á su carne inmaculada

en el Nacimiento de Cristo, era el ósculo filial correspondiendo al ósculo maternal de que hablamos; en la predicación era el ósculo de la doctrina; hasta en la Pasión, aquellas palabras: «Mujer, he ahí á tu hijo», eran como un ósculo sangriento y doloroso con que de ella se despedía; y cuando la visitó resucitado, fué como el ósculo de paz y de consuelo, después de las recientes amarguras. Por fin, el séptimo ósculo, podemos decir que es el de la visión beatífica, cuando la gran Señora, exaltada sobre los coros angélicos á los reinos celestes, fué colocada á la diestra de su Hijo, el Rey eterno, sentándose en un solio de estrellas como canta la Iglesia en la fiesta de su Asunción. ¡Cuán grande es, pues, María! ¡cuán hermosa! ¡cuán privilegiada entre todas las criaturas! ¡cuán amada y acariciada del Señor de cielos y tierra! ¡Y los hombres, sus hermanos, podremos dejar de amarla? ¿Y sus hijas, sus hijas muy amadas, cómo no se encenderán cada día más en amor suyo?

"Porque mejores son tus pechos que el vino."

Da la razón la Esposa del deseo que ha mostrado de la unión con el Esposo, y dice: «porque mejores que el vino son tus pechos.» ¿Qué significan estas palabras figuradas? Es como si dijera: «por haber gustado de celestes consolaciones, que manan de tu amor como del pecho de una madre, por eso aspiro al ósculo de tu boca.» Así, los pechos que lactan al infante, significan el amor del Señor que regala con consuelos y dulzuras maravillosas. El Señor se ha dignado compararse muchas veces en la Santa Escritura con el sexo femenino, que es el más tierno y amoroso con los hijos, para denotar el amor tierno, ardiente, profundo y desinteresado con que nos ama. Y así, unas veces se compara con el águila, otras veces con la gallina: otras con una nodriza (Is. XL. 3) ó con una madre (Isaí. LXVI. 13); y como la Virgen Santísima, conocía más que nadie y sentía este amor tan tierno del Señor, por eso mejor que nadie puede alabar y ponderar la suavidad y dulzura, de su seno más que maternal. Que si se compara con el vino, esto es tanto como decir, según explican

los Doctores: La dulzura del Evangelio, es mejor que la autoridad de la ley mosaica (Santo Tomás). El Nuevo Testamento, la ley de amor y de gracia, es mejor que el Viejo Testamento y la ley de rigor y servidumbre; la doctrina del Salvador, es superior á las tradiciones de los fariseos; el pecho, las entrañas y el Corazón divino de Jesucristo, son mejores que todas las virtudes de los justos antiguos; la bondad y la misericordia del Verbo hecho carne, es mejor que el vino de la ira é indignación divina de que habla el Apocalipsis (Apoc. XIX. 15); las dos especies eucarísticas, con que el Señor nos alimenta en la Iglesia, son infinitamente superiores al vino y las carnes de los antiguos sacrificios; finalmente, la caridad para con Dios y con el prójimo (dice San Gregorio), es superior al tráfago del siglo y al cuidado de las cosas temporales. San Bernardo cree que esta frase son palabras de las jóvenes que acompañan á la esposa, y que ellas alaban los pechos de su Reina y Señora; y en este supuesto, el sentido es mas obvio, pues alaban la maternidad de María, repre-

sentada por sus pechos «henchidos del cielo» como canta la Iglesia, y preciosamente alabados por aquella mujer que, representando á la Iglesia, decía al Señor: «Bienaventurado el vientre que te encerró y los pechos que te alimentaron.» (Luc. XI. 27.) Y la Iglesia, en el Oficio Parvo de Nuestra Señora, le canta regocijada en el himno de Landes, que por su belleza traducimos íntegro.

«Oh de las vírgenes la más gloriosa,
Entre los astros el más subido,
Que al que te creara, pequeño infante,
Nutres con pecho de leche henchido:»
«Lo que Eva triste nos ha quitado,
Tú lo devuelves con tu digno Hijo;
Y porque al cielo, los tristes entren,
Tú misma entreabres, María, sus quicios.»
«Del Rey excelso tú eres la puerta,
De luz palacio refulgentísimo;
La vida dada por esta Virgen
Cantad, oh pueblos, ya redimidos!
Jesús, la gloria á ti sea dada
Que de una Virgen nos has nacido,

Y con el Padre y Espíritu Santo,
Por sempiternos siglos de siglos.
Amén.

VERSO 2.

Fragantes como los mejores ungüentos:
óleo derramado es tu nombre;
por eso las jovencitas te amaron.

Continúa la Virgen Inmaculada alabando los pechos del Esposo; y si primero los prefiere al vino de las humanas consolaciones, ahora los compara con los perfumes más exquisitos. Mas como el buen olor significa la buena fama y el buen ejemplo en las sagradas Escrituras, pues dijo el Sabio: «mejor es el buen nombre que los unguentos preciosos» (Eccl. VII. 2); y el Apóstol San Pablo, hablando de los cristianos: «Somos para Dios el buen olor de Jesucristo» (2 Cor. II. 15); de aquí es que, la fragancia del Salvador, son los dones del Espíritu Santo de que estuvo colmado, pues como dice San Pedro:

«Ungióle con el Espíritu Santo y la virtud». (Act. X. 38), y ya David había anunciado que Dios le ungiría con su gracia (Psalm. XLIV.) Ve, pues, María, que la virtud y gracia de Cristo, con que el Eterno Padre le ungió, son superiores á todos los dones, gracias y virtudes que se confirieron, no sólo á Moisés y á todos los Padres, profetas y patriarcas, sino también á todos los santos juntos, y aun á los nueve coros angélicos; y así, admirando la gracia copiosa del Salvador, y alabándola con magnánimo corazón, exclama: «porque sus pechos son más fragantes que los mejores ungüentos».

Ahora bien; como la fragancia que sale de un foco odorífero, se suele comunicar á los objetos que se le acercan, así la fragancia de Jesucristo se adhiere á sus fieles, y comunica por ello entre todos, el olor de su conocimiento, como dice el Apostol (2. Cor. II. 14); pero en especial á la Virgen María, que tan cerca estuvo del Señor, que vivió treinta años en su compañía, que le trajo nueve meses en sus purísimas entrañas; ¿cuán olorosa, cuán fragante no la dejaría el Señor con

su celeste aroma? Por eso el ángel la llamó llena de gracia; y los Padres aseguran que todos los dones, todas las virtudes que en los santos puedan encontrarse, en ella se encontraron reunidos; y que así como á la congregación de las aguas se llamó *máría*, en latín (que significa *mares*), así á la congregación de las gracias se llamó María. Y no sólo las gracias de los Santos, sino otras especialísimas que ellos no tuvieron jamás, se reasumieron en esta Virgen admirable: como su Concepción sin mancha, su Maternidad divina, su perpetua virginidad unida con la maternidad, su asunción en cuerpo y alma á los cielos. Por eso la Iglesia, para significar esta fragancia suavísima de todas las gracias y virtudes en la Reina de los ángeles, la compara con toda clase de plantas odoríferas, aplicándole tantas veces aquel pasaje del Eclesiástico: «Como la canela y el bálsamo aromático di el olor; como la mirra escogida respiré suavidad; como la viña hice sentir mi aroma.» (Eccli. XXVI. 20).

San Bernardo y el Abad Ruperto aplican á la Virgen María las palabras de es-

te verso, y entienden que se alaban en él sus gracias, dones y virtudes. Y por eso podremos decir de ella aquel encomio de la Escritura: «Muchas hijas amontonaron riquezas; pero tú sola á todas las superaste (Prov. XXXI. 29).

Olio derramado es tu nombre.

Compara la Virgen María el nombre del Señor con el óleo, y nadie como ella conoció y penetró las grandezas y las dulzuras de su nombre adorable. En la antigua ley era el nombre de Jehová tan imponente y tan grandioso, que al leerlo en la Escritura no se atrevían á pronunciarlo y ponían otro en su lugar, y así dice David: «Santo y terrible es su nombre, y su justicia permanece por los siglos de los siglos» (Psalm CX. 9). Mas cuando el Verbo se hizo carne, entonces el nombre del Señor encerrado y como guardado en el seno del Padre, descendió y se derramó entre los hombres; y «llamóse su nombre Jesús» (Luc. 11. 21). ¿Cómo la Virgen soberana que venía á

ser como el Vaso sagrado en que este óleo, cayendo de lo alto, se derramó, no sentiría sus divinas influencias? Ya explicó maravillosamente San Bernardo, que el nombre de Jesús es (como el óleo) luz que ilumina, predicado, manjar que nutre, meditado, medicina que cura, invocado, ¿con qué torrentes de luz no alumbraría á su divina Madre? ¿cuán dulcemente no la nutriría? ¿cuán especialmente no la salvaría, de un modo único, aplicándole su sangre como antídoto, y no dejándola manchar ni un solo instante por el pecado de origen? Por eso estaba ella tan reconocida magnificando á Dios su Salvador y á su nombre Santo. Pero además de esta inteligencia, las mismas palabras se aplican á la Virgen Santísima: y no sólo San Bernardo de Ella las entiende, sino que la Iglesia al aplicarle en el Oficio Parvo las que siguen: «las jovencitas te amaron *mucho*», da á entender que las primeras de Ella hablan. Es sabido que el nombre de María es, después del de Jesús, el más dulce, el más suave, el más misericordioso; Ella también, como el óleo, es luz que alumbra y

medicina que cura; por eso se llama Madre de la Luz y Salud de los enfermos. Y el mismo melifluo Doctor, que tan bellamente ensalzó el nombre de Jesús, es el que ha dicho primores del de su Santa Madre. Y aunque sus palabras son tan conocidas, repitámoslas aquí, para endulzar con ellas nuestro discurso: «Y el nombre de la Virgen es María. Digamos algo de este nombre que significa estrella de la mar». Muy justamente se llama estrella, la que sin lesión da á luz á su Hijo, como sin corrupción emite su rayo la estrella; Ella, levantada sobre este grande y espacioso mar del mundo, es la clara y linda estrella que resplandece con sus méritos e ilustra con sus ejemplos.

¡Oh alma que en este mundo, más que andar sobre la tierra, te sientes navegar en un mar de tormentas y tempestades, jamás apartes los ojos del fulgor de esta plácida estrella, si no quieres ser tragada por la furia de las olas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si das en los escollos de las tribulaciones, mira á la estrella, invoca á María: si las olas de la soberbia, de la ambición, de la de-

tracción ó de la envidia te combaten, mira á la estrella, invoca á María; si la ira ó la avaricia, ó la concupiscencia de la carne empujasen la navecilla de tu alma, mira á María; si turbado por la enormidad de tus delitos, confundido por la fealdad de tu conciencia, ó aterrorizado con el rigor del juicio divino, comienzas á sumergirte en el abismo de la tristeza y de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las dudas y angustias, piensa en María, invoca á María. Nunca se aparte de tu boca ni de tu corazón, y no omitas la imitación de sus virtudes, para que impetres el auxilio de sus súplicas. Si á Ella sigues, no te descaminas; si á Ella ruegas, no pierdes la esperanza; si en Ella piensas, no yerras; si á Ella te arrimas, no caes; si Ella te proteje, nada temas; si Ella te guía, no te fatigas; si te es propicia, arribas felizmente; y así experimentarás en ti mismo con cuánta razón se ha dicho: «Y el nombre de la Virgen es María. (Homil. 2. sup. Miss. est.).

Por eso las jovencitas te amaron.

El óleo derramado es el Verbo encarnado; y por eso las almas le amaron, porque se dió á conocer, á tratar y á querer viviendo entre nosotros, y hecho en todo semejante á nosotros, fuera del pecado. Y así antes de la Encarnación, Dios era sólo temido, y se decía: «No nos hable el Señor, no sea que muramos» (Exod. XX. 19); mas una vez hecho el Verbo carne y habitando entre nosotros, ¡qué amor no ha excitado en los corazones! ¡cuántos millones de mártires le han dado el mayor testimonio de amor derramando por él su sangre entre terribles tormentos! ¡cuántas almas han huído del mundo y poblado los claustros y los desiertos para mejor servirlo! «Oleo derramado es tu nombre, por eso las jovencitas te amaron.»

La Iglesia misma nos autoriza á aplicar estas últimas palabras á la Virgen María, pues se las aplica en su oficio, y aun añade como San Bernardo: «las jovencitas te amaron mucho.» El nombre

de María significa Señora, Reina y Soberana. Y como es Reina de misericordia, de la cual el óleo es un símbolo, muy bien se dice que su nombre es óleo derramado. Derramando su misericordia entre todos los mortales, cautiva á las almas y las atrae á su amor y servicio. Después de Jesucristo, nadie hay ni nada á que se profese tan ardiente amor como á su divina Madre: prueba de ello son los templos que se le erigen, las peregrinaciones numerosas á sus santuarios, las órdenes religiosas que se le consagran, los libros que se escriben de Ella y para ella, la coronación de sus imágenes, las innumerables cofradías que la invocan, las insignias exteriores, que son como libreas de sus siervos, con que gustosos se atavían. Mas advirtiendo que en el hebreo, la voz jovencitas, quiere decir más propiamente vírgenes, doncellas, no podemos menos de aplicar estas palabras á la dulce y amada Asociación de las Hijas de María Inmaculada. Esta Asociación, fundada por las hermanas de la Caridad en sus escuelas y obradores y continuada por los misioneros de San Vicente de

Paúl, había sido anunciada por la misma Virgen Santísima á la Hermana Catalina Labouré, la misma á quien se le mostró la visión que dió origen á la medalla milagrosa; dijo, pues, á esta buena alma, la Madre de Dios, que se estableciera una agregación de doncellas en honor suyo: que á ella confluirían las pobres en gran número, y que celebrarían sus fiestas con gran solemnidad; todo lo cual vemos literalmente cumplido, habiendo solamente en nuestra República, cuando esto se escribe (en 1903), más de treinta mil jóvenes que componen la Asociación de Hijas de María, siendo de la clase pobre en su mayoría. Estas doncellitas la amaron muchos, pues por Ella guardan gustosas la virginidad; por Ella huyen de los bailes y teatros; por Ella dejan las pompas del mundo que á su edad tanto seducen; por Ella se atraen con su vida cristiana y retirada, no solamente las burlas y mofas de los mundanos, sino á veces, aun horribles y atroces persecusiones. Pero «la amaron muchos»; y como el amor es fuerte como la muerte, conforme á este mismo Cántico, de allí es que todo lo

sufren con paciencia y hasta con alegría por su querida Madre, y perseveran firmes hasta la muerte en su dulcísimo servicio. Otras muchas asociaciones hay de Hijas de María, ya en las casas de los PP. de la Compañía de Jesús, ya en las de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, ya en las casas de los Misioneros Hijos del Corazón de María, ya en las de los Salesianos; pero en ninguna de ellas se trata de solo las jovenes doncellas, sino que abren sus puertas á todos los estados, y algunas á los dos sexos, juntando al pueblo cristiano al amor y servicio de la Virgen María.

Todas éstas la aman ciertamente, pues por su amor se afilian en sus banderas; pero las que hacen profesión de la virginidad y sacrifican los placeres del siglo, claro es que éstas la aman mucho, como dice la antífona del Oficio Parvo. Y todas han corrido tras el olor de sus ungüentos, pues todos han sido atraídos por su dulzura, por sus bondades, por sus virtudes y sus excelencias.

VERSO 3.

Trácme: tras de ti correremos al olor de tus ungüentos.

Es la Esposa la que habla aquí al Esposo, en su nombre y en nombre de sus compañeras; por lo cual primero dice: «tráeme á mí»; y después añade, como hablando por sí y por las otras: «y tras de ti correremos.» Es la Iglesia, dicen los Santos Padres, que encantada de las gracias y la dulzura de Jesucristo que había nacido, le pide con instancia que la atraiga para gozar de sus delicias, y aun más para imitar sus ejemplos y sus virtudes. Y pide ser atraída, porque sabe que la naturaleza, sola, no puede ir á Dios, sino llevada por la gracia; por lo cual, Cristo decía: «nadie puede venir á mí, si mi Padre no lo trajere» (Joan. VI. 44); y principalmente cuando se trata de cosas arduas y elevadas, pues dice el mismo divino Maestro: «Si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo (Joan. XII. 32). Es, pues,

sufren con paciencia y hasta con alegría por su querida Madre, y perseveran firmes hasta la muerte en su dulcísimo servicio. Otras muchas asociaciones hay de Hijas de María, ya en las casas de los PP. de la Compañía de Jesús, ya en las de las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, ya en las casas de los Misioneros Hijos del Corazón de María, ya en las de los Salesianos; pero en ninguna de ellas se trata de solo las jovenes doncellas, sino que abren sus puertas á todos los estados, y algunas á los dos sexos, juntando al pueblo cristiano al amor y servicio de la Virgen María.

Todas éstas la aman ciertamente, pues por su amor se afilian en sus banderas; pero las que hacen profesión de la virginidad y sacrifican los placeres del siglo, claro es que éstas la aman mucho, como dice la antífona del Oficio Parvo. Y todas han corrido tras el olor de sus ungüentos, pues todos han sido atraídos por su dulzura, por sus bondades, por sus virtudes y sus excelencias.

VERSO 3.

Trácme: tras de ti correremos al olor de tus ungüentos.

Es la Esposa la que habla aquí al Esposo, en su nombre y en nombre de sus compañeras; por lo cual primero dice: «tráeme á mí»; y después añade, como hablando por sí y por las otras: «y tras de ti correremos.» Es la Iglesia, dicen los Santos Padres, que encantada de las gracias y la dulzura de Jesucristo que había nacido, le pide con instancia que la atraiga para gozar de sus delicias, y aun más para imitar sus ejemplos y sus virtudes. Y pide ser atraída, porque sabe que la naturaleza, sola, no puede ir á Dios, sino llevada por la gracia; por lo cual, Cristo decía: «nadie puede venir á mí, si mi Padre no lo trajere» (Joan. VI. 44); y principalmente cuando se trata de cosas arduas y elevadas, pues dice el mismo divino Maestro: «Si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo (Joan. XII. 32). Es, pues,

como si el alma dijera al Señor: «Tráeme, oh Dios mío, de los vicios á las virtudes; de la ignorancia á la fe; de la carne al espíritu: de la tibieza al fervor; del empiezo á la consumación; de lo fácil y pequeño á lo grande y difícil; del temor al amor; del deleite á la cruz y á la mortificación. Bien se echa de ver, que explicado de ese modo no conviene á la Virgen Inmaculada, en quien no hubo culpas, ni tibieza, ni pequeñeces, sino que en todo y siempre fué pura, santa, fervorosa, consumada en las virtudes, y amantísima de la cruz y Madre de Dolores. Pero desde que sus ojos vieron al Niño Dios recién nacido; cuando se arrodilló al pie del pesebre para adorarlo profundamente, ¡qué sentimientos tan dulces no experimentaría! ¡qué expresiones tan tiernas y encendidas no le diría! «Tráeme, mi Señor y mi Dios, y mi Hijo y fruto de mi seno; tráeme, dueño mío, y sangre y carne mía; tráeme, oh mi amabilísimo Jesús; tráeme con tus divinos atractivos, Imán poderoso de mi corazón, y correré tras de tus inefables aromas; imitaré siempre y con la mayor

perfección tus divinas virtudes; tráeme, oh mi amado Jesús, y seré humilde como tú, que siendo Dios te has hecho Hombre en mis entrañas; pobre como tú, á quien se niega la posada y nada dices; víctima como tú, que desde al nacer comienzas á sacrificarte por los hombres; encendida en caridad como tú, que fuego veniste á traer á la tierra, y nada quieres más que verlo encendido. Y no sólo yo correré con pasos agigantados tras el olor de tus ungüentos, sino que conmigo y tras de mí correrán mis siervos y devotos; las innumerables órdenes religiosas, los grupos numerosos de vírgenes en los claustros congregadas, y que me reconocerán por Patrona y por Madre; las Congregaciones en que florecerán los Gonzagas y los Kostkas y los Berchmans, y tantos otros; la Asociación consagrada á mi Concepción sin mancha y que cobijará bajo su sombra más de doscientas mil vírgenes en el seno de un mundo corrompido, combatirán bajo el estandarte de la humildad y la pureza, haciendo guerra al mundo y á la carne, y siguiendo como soldados fieles la

bandera de Jesús, tras de la cual siempre anduvo su Madre. «Tráeme, y tras de tí, correremos al olor de tus ungüentos.»

María Santísima, aunque tan grande, tan bella y tan gloriosa, nada tiene por sí misma; como la luna que debe al sol su luz y su hermosura, así Ella todo lo debe al Señor que la crió, y la adornó de gracias y excelencias sobre toda criatura; y por eso el arcángel la saluda llena de gracia y unida con Dios, y por Dios bendita entre las mujeres, porque la gracia copiosísima de que fué colmada, la unión íntima con Dios á quien llevó en su seno, la bendición que la hizo Reina de su linaje, y aun de las gerarquías superiores, todo ello le fué graciosamente comunicado. Por eso dice á su amado: «Tráeme», porque sabe que á su contacto, á su atracción, á su acción divina y misericordiosa, debe su elevación y su grandeza. No la trajo Dios de la culpa á la gracia como á los hombres pecadores, sino de la gracia original á las gracias sucesivas, que con su cooperación perfectísima iba haciendo

crecer progresivamente y con aumento de multiplicación que llega á cantidades formidables, como tan bien lo explica Suárez y después de él el P. Pablo Señeri. (El devoto de María, cap. 3). Trájola el Señor de lo grande á lo mayor, á lo máximo, á lo inconmensurable: «Sus fundamentos se zanjaron sobre sus más altas montañas», como dice el Salmo 86, que la Iglesia le aplica en su Oficio Parvo; porque en el principio de su vida tuvo más gracia y santidad que los santos más levantados. Además de esto, como el Salvador anunció que al subir á lo alto todo lo atraería á sí mismo, bien podemos considerar que así como el imán atrae al hierro con tanta más fuerza cuando más cerca de sí lo encuentra, hallándose la dulcísima Virgen María tan cerca de su divino Hijo, que como dice San Juan, estaba junto á la misma cruz de Jesús, no hay duda que la atraería á sí de un modo maravilloso, y la uniría consigo, y con sus penas y dolores, de un modo que los mortales no podemos nunca llegar á comprender. Por eso ha dicho san Bernardo, que Jesús y María

formaban una sola víctima crucificada, porque todos los dolores que el Señor sentía en su carne adorable, María Santísima los sentía en su alma; que por eso se le anunció que había de ser traspasada con una espada. Por eso es Madre de Dolores, por eso los santos la llaman mártir, y aun más que mártir; y los fieles la aclaman Reina de los mártires; y quien quiera ser su verdadero siervo y devoto, menester es que corra en pos de ella tras el dolor de sus unguentos, es decir, tras de las virtudes y dolores de Cristo crucificado. No sólo debemos compadecer y venerar las penas y amarguras de nuestra buena Madre, sino correr tras Ella y con Ella al Calvario, visitar aquellas dolorosas estaciones que ella tanto visitaba después de la Ascensión de su Santísimo Hijo, y ser amigos de la cruz, guareciéndonos siempre debajo de ese árbol sagrado. Por eso dice Tomás de Kempis, que «no hay salud para el alma ni esperanza de la vida eterna sino en la cruz, y que no debemos buscar otro camino que el camino real de la cruz.» (*De imitat. Christi*, lib. II, cap. III.

Por ese camino fué llevada Nuestra Madre Inmaculada: á la cruz pidió ardientemente ser abrazada, y tras de ella quiere que á la cruz corran también sus hijos apresurados. «Trahe me: tras de tí correremos al olor de tus ungüentos.»

Introdújome el rey en su gabinete.
Alegrarémonos y regocijarémonos
en tí, acordándonos de tus pechos mejores
que el vino.

Aquí la Esposa llama Rey á su Esposo, no sólo porque es el Rey de su corazón y de sus afectos, sino porque verdaderamente reconoce y adora su dignidad real Jesucristo es Rey verdadero é inmortal, cuyo reino no tendrá fin, como canta la Iglesia en el Credo: y en los Oficios del Corpus, de Todos los Santos y en el de difuntos, y otras muchas veces, gusta de hablarle, saludarle y pedirle como á Rey. Mas si el Esposo es Rey, es claro que la Esposa también es Reina; y por eso en la hermosísima antífona de la

Salve, que todo labio católico dirige con tanta frecuencia á la Virgen María, la llamamos justamente Reina y Madre; si bien, como dice San Bernardo, parece haber dejado el Señor para sí el reinado y la administración de la justicia, reservando á su Santísima Madre el reinado de la Misericordia. Esta Reina, pues, clementísima, dice á las almas sus devotas, á sus siervas y á sus hijas: «Introdújome el rey en su gabinete.» ¿Qué gabinete podrá ser ese de que habla en esta frase? La palabra hebrea á que ésta corresponde, tiene muchas significaciones, lo que da lugar á varios y preciosos sentidos. Significa, pues, lo primero, una pieza ó aposento interior y reservado, donde no tienen entrada las visitas de etiqueta, sino sólo los más amigos y familiares; significa el aposento secreto donde se guardan tesoros y riquezas, escondiéndolas de todos los ojos, para dejarlas ver tan sólo de los íntimos y de confianza; significa las bodegas donde se guardan los vinos y licores, ó la despensa donde se tienen en preparación conservados los manjares y viandas para

servirlas á su tiempo. Conforme á esto, veamos lo que quiere decir la Inmaculada Virgen, cuando hablando con las almas, les dice: «Introdújome el Rey en su gabinete.» El gabinete es el lugar donde se tratan los negocios, donde se comunican los secretos y se saben las voluntades del soberano. Y por eso los Padres han entendido con San Ambrosio, que aquí se habla de los secretos misterios de la Encarnación del Señor, de su Pasión y Resurrección: «introdújola, dijo el santo Doctor, en todos sus interiores misterios, dióle las llaves para que se hiciese dueña de los tesoros de la ciencia de los Sacramentos, para que abriese de par en par las puertas hasta entonces cerradas, para que conociese la gracia de Cristo descansando el sueño de su muerte y la virtud de su resurrección.» Y aunque el santo habla de la Iglesia, y otros Padres entienden que fué introducida al conocimiento ó inteligencia de las sagradas Escrituras, cámaras secretas donde el Rey mora, porque todas hablan de Jesucristo ó miran á Jesucristo; pero con muchísima espe-

cialidad y conveniencia se puede todo entender de la celestial Reina, introducida primero que todos, y más íntimamente que nadie, ya en el conocimiento de la Escritura, que leía continuamente y con luz divina entendía: ya en los grandes y secretos misterios de la Encarnación y Redención, en los cuales tuvo tanta parte. Así, cuando el Angel anunció á María aquel misterio, fué como introducirla al gabinete de los secretos del Rey eterno. En ese gabinete se trató el negocio más trascendental de todos los siglos: en aquel gabinete el embajador real vino á tratar, como de potencia á potencia, el asunto de la reparación del universo; y aquella humilde doncella que asume el nombre de esclava, es la Reina universal, que va á dar el consentimiento para aquel divino desposorio, en lugar (dice santo Tomás) de toda la naturaleza humana. ¡Qué grande, qué noble, qué sublime es la amable María en esas circunstancias! El Todopoderoso, sólo espera un *fiat* de su boca para descender al mundo y hacerse carne, la felicidad y la suerte del cielo y

de la tierra está pendiente de sus labios, y parece que todo se junta, los ángeles y los hombres, dice San Bernardo, para suplicarle que deje caer de su boca esa palabra para siempre bendita!

Y cuando María da á luz al niño en el portal de Belén, y le ve adorado de pastores y de reyes, «confiriéndolo todo en su corazón» (Luc. II. 19) y cuando escuchaba, como discípula atenta y aprovechadísima, las lecciones que por tantos años recibió de Jesús en Nazareth; y cuando al pie de la cruz meditaba los profundos misterios que encierra, y oía las palabras postreras de su Hijo, y cuando le miraba resucitado: ¿quién podrá dudar que la Reina era llevada al profundo conocimiento de todos esos Misterios, y que podría decir arrebatada: «Introdújome el Rey en su gabinete.»

Lo mismo puede asegurarse respecto del erario de sus tesoros; Dios quiso que todo lo tuviésemos por María, ha dicho San Bernardo; y esta doctrina, antes contestada ó impugnada por algunos teólogos sombríos, fué abrazada con calor por el devotísimo San Alfonso María de Li-

gorio, y defendida muy á propósito de los sabios que la combatían: hoy, dichosamente, que el amor á nuestra amada Madre se ha derramado como un torrente por todo el universo, no hay boca que no la publique, ni pluma que no la escriba, ni corazón que no la crea. Ella misma parece declararlo en esta frase: «Introdújome el Rey en la cámara de sus riquezas, dióme la llave de sus tesoros, hízome duefia de todo, para que de todo disponga en vuestro favor. ¡Oh amados hijos! El todo lo puede con su omnipotencia, y yo todo lo puedo con mis súplicas; El se ha reservado el reinado de la justicia, y á mí me ha hecho Reina de amor y de misericordia.» Y así, [illegible] gratemos regocijaremos en ti, gran Dios y Señor nuestro, acordándonos de tus castos amores, más deliciosos que el vino de todas las humanas delicias.»

«Introdújome el Rey en sus bodegas.» La despensa que contiene las viandas, y las bodegas que guardan los vinos, significan los varios grados de contemplación á que Dios va introduciendo al alma y que Santa Teresa explica en

aquellas siete místicas moradas. Son como vinos generosos con que el alma, santamente embriagada, se olvida del mundo, pierde el conocimiento de las cosas terrenas, y se une á Dios con estrecher maravillosa. La Reina del cielo fué introducida más adentro que nadie en estas místicas bodegas; y si tanto asombro nos causa lo que leemos de Santa Teresa, de Santa Catalina de Sena, de la de Genova, de la Madre Margarita Alacoque, cuando el Señor les sacaba el corazón y lo metía dentro del suyo divino; cuando les hería con dardos de fuego; cuando les decía palabras tan regaladas que causan espanto, ¿qué no haría con su santa é Inmaculada Madre? ¿qué obsequios, qué regalos, qué caricias tan inefablemente tiernas en lo íntimo de su alma, no tendría con aquella criatura, obra maestra de sus manos, prodigio de su sabiduría, portento de su bondad y de su poder? Nó; no hay lengua que pueda decirlo, ni entendimiento que alcance á comprenderlo. Ni aun Ella misma, osamos decir, comprende en toda su extensión é intensidad lo que

Dios hizo con Ella; y por eso en su cántico se contenta con llamarlas «grandezas», *quia fecit mihi magna qui potens est*; y por eso convida á todas las almas á alegrarse y regocijarse con el recuerdo de estas finezas y caricias del Esposo, que la ha introducido á la bodega de vinos tan regalados y misteriosos. «Introdújome el Rey en sus bodegas». «Alegrarémonos y regocijarémonos en ti, acordándonos de nuestros amores mejores que el vino.»

El Abad Ruperto explica esto del misterio de la Visitación. Allí fué llevada María Santísima é introducida á la casa de Zacarías é Isabel, como en un lugar secreto donde el Señor había obrado é iba á obrar tantas maravillas; y allí cantó la Virgen el dulce cántico, en el cual su espíritu se regocijó en Dios su Salvador, que había obrado con Ella tan grandes cosas. Y así puede entenderse, pues la Santa Escritura es fecunda en místicas inteligencias.

También pensamos que estas palabras convienen mucho al misterio de la presentación de la Niña María, de tres á

cinco años de edad, en el templo. Allí fué el lugar de sus delicias: allí fué introducida en el santuario, que es el Gabinete del Esposo; allí entró al conocimiento de las Santas Escrituras que leía, á la bodega de los vinos, en su continua oración, y altísima contemplación á que el Señor la levantaba; al conocimiento de los misterios de la Redención, que tanto deseaba y pedía. Ese era el gabinete donde con el Esposo trataba; ese el erario donde se enriquecía; esas las bodegas del vino donde perdida de sí, vivía sólo para el Amado. Y por eso excita á sus hijas á entrar con ella á esa mansión deliciosa.

¡El convento! El convento es el lugar más dulce y delicioso de la tierra; no en verdad por las delicias de los sentidos, sino por las del corazón y del espíritu. Llámanle los autores místicos el paraíso de la tierra. Todas las almas nobles y generosas suspiran por él, muchas veces sin conocerlo; y como es el centro de las más preciosas virtudes, Satanás le hace una guerra tremenda: los novelistas é impíos se encargan de pintarlo como un lu-

gar de tristeza, de esclavitud y de tiránica sujeción; y así hacen que muchas almas tengan un horror grande á la vida religiosa. ¡Infames! mienten cínicamente; hablan de lo que no conocen y son emisarios del infierno. Pues, ¿por qué siguen buscando el convento tantas almas juveniles, á pesar de nuestras estúpidas leyes? ¿Por qué, invitadas á la *libertad* y al *bienestar* por la Revolución, ninguna cayó en sus redes? Si eran víctimas forzadas, ¿por qué no se escaparon de sus cárceles? Es porque la Virgen María las llama, las invita, las atrae: y por eso de su amada Asociación han salido y salen centenares de cándidas palomas, para acogerse á las cámaras reales, al gabinete secreto, á las bodegas del Rey eterno.

Alegrémonos y regocijémonos, y que rabien los impíos, y rujan en sus cavernas los demonios, mientras las nobles doncellas dicen á su Madre: «Traednos, y tras del Esposo correremos radiantes de alegría, tras el olor de sus ungüentos!»

Mas sigamos con el divino Cantar. Continúa así:

Los rectos te aman.

En la lengua hebrea, con mayor énfasis se dice: «La equidad ó la rectitud te ha amado.» ¿Que significa esa frase tan extraña? Explican los Doctores, que es como si la Esposa dijera: «los ánimos rectos, que tienen recto y sincero el gusto de la mente, y no depravado por el mal humor de la concupiscencia; los que todo lo miden con la recta intención y no con lo torcido de las pasiones, esos son los que te aman, pues tus amores son rectísimos, esto es, justísimos y equitativos, conformes en todo á la recta razón, á la ley y al Señor.» Pero si la rectitud es la caridad y la gracia, y lo torcido es el vicio y el pecado, síguese que á medida que el alma se aparte más y más del pecado, irá amando más y más al Señor; y si se llegase á encontrar una alma que estuviese entera y perfectamente apartada de todo pecado, esa amaría al Señor enteramente y con la mayor perfección. Pero esa alma ¿existe por ventura? ¿cuál es ella y dónde se la

002241

encuentra? «Si dijéramos que no tenemos pecado, engañámonos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros, dice el Apóstol San Juan (S. Juan. I. 8). Todos han pecado en Adán, dice San Pablo (Rom. III. 24.) Todos declinaron y se torcieron, dice David, y juntamente se hicieron inútiles. (Psalm. XIII. 3.) ¿Dónde estará, pues, esa equidad, esa rectitud que ama al Señor con toda perfección? No hay necesidad de decirlo: María fué concebida sin pecado; ni el original ni el actual vino á torcer jamás, ni en lo más mínimo, la rectitud de su alma; Ella, pues, es quien amó á Dios con toda perfección; y si por su humildad lo declara en persona de muchos, diciendo: «los rectos te aman», es porque habla de sus hijos y siervos, rectos por la inocencia como los Gonzagas y los Costitas, ó rectificados por la penitencia, y unidos con Ella; pero siempre es cierto que la rectitud absoluta y la equidad perfecta, sólo en María se encuentran, y que por consiguiente, el final de ese verso, sólo á Ella de un modo único y singular le conviene: «Los rectos te aman.»

VERSO 4.

«Negra soy, pero hermosa,
hijas de Jerusalén, como los tabernáculos
de Cedar, como las pieles de Salomón.»

En el hebreo, al decir *negra*, la palabra de que se hace uso no significa una negrura completa como la de los etiopes ó negros africanos, sino quiere decir morena, ó trigueña soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Y no porque la Santísima Virgen haya sido precisamente de color moreno, si bien así lo han creído algunos autores, pues todo lo que habla el sagrado Cántico pertenece al sentido místico, y á las virtudes y prerrogativas de la Madre de Dios.

¿Qué se entiende, pues aquí, por el color moreno?

Hablando de la Iglesia, que es la Esposa del Señor, dicen los Padres y Doctores, como San Gregorio y San Jerónimo, que es como si exclamara la Iglesia de los gentiles: «Negra soy por la prece-

dente idolatría y por los crímenes que me manchaban; pero soy hermosa por mi conversión y por el santo bautismo, cuyas aguas lavaron todas mis manchas»; ó como dice San Ambrosio: «Morena soy por la culpa, hermosa por la gracia; morena por los vicios, hermosa por el baño (del bautismo); morena por haber pecado, hermosa por el amor que Cristo me tiene.» (Serm. 2. in. Psalm. CXVIII). Muy claro es que esta exposición no tiene cabida alguna en la Inmaculada Virgen, porque no habiendo habido jamás en Ella ni pecado actual, ni culpa original, en hablándose de pecados (como dice San Agustín), no puede tratarse de Ella en ningún modo. Pero como la palabra de Dios tiene tantas y tan distintas inteligencias, otros Santos Padres y Doctores la han explicado de modo que puede convenir á nuestra Reina y Señora. El mismo San Ambrosio, dice: «Negra soy por la fragilidad de la condición humana, hermosa por la gracia divina. (Lib. de his qui myster. initiant. cap. VII); y San Agustín: «negra por la naturaleza, hermosa por la gracia.» (Serm. 201. De temp.)

Porque es de saber, que como el hombre fué formado de barro, siempre debe acordarse que es polvo y que en polvo tiene que convertirse. Aun de nuestro Señor Jesucristo consta por el Apóstol (Hebr. II) que deben entenderse las palabras de un Salmo, en donde, hablando del Mesías, dice á Dios el Salmista: «Le has disminuído un poco menos que los ángeles; de gloria y honor le has coronado» (Psalm. VIII. 6), pues revestido el Verbo eterno de la naturaleza humana, quedó hecho verdadero hombre, y como tal, inferior á los ángeles; porque como bellamente explica ese lugar Santo Tomás, «la humana naturaleza, siendo espíritu enlazado con la materia, es inferior á la pura naturaleza angélica que no lo está.» Y así también, la Virgen María, comparada con los ángeles, tan sólo en cuanto á la naturaleza humana, es inferior á ellos (pues por lo demás sabemos que es su Reina), y por eso puede decir: «Trigueña soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén; ángeles puros, ministros del Señor é hijos de la Jerusalén celestial, trigueña soy por la naturaleza humana, inferior á la vuestra;

pero hermosa por la inundación de gracias que me han hecho Reina del universo, y de los ángeles, y de los hombres.» Como la Iglesia, es negra por la fragilidad de la condición humana; hermosa por la gracia que le dió su divino Fundador; negra por la ruindad de la humana naturaleza, pero hermosa por los dones y privilegios de que Dios quiso colmarla tan abundantemente.

Nota también el Abad Ruperto, que esto puede decirse de varios misterios y circunstancias de la Vida de la Santísima Virgen: pareció negra, cuando á Señor San José se le mostraron las señales de la maternidad en ella; pero la vió hermosa, cuando el ángel le manifestó la grandeza del misterio obrado en su seno, negra por haberse ido á purificar á los cuarenta días de su virginal parto, apareciendo madre como todas las madres; pero hermosa por dentro, por su misma profundísima humildad, virginal pureza. Y así podremos discurrir por otros pasos de la vida de la Inmaculada Reina; pues apareció negra cuando tuvo que huir como un criminal de la persecución de Herodes; pero hermosa por su paciencia y constancia en el destierro y pobreza; negra, cuando en el templo su divino Hijo le dirigió aquellas palabras, al parecer duras: «¿por qué me buscábais? ¿no sabíais que me conviene estar en las cosas de mi Padre?» pero hermosa cuando el divino Niño se volvió con ella y le vivió sujeto: negra, cuando en las bodas de Caná él le dijo: «¿qué á mí y á tí, mujer?» y hermosa cuando á su indicación, hizo su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Y lo mismo podríamos aplicar á la Santísima Virgen cuando al pie del madero de la cruz sufría inexplicables dolores; pues en la sagrada Escritura, así como por la luz se significa la alegría y la prosperidad, así por la negrura y obscuridad se significa todo lo adverso, los dolores y los trabajos; de suerte que en esas horas de inefables sufrimientos, bien pudo decir á las santas mujeres que la acompañaban, ó á los santos ángeles que admiraban su constancia: «Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén»; la negra culpa de los mortales ha clavado á mi Jesús en este leño, le ha

quitado su esplendor y su hermosura; el más hermoso de los hijos de los hombres, ahora parece gusano y no hombre; la gloria de los ángeles se ha trocado en oprobio de los hombres, y la delicia del cielo en abyección del pueblo, ¡qué mucho que la Madre participe de las ignominias del Hijo! ¡qué mucho que las tinieblas cubran mi semblante, si el Sol divino, lo mismo que el sol material, se ha oscurecido! ¡qué mucho que el llanto haya irritado mis ojos y descompuesto mi semblante! morena soy, pues, pero hermosa, hijas de Jerusalén.» Así, la Santísima Virgen parece que dice á sus devotos según un doctor: «Negra soy ahora, porque conviene que con mi Hijo despreciado, sea yo despreciada, y con él reputado leproso, sea yo también leprosa reputada.» Y así como entonces, no sólo el sol se oscureció, sino que también la luna se mostró enrojecida, así el Sol divino, Cristo, se oscureció por la muerte; y María, la luna hermosa, perdió su luz y enrojeció su semblante con el dolor y las lágrimas. Y todo esto es muy digno de considerarse en los misterios dolorosos

del Santísimo Rosario; pero muy particularmente en el último de la Crucifixión, cuando la Virgen santísima, llena de dolor, estaba al pie de la cruz, como todavía lo veremos adelante.

En cuanto á la comparación que se añade: «como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón», se ha de entender de las tiendas de los cedarenos levantadas en los desiertos y ennegrecidas por el polvo y tostadas con los rayos del sol, y de las pieles ricas y hermosísimas que servían de adorno en el palacio del Rey Salomón; por lo cual Cedar significa el destierro y la negrura de este mundo; y las tiendas movedizas, nuestra vida inconstante. Las pieles de Salomón, Rey de paz, indican la hermosura de la Jerusalén celestial, visión de paz y palacio del verdadero Salomón, Jesucristo nuestro Señor.

VERSO 5.

No queráis considerarme que soy trigueña, porque el sol me ha estragado el color.

Celebra este divino Cántico en varias partes la hermosura de María, pues unas veces la llama hermosa: otras, toda hermosa; y otras, hermosísima entre las mujeres: y como no parece compatible con tanta hermosura lo trigueño, ó pálido ó descolorido de la cara, por eso dice aquí la hermosísima Virgen: «No queráis admiraros, no os pongáis á considerar con extrañeza mi semblante, que no ostenta ahora su hermosura, sino un color afeado y moreno. No es este mi color natural, blanco y terso; es efecto del sol que con sus rayos ha ennegrecido mi semblante.» Y en efecto, es muy de admirar que una criatura tan hermosa como llena de gracia, y tan inocente y cándida como la luna en noche serena, haya podido ser presa del dolor, oscureciendo la luz de su alegría con unos sufrimientos que la in-

teligencia del hombre no alcanzará á concebir. Los ángeles y los santos se llenaron de pasmo, cuando vieron lo que canta la Iglesia. «La Madre estaba llorosa, junto á la cruz, dolorosa, de donde el Hijo pendía.» Y á esta justa admiración, angélica y humana, de ver á la Inocente padeciendo como pecadora, y la llena de gracia, llena de dolores, á la cándida luna ennegrecida y afeada, ella se digna explicarnos la causa de sus penas, diciendo: «No queráis considerarme que soy morena, porque el sol me ha estragado el color.» Si Jesucristo, Sol de justicia, está oscurecido con las sombras de la muerte, ¿qué mucho que la luna se oscurezca, pues la luz que recibe le viene toda de él, si los pecados del mundo le causan la muerte? ¿qué mucho que á su Madre, que es su asociada en la obra de la Redención, la acometan mortales dolores?

Y aquí es muy de considerar, almas cristianas, lo profundo de esta semejanza: porque así como la luz de la luna, toda le viene del sol, y de él depende en su claridad ó en su negrura, así en María santísima, formando una pareja con Je-

ra», Redentor, en contraposición de aquella primer pareja de Adán y Eva, vino á deshacer los yerros de aquella primera madre nuestra: «Mudando en Ave, el triste nombre de Eva», como lo canta la Iglesia; así, unida continuamente la Virgen con su Hijo divino, participaba de sus penas y dolores, uniéndolos íntimamente con los del Redentor, y ofreciéndolos con los suyos para la redención del mundo. Por eso dice: «el sol me ha estragado el color.» En la lengua hebrea significa también: «porque el sol me clavó la mirada»; lo que nos da á entender, que entonces fué muy vehemente el dolor de la afligida Madre, ya cuando encontrando á su Hijo en la calle de la amargura, entrambos se miraron, y fueron sus ojos como dos saetas con que se atravesaron mutuamente los corazones; y también cuando en lo alto de la cruz, al hablar el Señor á su santísima Madre, para entregarnos por hijos, le atravesaba el alma con una tiernísima mirada. Mas tiene otro sentido la lengua hebrea, pues quiere decir también: «el sol me desdeñó, el sol me miró oblicuamente»; y en-

tonces pudo decir la Virgen María: «No os admiréis al verme morena, porque el sol me ha desdeñado», cuando su divino Hijo, escondiéndose en sus miradas, se separó de ella quedándose en Jerusalén. ¡Oh, y cuán grande fué el dolor de la amantísima Madre en esta circunstancia! Entonces, buscando al Niño por las plazas y las calles, podría decir á las hijas de Jerusalén: «No os admiréis al verme andando en los rayos del sol, quemada la tez, llorosos los ojos, y desgarrado el corazón, porque el sol de mi vida, la luz de mi existencia me ha desdeñado; Jesús se ha separado de mí, y no puedo encontrarle.» Y así, este verso corresponde al mismo tiempo al dolor de la santísima Virgen en la pérdida de su Hijo, y al dolor de su muerte al pié de la cruz.

Finalmente, así como la luna en comparación del sol y delante de él, no ostenta su luz y aun se mira sombría, así la santísima Virgen, durante su vida apareció como ofuscada y sin brillo, y sin obrar milagro alguno, porque convenía que Jesucristo luciese y fuese conocido. «No os admiréis de verme escondida, si

lenciosa y sin brillo, porque mi Hijo, Sol divino, con sus rayos me ofusca, y ante él palidezco y nada soy.» Y si antes nos muestra la Virgen su paciencia en los tormentos, en esto último nos muestra su profundísima humildad.

Los hijos de mi madre pelearon
contra mí; pusiéronme
por guarda de viñas: mi viña no guardé.

Sigue hablando la Virgen santísima, y dice el motivo por qué el sol le ha estragado el color; por qué los hijos de su madre, sus propios hermanos, pelearon contra ella, obligándola á ir á cuidar las viñas agenas, teniendo que abandonar la suya propia, y recibiendo los ardientes rayos del sol al tener que andar recorriendo los setos y las campiñas. Y aunque no se lee que á la Bienaventurada Virgen la hayan perseguido en su persona los judíos sus hermanos, pues ni aun á los Apóstoles dejó el Señor que persiguiesen, mandando á los soldados en el

huerto que los dejasen ir libres; pero no obstante, quien persigue á un hijo, persigue á su madre: quien pelea contra el hijo, pelea contra la madre; y por eso el Abad Ruperto hace hablar de este modo á nuestra Señora: «Pelearon contra mí con guerra de palabras y con saetas de lenguas blasfemas, y yo tenía un cuidado especial de mi pueblo: y la maldad de estos hombres me hizo llevar á otras partes mis cuidados; mas el Señor, en vez de una viña me ha dado muchas para cultivarlas y guardarlas: todos cuentan conmigo y desean mi protección; todos claman á mí solicitando mi intercesión para con mi Hijo.» De notar es que cada cristiano tiene en su alma una viña que Dios le manda guardar, y que perseguidos por dentro por nuestros apetitos, y por fuera por los demonios, la abandonamos para ocuparnos en agenos cuidados que no nos tocan, y damos por frutos uvas de hiel y racimos amargulísimos, como dice la Escritura (Deuter. XXXII. 32). Pero tenemos á la celestial viñadora, á la que llamamos Auxilio de los cristianos y Refugio de pecadores, y

á Ella acudiremos confiados, pues como encargada de las viñas de nuestras almas, no dejará que las bestias infernales las conculquen y destruyan.

VERSO 6.

Dime tú á quién ama mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al medio día, para que no comience á vagar tras los rebaños de tus compañeros.

Considerando la esposa que por el mucho andar en los campos á los rayos del sol se ha puesto trigueña, piensa acogerse al lado de su esposo, y por eso le pregunta que dónde se encuentra, principalmente al medio día, que es el mayor calor, para no verse obligada á andar vagueando tras de otros pastores. Y como el guardar viñas, es decir, gobernar á otros y tener cuidado de las almas, pertenece á la vida activa, de aquí es que el querer acogerse con el Esposo, no vagueando mas, quiere decir, apartarse de la vida

activa para entregarse á la contemplativa.

Sabido es que Marta, andando y dando vueltas por la casa, es figura de la vida activa: mientras María Magdalena, su hermana, sentada á los pies de Jesucristo y oyendo sus divinas palabras, es un hermoso emblema de la vida contemplativa. Ahora bien; María nuestra Madre, á imitación de su divino Hijo, vivió de las dos vidas, pues todo el tiempo que duró en el templo, trabajaba y contemplaba, y mientras vivió al lado de su castísimo esposo, al mismo tiempo hacía las labores de su casa y contemplaba las cosas eternas: de aquí es que tenía que pasar muchas veces de la acción á la contemplación. Y de esto habla aquí la Virgen santísima, diciendo al Señor con cordial afecto: «Dime tú que eres el esposo, á quien ama mi alma más que á sí misma, porque tú eres mi alma y mi vida; dime dónde apacientas, dónde descansas al medio día; cuando los ardores del sol son más vivos; cuando el calor llega á su colmo; cuando el bochorno entorpece hasta los movimientos, es decir, ya sea en el

ardor de la tribulación que es cuando más nos sentimos inclinados á buscar al Señor; ó mejor en el ardor del amor y de la caridad, pues cuando el corazón se siente encendido en ese fuego divino, aspirar al Señor con toda su fuerza, dirígele tiernos suspiros, y le busca y le llama con ardorosas palabras, como lo hacía Santa Teresa de Jesús y la Bienaventurada Margarita. Pero nadie ha gualado ni podrá igualar jamás el encendido amor de la Virgen Inmaculada; y nadie ha mandado al cielo más vehementes suspiros. Y así, en sus mismas ocupaciones exteriores, preguntaba á su muy Amado dónde se encontraba, dónde podría hallarlo en el fuego del medio día que la abrasaba, para unirse luego con él en contemplación y no tener que andarle buscando tras de los rebaños de sus compañeros, es decir, tras de los ejemplos de los justos antiguos ó tras las inspiraciones de los ángeles. Por lo demás, el medio día en que se busca al Señor, significa, ya la claridad de su predicación, ya la hora de su crucifixión, ya el esplendor de su gloria. Y en todos estos gra-

dos le busca, y le adora y le ama la Virgen María. Y aún dicen los doctores, que ella misma fué como el medio día, siendo encendida é ilustrada por el Espíritu Santo, y en la cual se halló el Señor morando en su castísimo seno, descansando en su humildad y apacentándose en su castidad. El Abad Ruperto juzga que esto conviene á la Virgen María cuando andaba buscando á su Hijo perdido en Jerusalén, pues entonces andaba como vagueando por las casas de los parientes y amigos, hasta que le halló en el templo, significado por el medio día, porque en él se encuentra la luz de la verdad y el ardor de la predicación; y allí estaba el divino Niño, á quien amaba su alma, apacentando á aquellos viejos doctores con el pasto de su palabra. Y aquí es de notar que los rebaños ajenos, significan la multitud de las criaturas tras de las cuales anda el alma como vagabunda, siempre que pone su corazón en ellas, y corre tras ellas, y desordenadamente las ama. Y aun los asuntos y negocios de la tierra, si no los emprendemos en Dios y por Dios, también nos distraen, nos ocu-

pan y nos hacen vagar lejos del sumo Bien, al cual debemos buscar como fin, no tomando á las criaturas más que por medios, como admirablemente lo declara San Ignacio en el libro de sus Ejercicios. Así, la Virgen Santísima nos enseña aquí á buscar á Dios sobre todo, á tenerle en el fervor de la caridad, y á apartarnos, no sólo de los herejes, los falsos compañeros del Señor, sino de todas las criaturas, negocios y entretenimientos, que nos hacen andar vagueando lejos de nuestro último fin. Y nos enseña también á buscar á Jesús con grande empeño si tuviéremos la desgracia de perderle.

VERSO 7.

Si no te conoces, oh hermosísima entre las mujeres, sal y camina tras las huellas de tus rebaños, y apacienta tus cabritos junto á las tiendas de tus pastores.

No sólo es necesario el conocimiento de nuestra bajeza para humillarnos, sino

también el conocimiento de nuestra grandeza por la gracia, para alentarnos y excitarnos á la gratitud y al amor. Y por eso aquí el Esposo, junto con los jóvenes, sus compañeros, dicen á la Bienaventurada Virgen: Si no te conoces, ¡oh hermosísima entre las mujeres! como si le dijeran: tú confesaste, ¡oh Señora! que el Señor miró la bajeza de su esclava; pero el Señor quiere que conozcas también y confieses que te ha hecho la más hermosa entre las mujeres, llenándote de gracias, dones y virtudes sobre toda criatura. Y por eso el ángel te dijo: Bendita entre las mujeres, y te llamó graciosa y llena de gracia. Y si tu profunda humildad te oculta tu grandeza, sal, Señora, de lo interior de ti misma, y camina tras de las huellas de tus rebaños; mira las virtudes y escucha las alabanzas que te tributan las Órdenes religiosas que te están consagradas y que son como tus rebaños que te reconocen como su Pastora.

En tu vida caminaste delante de ellas dejándoles tus ejemplos; ahora camina tras de ellas como el pastor tras de sus

ovejas, dirigiéndolas y amparándolas. Pero no sólo tienes estos rebaños de ovejas blancas y puras, cándidas é inocentes; también tienes, ¡oh Reina! unos pobres cabritos, esto es, los pecadores de mal olor, que también son tuyos, porque son tus devotos; también á éstos apaciéntalos junto á las tiendas de los pastores; llévalos á los ejemplos de los santos; apaciéntalos con los ejemplos de tus fieles siervos, para que de cabritos pestilentes é indómitos se truequen por tu auxilio en mansas y dóciles ovejas. ¡Dulce esperanza y grande consuelo para los pecadores, que María no nos desamparará, sino que siguiendo la exhortación del Esposo, nos apacentará junto á sus amantes y fieles siervos! Es muy sabido que Santa Matilde vió á nuestra Señora, que debajo de su manto extendido abrigaba muchas bestias fieras que iban llegando, y con benigno semblante, dulcemente las acariciaba, como solemos hacer con nuestros animales domésticos, y con esto significaba cuán blandamente acoge á los pobres pecadores.

Refiérelo, entre otros, San Alfonso de Ligorio, en su precioso libro de «Las Glorias de María.»

VERSO 8.

A mi caballería en los carros de Faraón te asemejé, ¡oh amiga mía!

Muy extraño parece, entre nosotros, el comparar una persona con un animal, pues parece cosa no sólo de mal gusto, sino en cierto modo hasta ofensiva; pero en el Oriente se acostumbran estas comparaciones; y por eso no se ha de extrañar que en este Cántico, en el que todo es campestre, se compare á la esposa con la caballería en los carros de Faraón, esto es, á lo que llamamos aquí el tiro de un carruaje; y además, que en la lengua hebrea, mejor que decir «te asemejé», parece expresar «te alabé», es decir, viéndote en las carrozas compradas á Faraón, arrastradas por hermosos caballos egipcios, te admiré y te colmé de alabanzas. Y ya se ve que en este caso no hay comparación, sino que sólo se

realza la hermosura de la esposa, considerándola de paseo en un coche elegante y riquísimo. Mas, ¿qué, pues, quiere significarse con esta frase? Muy bien podemos entender que María santísima es aquí comparada con esta carroza real; pues en efecto, así como una carroza del rey, dentro de la cual se ostenta, llevando su corona y adornado con regias vestiduras, llama la atención del pueblo, atrae sus alabanzas y parece que realza la nobleza y majestad real, así la Virgen santísima, dentro de la cual quiso encerrarse el Verbo eterno con la vestidura y corona de nuestra humanidad, llama la atención de los siglos y portando al Rey eterno por todas partes, nos da á conocer su hermosura y mansedumbre. Así, como real carroza, la Virgen María lleva encerrado al divino Niño, Rey de los siglos y Príncipe de la paz, le transporta á través de las montañas ásperas de la Judea, á la casa de Zacarías é Isabel, donde el Rey soberano va á hacer su primera conquista, arrebatando al niño Juan de las garras del demonio, y santificándolo en el seno materno. Después á

la vuelta para Nazareth, la Virgen santísima le transporta de nuevo dentro de su seno; y al partir de Nazareth para Belén, ya cercano su virginal alumbramiento, siempre le sirve de blanda carroza, pero carroza viviente y animada, que con inmenso amor le porta y le sustenta. Y cuando lo lleva á presentar al templo, y cuando le vuelve á su casa, y cuando le transporta al lejano Egipto, siempre es ella la carroza que lleva consigo al Dios Salvador. Y en los nobles animales que tiran de la carroza han visto los Padres significada la docilidad y obediencia del alma, lo mismo que su celeridad en el divino servicio. En efecto, los briosos y mansos animales no sólo corren con harta velocidad, arrastrando á la carroza cuando á ello se les excita, sino que paran inmediatamente cuando se les detiene, suben las cuestas, bajan á los llanos, vuelven á la derecha ó á la izquierda al menor movimiento de las riendas del que los gobierna: y de la misma manera el alma, y mucho mejor que todas, el alma de la santísima Virgen, obedece con toda perfección al Espíritu Santo que la diri-

ge. ¿Queremos ver su celeridad? Oigamos al Evangelio: «Levantándose María marchó con apresuramiento á la ciudad de Judá.» ¿Queremos conocer su docilidad: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra.» ¿Deseamos admirar su entera sujeción? veamos cómo levantándose José á la media noche, tomó al Niño y á su Madre, que no pone el menor obstáculo, y se dirige por largos caminos á una tierra inhospitalaria y enemiga. La Virgen María, cuando se la llama á la derecha vuelve á la derecha, consintiendo en ser la Madre del Verbo humanado: y cuando se la llama por la izquierda, obedece en el momento, caminando ahora al Egipto y después al Calvario. Y si algo queremos saber de la hermosura de esta real carroza y del noble ejército que la acompaña, oigamos á David su antecesor, como la anuncia: «La carroza de Dios multiplicada en diez millares; millares de los que se alegran. . . . y el Señor en su Santuario.» (Ps. LXVII. 18.) Diez millares de ángeles puntualmente, dice la Venerable Madre Agreda, que fueron deputados por Dios

para la guarda de la santísima Virgen. Esta era la tropa de honor que acompañaba la celestial carroza, y ella era el santuario donde estaba el Señor: y nada extraño es que los santos ángeles se llenasen de alegría, viendo á su Rey en brazos de la Reina; á Jesús, Verbo divino, ya en el seno, ya en los brazos de María su augusta Madre.

San Bernardo y el Abad Ruperto con otros doctores creen que se trata en este verso de los carros de guerra, y que la santísima Virgen, como valerosa combatiente, ha combatido y postrado primeramente á Lucifer, y en seguida á los herejes sus secuaces, por lo cual canta la Iglesia diciéndole: «Señora, tú sola acabaste con todas las heregías.» Y así la Virgen María, benigna y mansa para con sus hijos, es terrible como un ejército para con sus enemigos, como en otra parte la dice este mismo Cántico divino. (Cant. VI. 3.)

VERSO 9.

Hermosas son tus mejillas,
como de tórtola; tu cuello como collares
de perlas.

Estas alabanzas que da el Señor á su Esposa, celebrando su cuello y sus mejillas, y en otros versos otros varios miembros de su cuerpo, no se deben entender al pie de la letra en sentido material, aunque la Virgen santísima realmente haya sido muy hermosa aun en su castísimo cuerpo; sino principalmente se trata en el Cántico, de las virtudes, dones y prerrogativas del alma, significados por los órganos ó miembros corporales. Veamos, pues, qué significan aquí las mejillas y el cuello. Notan los doctores que en las mejillas suele pronto asomar el pudor; es decir, que subiendo á ellas la sangre enviada por un golpe del corazón, tiñe la piel y se asoma á las mejillas poniéndolas sonrosadas; y así suele observarse en muchas jóvenes, que tan

sólo con dirigirles la palabra se las ve sonrojarse. De aquí es que por las mejillas se significa el pudor y la vergüenza. Cuando el ángel saludó á nuestra amada Madre, dice el Evangelio que ella se turbó en sus palabras, pues el ángel, aunque espíritu puro, le apareció, como declaran los santos, en forma de un joven que le hablaba con palabras materiales, y por eso fué su turbación; por lo cual dice San Ambrosio á las vírgenes cristianas: «Aprended aquí la vergüenza, aprended el pudor.» Y estas eran, pues, las mejillas de la Virgen santísima, que alaba aquí el Esposo por su belleza. ¿Mas, por qué se comparan con las de la tórtola, oscura avecita que nada tiene de hermosura? Para explicarlo es de saber que tres cualidades notan en la tórtola los doctores: la primera va á decirnosla el gran Papa San Gregorio: «La tórtola, explica el santo, después que una vez ha perdido á su compañero, jamás vuelve á aparearse con otro; mas habitando siempre solitaria, persevera gimiendo como por buscar á su amante compañero, á quien ya no encuentra; y de este modo

el alma santa, cuando se ve ausente de su Esposo, no por eso se olvida de su amor, sino siempre anhela y gime por su deseo, y no encontrando al que tanto ama y apartándose de todo ageno amor, muestra cómo en la vergüenza de sus mejillas y aun en el hábito y acto exterior la castidad de su corazón.» Y San Bernardo exhorta hermosamente á su hermana, diciendole: «hermosas sean tus mejillas como de tórtola. La naturaleza de esta avecilla es tal, que si por alguna circunstancia pierde á su consorte, no vuelve á buscar otro jamás.

¡Oh Esposa de Cristo, haz tú por parecerte á esta tórtola, para que nunca busques otro amador fuera de Nuestro Señor Jesucristo!»

La segunda cualidad de la tórtola, es su amor á la soledad, y así pone su nido en lugares apartados, donde sus enemigos no la persigan. Así la Virgen María, vivió muchos años en el templo, y después en la soledad de su morada en Nazareth, y sobre todo, es tórtola en su soledad después de la muerte de su Hijo.

Mas veamos cómo exhorta San Bernardo al alma en el particular: «Siéntate solitaria como la tórtola: nada á tí con las turbas; nada con la multitud de los mundanos. Olvida aún á tu pueblo, y á la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura. ¡Oh alma dichosa! procura estar sola para que á uno solo entre todas te entregues y consagres, ya que á él solo entre todos escogiste. Huye del público, huye de los mismos de tu casa, aléjate de tus íntimos y amigos, y aun de los mismos que te sirven, pues ya sabes que tienes un Esposo pundonoroso, que no quiere alegrarte con su presencia delante de nadie.»

La tercera cualidad de la tórtola es el duelo y los gemidos, pues en lo más apartado de los bosques, noche y día gime y llora inconsolable su viudedad. Así la Virgen Santísima, siempre lloró la muerte de su Jesús, y al pie de la cruz como triste tortolilla, lloraba amargamente la muerte de su amado. La tórtola, dicen los santos, representa al alma grave, compuesta en sus palabras, dada á la oración y á la compunción, que gi-

me y llora sus culpas y las agenas, y se entristece por la ausencia del Esposo.

«Tu cuello comocollares de perlas.» El cuello, que junto con las espaldas sustenta las cargas y pesos, significa la paciencia y la prontitud en llevar la carga de los preceptos y el yugo de los consejos evangélicos, pues el yugo sabido es que lo llevan los animales en el cuello. En la Sagrada Escritura, el cuello duro, significa un ánimo rebelde y contumaz, como cuando dice Isaías: «Sé que tú eres duro y tu cerviz es un nervio de fierro.» (Isaí. XL. VIII. 4.) ¡Pero quien más paciente, más constante y más dócil para llevar la carga de los mandamientos, que Aquella que no los quebrantó jamás ni en lo más mínimo! ¡Qué cuello más rendido al yugo de los consejos que la que hizo primero que nadie aquellos tres votos preciosísimos de pobreza, castidad y obediencia!

Y el cuello de la esposa se compara á collares de perlas, porque todas las palabras que salen por él, son palabras amorosas, celestiales y preciosas, que le adornan y ennoblecen. Es de saber que las

mujeres del Oriente son muy amantes de traer colgados al cuello uno ó varios hilos, ya con monedas de plata ó oro, ya de perlas ó de otras piedras brillantes, collares que caen al pecho y abajo de él. Y esta es una parte de su atavío, que realza mucho su hermosura. A estos collares hace alusión este verso; pero es extraño que no dice: «tienes ó muestras hermosos collares, los lucen ó ostentas»; sino «tu cuello es como collares»; quiere decir, es tan bien formado y tan hermoso, que no necesita nuevos adornos, sino que él, por sí mismo, es luciente y agraciado como los mismos atavíos. Por el cuello, pues, entienden los santos la paciencia y la humildad, porque en el cuello suelen llevarse las cargas y se doblega en la cabeza en señal de sumisión: y así dice San Ambrosio: «Alábase aquí al alma que con el esplendor de los preceptos se muestre hermosa y agraciada, que en su semblante deje ver el pudor de la castidad, y rodeado de cadenillas alce su cuello, mostrando en esta forma la paciencia y la humildad.» La Santísima Virgen acaba de

ser comparada con la tórtola, y es de saber que esta ave con la paloma y otras aves, tienen el cuello formado de tal manera, que pueden volver el pico y la cabeza completamente hacia atrás, formando un círculo entero, lo que hizo la Providencia para que puedan oprimir los cañones de sus plumas, de donde sale una especie de óleo con que las ungen, haciéndolas impermeables á las lluvias. ¿Y no podremos decir, que por esto se significa que la Virgen María, vuelve la vista por todas partes, adelante hacia los justos, atrás hacia los pecadores, y que extrae con sus preces el óleo de la divina misericordia para participarlo á sus hijos y libertarlos de las lluvias de la ira divina?

Ciertamente; y por eso celebramos su cuello como lleno de primores y de riquezas, diciendo: «Tu cuello es como collares de perlas.» Pero, que su esposo no le dará estas joyas, y dejará desnudo su cuello, aunque tan hermoso? Veámoslo en el verso siguiente:

VERSO 10.

Cadenillas de oro haremos para ti, adornadas con gusanillo de plata.

Según otra traducción, se dice: «te haremos convenientes adornos con chispas ó clavos de plata»; y en nuestra traducción se llaman murenillas de oro, porque hay un pececillo que se llama murena, que tiene hermosas manchas de oro y se revuelve sobre sí mismo como formando un círculo; y á imitación de ese pez se fabricaban unos collares ó cadenas, á la manera que ahora usan las jóvenes unos adornos entre el brazo y la mano figurando serpientes enroscadas, uso por cierto indigno, pues la serpiente es símbolo del demonio. Las murenillas, no sólo se hacían para el cuello, sino también para los oídos y los brazos; y por esto, al decir aquí, te haremos murenillas, podemos entenderlo de todas esas clases de adornos; y aun doctores hay que lo han entendido de las fajas pectorales, ó

ser comparada con la tórtola, y es de saber que esta ave con la paloma y otras aves, tienen el cuello formado de tal manera, que pueden volver el pico y la cabeza completamente hacia atrás, formando un círculo entero, lo que hizo la Providencia para que puedan oprimir los cañones de sus plumas, de donde sale una especie de óleo con que las ungen, haciéndolas impermeables á las lluvias. ¿Y no podremos decir, que por esto se significa que la Virgen María, vuelve la vista por todas partes, adelante hacia los justos, atrás hacia los pecadores, y que extrae con sus preces el óleo de la divina misericordia para participarlo á sus hijos y libertarlos de las lluvias de la ira divina?

Ciertamente; y por eso celebramos su cuello como lleno de primores y de riquezas, diciendo: «Tu cuello es como collares de perlas.» Pero, que su esposo no le dará estas joyas, y dejará desnudo su cuello, aunque tan hermoso? Veámoslo en el verso siguiente:

VERSO 10.

Cadenillas de oro haremos para ti, adornadas con gusanillo de plata.

Según otra traducción, se dice: «te haremos convenientes adornos con chispas ó clavos de plata»; y en nuestra traducción se llaman murenillas de oro, porque hay un pececillo que se llama murena, que tiene hermosas manchas de oro y se revuelve sobre sí mismo como formando un círculo; y á imitación de ese pez se fabricaban unos collares ó cadenas, á la manera que ahora usan las jóvenes unos adornos entre el brazo y la mano figurando serpientes enroscadas, uso por cierto indigno, pues la serpiente es símbolo del demonio. Las murenillas, no sólo se hacían para el cuello, sino también para los oídos y los brazos; y por esto, al decir aquí, te haremos murenillas, podemos entenderlo de todas esas clases de adornos; y aun doctores hay que lo han entendido de las fajas pectorales, ó

sea cintos, con que se ceñian hacia el pecho las jóvenes hebreas, acerca de lo cual hay una hermosa palabra en la sagrada Escritura, en la que dice el Señor: «¿Por ventura se olvidará la doncella de sus adornos, ó la esposa de su faja pectoral? mas mi pueblo se ha olvidado de mí innumerables días.» (Jer. II. 32.) Todas estas clases de adornos son símbolo de varias virtudes, que el Señor regaló á la Virgen santísima. Los collares significan la docilidad y la humildad, y de ellas entiende el verso San Jerónimo: como pendientes de los oídos, significan la obediencia, y así lo explica San Bernardo; como manillas ó adornos de las manos y del brazo, simbolizan la perseverancia en las buenas obras; y como cinto ó faja del pecho indican la castidad virginal.

Es muy de notar que en otra traslación de este verso, en vez de murenillas, se dice: «figuras, ó semejanzas, ó imágenes, haremos para ti, con puntos de plata.» Y aquí podemos entender los misterios del santísimo Rosario, porque la Encarnación, la Visitación, el Nacimiento, son representación y semejanza de los mismos misterios, lo mismo que de todos los otros, y todos son honrosos para la Virgen santísima, como muy preciosos adornos. Y aun el mismo instrumento del rosario, es cadenilla que se lleva al cuello, y es de oro por la oración dominical, y con puntos de plata por las Aves Marías; y este es ornamento muy preciado de la Virgen María, por lo cual quiso aparecer en Lourdes con un rosario cándido en la mano, pasando las cuentas con sus dedos virginales, como recibiendo la cuenta de las salutaciones que se le hacen en el mundo. Y se llaman imágenes ó semejanzas, por la imagen de la misma Virgen milagrosa ó la de Cristo crucificado, ó las de los santos que se representan en las medallas del rosario suspendidas. Todas estas significaciones podemos entender en este verso.

VERSO 12.

Cuando el Rey estaba en su reclinatorio mi nardo dió su olor.

Este reclinatorio de que habla aquí la Esposa, dirigiéndose al Rey su Esposo, era un asiento bajo, ó más bien una especie de cojín en que se colocaban, medio recostados para comer, los orientales: y cuando el Rey allí descansaba, el nardo de la Esposa dió su olor, porque le ungió con él, y derramado extendió más su aroma. Esto recuerda luego el hecho de la Magdalena, que en el convite ungió con nardo los pies del Señor, y la casa se llenó con el olor del ungüento, como dice el Evangelio. Los santos lo explican de muchas maneras, conviniendo todos en que Jesucristo es el Rey de las almas, y es él y no otro de quien aquí se trata; pero al explicar el reclinatorio y el nardo, dan varias inteligencias. Unos entienden por el reclinatorio, el trono de la Divinidad, y el nardo oloroso son las

oraciones y plegarias de los hombres en el mundo. Otros entienden mejor por el reclinatorio, la Encarnación del divino Verbo, que vino á reclinarse y á descansar en el vientre virginal de María santísima, y ella fué la que á nombre de la humanidad entera, mientras este Rey eterno descansaba en su seno, derramó el olor del nardo con su profundísima adoración, con su humildísima reverencia, y con su ardentísimo amor. Y lo mismo puede decirse en los otros misterios del Redentor. Cuando el Rey descansaba en su seno en el viaje de la Visitación, por el camino María derramaba su olor, sus alabanzas y su gratitud; cuando el Rey Niño estaba recostado en el pesebre, el corazón de María, como nardo odorífero, derramaba el aroma de la adoración y del celeste gozo; cuando el Niño Rey estaba en los brazos de Simeón, ella derramaba el aroma de la conformidad al divino beneplácito; cuando el Niño, á la edad de doce años, estaba en medio de los doctores, ella derramaba el olor de maternal alegría al encontrarle. En los misterios de la pasión de

su Hijo, su corazón era como un nardo pisoteado y destrozado, que derramaba el aroma del dolor más intenso; y en los misterios gloriosos, ante el Rey resucitado, subido al cielo y mandando al Espíritu Santo, derramaba el olor de los más preciosos afectos. Y cuando su alma se separó de su castísimo cuerpo, y cuando volvió á tomarle, y fué coronada por Reina de los ángeles y de los hombres, nadie es capaz de concebir el aroma de su nardo allá en los cielos, es decir, los encendidísimos afectos, los coloquios dulcísimos con Jesús su Amado; los suavísimos cantares de amor y de agradecimiento, engrandeciéndo su alma al Señor y estremeciéndose su espíritu de gozo en Dios su Salvador. Así, á imitación de nuestra muy amada Madre, cuando el Rey Jesús está en su reclinatorio de la Eucaristía, en la custodia ó en el sagrario, ó cuando esté en el reclinatorio de nuestro pecho por la comunión, que nuestro corazón sea como un nardo oloroso, que ante él derrame el aroma de la adoración, del amor, de la admiración y del agradecimiento. Y aun

en el santo Rosario, estando Jesús como descansando en nuestra memoria, en los varios pasos de su vida, nuestro corazón derrame aquellos tres olores indicados en la oración preparatoria, es decir, rezando *digna, atenta* y *devotamente*.

Muy hermoso es, pues, y muy provechoso este verso tan breve, del sagrado Cantar.

VERSO 11.

Manojito de mirra es mi Amado para mí, y en medio de mi pecho morará.

Sigue la Esposa alabando al Rey su Esposo, y no contenta con verle en su reclinatorio, quiere unirse con él íntimamente, y tenerle en medio de su pecho, es decir, en su corazón que en ese sitio está colocado. Mas ¿por qué le llama manojito de mirra? Es la mirra un arbusto que no llega á dos varas de tamaño; es planta escabrosa y llena de espinas, con las hojas en figura de lanzas y la corteza dura, é hiriéndola corren

una gota de gusto acre y muy amarga, y sirven para pegar, limpiar y untar. Primero produce el árbol esas gotas de por sí, y forman la mirra primera ó escogida, de hermoso, aunque triste olor, y haciéndole incisiones, produce otra de menos calidad. Todo esto es muy á propósito, dicen los doctores, para indicar la mortificación y la amargura de la vida humilde, áspera, penante y amarga.

Tal fué la vida de nuestro adorable Redentor, humilde en su Nacimiento y en la oscuridad de Nazaret, áspera durante su predicación; punzada con las lenguas, como lanzas, de los judíos, y amarguísima en su pasión y muerte. Ahora bien; la Santísima Virgen, que como dice el Evangelio, conservaba todas estas cosas en su corazón, quiso tener en medio de él, la memoria de todos los trabajos y de todos los pasos dolorosos de su santísimo Hijo.

Así, cuando le vió reclinado en el pesebre, punzado con las granzas de aquellas pajas desechadas, llorando y temblando de frío en el desabrigo de aquel lugar indigno, después de adorarlo, y al

levantarlo, estrechándolo contra su seno, muy bien pudo decir: «Manojito de mirra es mi Amado para mí, y en medio de mi pecho morará.» Manojito, porque es un Niño pequeñito que no pesa ni cansa; de mirra, porque padece amarguras por todos sus sentidos; y como la mirra derrama gotas medicinales, así él derrama lágrimas que curan los pecados del mundo. El es mi Amado, porque lo amo como á mi Dios y como á mi Hijo con amor inmenso; pero es manojito de mirra, para mí, porque miro sus penas y trabajos, y yo sola siento todas sus amarguras. Es manojito de mirra, como Varón de dolores, y en mi pecho morará haciéndome Madre de dolores. Cuando la Virgen Madre le miraba trabajar en el taller de Señor San José, cansado y sudando en aquel pesado oficio, también le miraba como hacecillo de mirra; y cuando le lloraba perdido, le era mirra que le amargaba el alma, pero que vino á morar con Ella después que le halló en el templo. Y cuando oía que sus enemigos le perseguían en su predicación, érale mirra amarga, y las gotas de su palabra en-

traban y moraban en su corazón. Mas sobre todo, cuando le miraba clavado en el árbol de la cruz, despidiendo tantas gotas de sangre preciosa, sentíale como un manojo de mirra que destilaba en su corazón toda la amargura de sus penas, y que con cada una de sus palabras abría una herida en su corazón para depositarlas en lo íntimo de él. Y aun después de la Resurrección y Ascensión del Señor, mientras su Madre santísima vivió en este mundo, no sólo conservaba muy viva la memoria de la Pasión, sino que visitaba con frecuencia el camino de la cruz, y en cada estación dolorosa, recordando el paso que allí se había verificado, muy bien podía decir: «Manojito de mirra es para mí mi Jesús: aquí cayó primera vez con la cruz; aquí le alargó aquel lienzo la Verónica; aquí trajeron á Simón, que le ayudara con la carga; aquí le desnudaron; aquí le crucificaron.... y todos estos pasos fueron á manera de ramas espinosas como de mirra, que atadas en un manojito querido, están en medio de mi pecho, no de paso y como en hospedaje, sino morando en

mi corazón continuamente: «Manojito de mirra es mi amado para mí, en medio de mi pecho morará.» De suerte que no sólo en el calvario, sino en el pesebre, y principalmente desde la profecía del anciano Simeón, fué la vida de nuestra muy amada Madre un continuo martirio, y su divino Hijo fué para ella un arbolito de mirra que continuamente la estuvo punzando con sus espinas, y fatigándola con su peso, y abrevándola con su amargura; pero siempre en medio de su pecho, es decir, con entera aceptación, con voluntad perfecta y con cariño indecible.

Tal debe ser también la vida del cristiano: vida de unión con Jesucristo paciente, de modo que pueda decir como el Apóstol: «No quiero saber otra cosa, sino á Jesucristo crucificado; con él estoy clavado en la cruz, y yo llevo en mí las señales de sus sagradas llagas.» (1. Cor. II. 2; Galat. II. 19. et. VI. 17.)

VERSO 13.

Racimo de cipro es mi Amado para mí,
en las viñas de Engaddi.

¿Qué es lo que aquí se llama cipro? Unos creen que es el alcanfor, que tiene propiedades medicinales; varios santos Padres, como San Gregorio y San Bernardo, creen que se trata de la vid, que en aquella tierra llamada de Engaddi eran sus racimos sumamente crecidos, dulces y sabrosos; y otros, finalmente creen que se trata de un árbol llamado cipro, grande y frondoso, y que produce unos copos de flores blancas y olorosas que cuelgan como racimos. Todo esto conviene admirablemente á Jesucristo: como el alcanfor arde en el agua, así el corazón de Jesús ardió en fuego divino en medio de las fangosas aguas del mundo; como el alcanfor calma y aplaca las erupciones de la piel, así el Señor calma y aplaca la irritación de las pasiones; como el alcanfor, si no está muy bien guardado y encerrado, se evapora y desaparece, así el Señor y su gracia, si no está muy bien custodiado, en el corazón, desaparece y se aleja.

Pero más bien parece que se trata aquí del racimo de la vid.

Refiere la sagrada Escritura, que los emisarios de Josué, mandadados á inspeccionar la tierra de promisión, volvieron trayendo por muestra de su fertilidad un racimo de uvas de tan gran tamaño, que le traían dos hombres sobre un madero que cargaban en los hombros, lo cual era una tosca representación de la cruz, como lo explican los Doctores; de suerte que el racimo suspendido de aquel leño y con dos hombres á los lados, simbolizaba á Cristo suspendido del leño de la cruz y puesto en medio de dos ladrones; y el jugo copiosísimo de aquel racimo, significa la preciosa y copiosa sangre de nuestro Salvador, que además de lavar todos los pecados, es el vino generoso que enardece y alienta á las almas.

Los copos hermosísimos de flores del cipro, significan las suavísimas virtudes

de Jesucristo. Y esto se entiende de la Resurrección, Ascensión y gloria del Señor en los cielos: de suerte que, como observa un doctor, Jesucristo fué como nardo en su Encarnación, manojito de mirra en su Pasión, y racimo de cipro en su Resurrección. Y así, la santísima Virgen, en estos versos le alaba en todos sus misterios; en su Encarnación, el nardo da su olor, adorando á su Hijo; en la Pasión y al pie de la cruz, le abraza en su pecho para participar de su amargura, como hacecito de mirra; y en su Resurrección, admira y alaba las dotes gloriosas del Señor, como olorosísimas flores del árbol del cipro. Y nótese muy bien aquí significado el sacratísimo Rosario; pues que el nardo oloroso representa los misterios gozosos; el manojito de mirra, hecho como de cinco ramas, los cinco misterios dolorosos; y el racimo de cipro con sus copos elevados de blancas flores, los misterios gloriosos de la Resurrección y Ascensión del Señor. Y aun la venida del Espíritu Santo se indica en este verso, pues creen muchos que el cipro es el árbol del bálsamo, y el bálsamo por su

excelente olor, significa la gracia del Espíritu Santo, por lo cual se hace uso del bálsamo mezclado con el óleo en el sacramento de la Confirmación.

La palabra Engaddí, significa *la fuente del cabrito*, porque el Señor no vino á llamar á los justos, sino á los pecadores; y así las viñas de Engaddí, son los sacramentos que perdonan los pecados, y lavándose en ellos los cabritos, se truecan en blancas ovejas.

Oigamos explicarlo bellamente á San Gregorio Papa: «En Engaddí se produce el bálsamo, que con el óleo y la bendición pontifical se hace crisma, y por él se significan los dones del Espíritu Santo. Engaddí se interpreta *fuente del cabrito*, y antiguamente se inmolaba un cabrito por los pecados. Por la fuente del cabrito se significa la fuente del Bautismo, en el cual el cuerpo se sumerge, y el alma se lava y queda limpia de todos sus pecados.»

Ahora bien; la santísima Virgen, que es Refugio de pecadores, viendo que en los sacramentos de la Iglesia, lava el Señor á las almas con el agua de su Costado,

y las cura con el bálsamo de su gracia, y las fortalece con el vino generoso de su sangre, por lo cual el Señor se compara ya al racimo de la vid, ya al bálsamo, ya al cipro, le alaba y le aclama diciendo: «Racimo de cipro es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddí.» Mas «después de estas alabanzas que, como hemos dicho, comprenden todos los misterios de la redención, desde la Encarnación del Señor hasta la venida del Espíritu Santo, Jesús retorna sus alabanzas á su inmaculada Madre, y el Esposo retorna sus loores á su amada Esposa, como vamos á verlo en el verso siguiente.

VERSO 14.

He aquí tú eres hermosa, amiga mía; he aquí tú eres hermosa, tus ojos de palomas.

Pues en las esposas se busca como una dote excelente la belleza; de aquí es que el Esposo la alaba grandemente en su

Esposa, llamándola su amiga, conjunta ó compañera, y repitiendo la alabanza de su hermosura, para mostrarla más grande y más preciosa. No cabe duda que la grande amiga del Señor, su conjunta como la madre con el hijo, su compañera en la grande obra de la redención, es la santísima é inmaculada Virgen María, de quien habla aquí el Esposo: la llama dos veces hermosa, porque es hermosa en el interior y en el exterior; hermosa en su cuerpo y en su alma; hermosa en su virginidad y hermosa en su maternidad; hermosa en la tierra y hermosa en el cielo; hermosa ante los hombres, y hermosa ante los ángeles; hermosa en sus dolores, y hermosa en sus alegrías; hermosa en su santísima vida, y hermosa en su gloriosísimo tránsito. Y en el instante de su Concepción, fué hermosa por estar libertada del pecado, y hermosa por haber sido colmada de gracias. Ahora, nuestra querida Madre es hermosa en sus altares, hermosa en sus imágenes, hermosa en sus cintas y medallas; es hermosa en sus escapularios, blancos y azulados, ó negros y oscuros; hermosa en

sus fiestas, hermosa en sus Oficios, hermosa en sus Religiones y Asociaciones. Digamos, pues, á imitación del Esposo: «He aquí que eres hermosa, Madre mía, y Reina mía; he aquí que eres hermosa, bendita entre las mujeres, y bendito el fruto de tu sacratísimo vientre.»

Mas ¿por qué se añade «tus ojos de palomas?»

Para entenderlo, recordemos una palabra de nuestro divino Salvador: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.» (Math. VI. 22). Este ojo es la intención: si esta fuese recta, sencilla y sin doblez; todo el cuerpo de la obra será luminoso, esto es, limpio, puro y meritorio; más si la intención fuese torcida, dolosa ó mala en cualquier sentido, todo el cuerpo de la obra será tenebroso, pecaminoso y culpable. De aquí es que, el alabar el Esposo los ojos de su Esposa como de palomas, significa, lo primero, que son sencillos, cándidos é ingenuos; lo segundo, que son púdicos y ruborosos; lo tercero, que son rectos, pues las palomas no miran al sosla-

yo; lo cuarto, amorosos y amables; lo quinto, plácidos y mansísimos. Todo esto admirablemente conviene á la Virgen María, cuyas intenciones todas fueron puras, rectas y agradables á Dios. Además, dice el Abad Ruperto, que no es nuevo significarse por los ojos los dones del Espíritu Santo, pues en el profeta Zacarías se significan por los siete ojos de la piedra, que es Cristo. Y así hace hablar al Señor de esta manera: «Estos ojos míos, son también tuyos; ojos son de paloma, ojos de todas las gracias, pues desde que me recibiste en tus castas entrañas, te hiciste participante de todas las gracias y de los dones del Espíritu Santo, que todos descansaron sobre mí.» Así, los ojos de palomas, son ojos de virtudes, de simplicidad, de inocencia, de pureza, de candor, de gracias, de virtudes y de dones. ¡Oh preciosísimos ojos de nuestra Madre María! Mas Ella responde á estas alabanzas retornándolas al Señor, de esta manera:

VERSO 15.

He aquí tú eres hermoso, Amado mío; nuestro pequeño lecho es florido.

Como dos veces había alabado el Esposo la hermosura de la Virgen María, así Ella dá dos alabanzas á su Esposo, llamándole hermoso y gracioso. Y aquí entienden los santos, con San Gregorio y San Anselmo, que Jesucristo es hermoso en la divinidad, y gracioso en su humanidad. En la divinidad, es bien claro que el Señor es soberanamente hermoso y la fuente de toda hermosura, pues es la imagen del Padre y el esplendor de su substancia, y es luz de luz que todo lo hermosea. Y en la naturaleza humana, le llama David: «gracioso en su forma entre todos los hijos de los hombres»; y nadie como su divina Madre pudo conocer mejor y alabar esta hermosura. Bien pudo decir, pues, como un santo doctor: «Hermoso es el Verbo en Dios, y hermoso en el virgíneo seno, en donde sin perder

la divinidad, asumió la humanidad. Hermoso el Verbo recién nacido infante: cuando se alimentaba en el seno maternal, cuando era llevado en brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron, los Magos, tras una estrella caminaron, los humildes pastores le adoraron. Hermoso es, pues, en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en las manos de sus padres, hermoso en sus milagros, hermoso en sus trabajos, hermoso invitando á la vida, hermoso despreciando la muerte, hermoso dejando á su alma, y hermoso tomándola de nuevo, hermoso en la cruz y en el sepulcro, hermoso en el cielo, y hermoso aun en nuestro pobre entendimiento» (San Agustín). Pero aun más apropósito la hace hablar el Abad Ruperto, diciendo: «Si mi Dios me alaba por ser virgen y madre, por ser El Dios y Hombre, yo le adoro; si El me dice: he aquí que tú eres hermosa; si me repite, he aquí que tú eres hermosa; yo le respondo: he aquí Amado mío que eres gracioso. Desde que yo quedé hermosa por obra tuya, tú que siempre fuiste hermoso, más hermoso apareciste; pues en verdad aumen-

taste tu hermosura, cuando siendo Dios te dignaste hacerte Hombre. Tú de tal modo eres hermoso, que eres la substancia misma de la hermosura, y de tal modo gracioso, que eres la misma gracia de la humanidad. Si soy yo hermosa, es porque tú eres mi hermosura, pues no es la vara la hermosura de la flor, antes la flor es la hermosura de la vara».

Y á un Esposo y á una Esposa llenos de hermosura, les corresponde una casa y un tálamo también hermosos; y por esto añade: «nuestro lecho es de flores»; esto es, cubierto de flores, y verdegueando con las hojas, y cubierto con la sombra de floridos arbustos. ¿Cuál es este lecho de flores? He aquí cómo responde un doctor: «El lecho de Cristo es su Carne; pues así como el lecho tiene dos usos: padecer en él durante la enfermedad, y descansar durante la salud, así el Señor, en su Carne, padeció en las humanas flaquezas antes de su pasión, y descansó en ella en su resurrección; y muy bien se dice: Nuestro lecho es florido, pues primero floreció en su vida; secóse por su muerte, y refloreció por su

resurrección. Y así dice en un salmo: «Y mi carne refloreció».

San Gregorio lo explica de este modo: «¿Qué quiere decir el lecho de la Esposa, sino la quietud y descanso del alma? porque el alma que ardientemente ama á Cristo su Esposo, apártase en cuanto puede de los cuidados del mundo y va acopiando en su interior las virtudes con que agrade á su Esposo. Y así, al despreciar todas las cosas temporales, se forma un lecho en la paz de su victoria; y mientras más tranquila en él descanse, más flores encuentra para agradar al Esposo con su hermosura.»

San Bernardo entiende por el lecho florido los conventos: «En la Iglesia, dice, pienso que el lecho donde se descansa son los claustros y monasterios, en los cuales se vive con quietud, lejos de los cuidados del siglo y de las angustias de la vida. Y este lecho se nos presenta lleno de flores, por los ejemplos de los fundadores y compañeros que allí han derramado el buen olor de sus virtudes».

En cuanto á la Virgen María, su vientre sacratísimo fué el lecho donde Jesu-

cristo descansó y como durmió por nueve meses, y de allí se levantó para correr su carrera. Y Cristo en ella descansaba, y María descansaba en Cristo, y de su lecho se exhalaba el aroma de las más preciosas flores, es decir, los encendidísimos afectos del Corazón de Jesús, y los ardientes deseos del Corazón de su Madre inmaculada. Nosotros somos lecho de Jesús en la comunión.

VERSO 16.

Las vigas de nuestra casa son de cedro: nuestros artesonados de ciprés.

Después de haber alabado el lecho, como el que está recostado en él, naturalmente vuelve los ojos hacia el techo, y mira y aun cuenta las vigas que le componen; así Ella, mirando estos hermosos maderos, y los artesonados que sostienen, es decir, las figuras y composturas que pendientes y clavadas en las vigas formaban preciosos adornos en el techo, como se observa en las cámaras y habitaciones reales, admirando la fortaleza de las maderas, las bellezas de las figuras del artesonado, las alaba diciendo: «Las vigas de nuestra casa son de cedro: los artesonados de ciprés.» El cedro es una madera incorruptible, de un olor agradable, y de un sabor acre y picante que estorba se le crie polilla que lo destruya.

El ciprés produce una madera muy estimada por su mucha duración, y que siendo muy cerrada en sus poros, no padece abras ni torceduras, y por consiguiente es muy apta para trabajos finos y duraderos. Y por eso la Esposa alaba las vigas de cedro, macizas y odoríferas, y los artesonados colocados en ellas, compuestos y tallados de madera de ciprés. Esto supuesto, ¿cuál es la casa en donde estas maderas están colocadas, y estas, qué significan?

Como á la casa la llama *nuestra* la Esposa, claro es que significa la casa que es á un mismo tiempo del Esposo y de la Esposa, de Jesús y de María, y esta es la misma alma de la Virgen santísima, casa donde el Señor siempre estuvo. En es-

ta casa hay dos géneros de gracias y virtudes: la gracia santificante que va unida con las virtudes cardinales, que son como cuatro maderos ó vigas principales que sostienen el techado, y las gracias que se llaman *gratis datas*, como la ciencia de las Escrituras, el don de lenguas, la profecía, etc. Ahora bien: las virtudes cardinales son enteramente necesarias para el edificio de la perfección, y por eso la Iglesia, en la canonización de los santos, hace un examen muy severo acerca de estas virtudes; son, pues, como las vigas del techado, que lo sustentan y conservan, y sin el cual no podría habitarse la casa. En cuanto á las gracias *gratis datas*, no son necesarias para la santidad, pero la adornan, la embellecen y la magnifican; y por eso se habla en las vidas de los santos del dón de milagros, del espíritu profético, del conocimiento de la sagrada Escritura, del penetrar los corazones, etc., admirándose la ciencia teológica en sencillas mujeres como en Santa Catalina de Sena. Pueden, pues, muy bien estas gracias y dones, compararse á los artesonados,

porque como estos están clavados en las vigas y penden de ellas, así esos dones gratuitos dependen de las virtudes y sirven para embellecerlas y adornarlas. Las vigas, pues, de la casa virginal, son la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, solidísimas virtudes del alma de María; y los artesonados son los dones gratuitos, pues tuvo todos los que cuenta San Pablo, y los numera como muy repartidos entre varias clases de personas cuando dice: «A uno por el Espíritu Santo, se le dá palabra de sabiduría; á otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; á otro, fe por el mismo Espíritu; á otro, gracia de sanidades en un mismo Espíritu; á otro, operación de virtudes, á otro, profecías; á otro, discreción de espíritus; á otro, linajes de lengua; á otro, interpretación de palabras» (1ª á los Cor. XII, 8, 9, 10). Pues todo esto, que fué repartido á uno y á otro, por el Espíritu Santo, le fué dado junto á la Virgen Santísima á quien cubrió con su sombra; y así sus virtudes fueron sólidas, odoríferas, altas y frondosas como el cedro; y sus dones, hermosos y agra-

dables, firmes y sin lesión como el ciprés, levantado en alto como él, y mirando al cielo por la recta intención, como mira siempre al cielo la punta del ciprés. Y muy bien puede también decirse, que en la casa de María, las vigas gruesas y macizas figuran los santos Angeles, que como á Reina le están sujetos, y son incorruptibles é impecables; y los artesonados hermosos y pendientes de las vigas, son los devotos siervos de María, sostenidos y protegidos por los santos Angeles, y que con sus virtudes, como que adornan y embellecen el alma de su muy amada Madre.

Aquí termina el primer capítulo del Cántico de los cánticos, y al fin de él, la santísima Virgen hace algunas saludables advertencias á sus muy amadas hijas.

Voz de la Virgen santísima, á las Hijas de María Inmaculada.

Mucho provecho podréis sacar, amadas hijas mías, de este primer capí-

tulo del Cántico divino. Primeramente, debéis desear con ardor la unión con Jesucristo, como yo deseaba y pedía su santa Encarnación. Si el Señor os llama á servirle en una vida más perfecta, en el claustro de un convento ó en otra Congregación religiosa, no dejéis entibiar vuestros deseos; pedidlo con ardor y con constancia, y para merecerlo en algún modo, apartaos de las delicias del siglo, considerando que los ungüentos del Esposo son infinitamente superiores al vino de los goces mundanales: Corred en pos de mí con la imitación de las virtudes, y sed rectas en todas vuestras acciones é intenciones. Entrad á las cámaras de la oración íntima y profunda, y empezad siempre por meditar la negrura de vuestras pasadas culpas, que el sol de la concupiscencia os hizo cometer. Deplorad el olvido de vuestra alma, viña del Señor, que abandonásteis por entreteneros en las viñas de agenos cuidados. Buscad al Señor en el medio día de su amor y de sus finezas, pues bien sabéis que descansa y apacienta en la sagrada Eucaristía. Acostumbrad practicar la hora eu-

caristica, que es una hora de meditación semanaria á los piés de Jesús Sacramentado, para que os enseñe á amarle á él sólo, y no andar vagueando tras de las miserables criaturas, sino regir y dominar vuestras pasiones á ejemplo de los santos. Si así lo hacéis, hijas mías, mi Jesús os colmará de gracias y favores: os hará como sus carrozas, que por todas partes le llevéis en vuestro corazón; os dará virginal modestia en vuestro semblante, y os adornará el cuello y los brazos con la docilidad de la obediencia y la constancia en el bien obrar. Acostumbrad el dulce ejercicio de la presencia de Dios, para que el Rey eterno, reclinado en vuestro corazón, lo convierta en un nardo oloroso, que siempre esté exhalando el aroma de la oración, del amor y del agradecimiento.

Sobre todo, no olvidéis, mis muy amadas hijas, el meditar la dolorosa Pasión del Salvador: haced de todos sus pasos como un manojito de amarga mirra que esté siempre en vuestro corazón y vuestra memoria, y El, como sabroso racimo, os dará á beber sus gracias en las viñas

de Engaddí, que son los santos sacramentos. Y mi Jesús alabará vuestra hermosura y la sencillez y la simplicidad de vuestras intenciones; y vosotras alabaréis la suya, de donde habrá venido toda la vuestra. Y vuestra alma será como un lecho donde el Señor descanse, oloroso con las flores de vuestros afectos; y con las sólidas virtudes, formará como el techo de vuestra casa, y con sus dones y gracias especiales, la hermoseará como con preciosos adornos. Y qué, amadas hijas, ¿no suspiraréis por llegar á esta dicha? ¿no desearéis con deseo, ser las esposas de mi dulce y divino Jesús? .... En mí hallaréis abogada y protectora: yo soy vuestra Madre y seré también vuestra Madrina: yo os purificaré y os adornaré para esas bodas celestiales. Vosotras sedme siempre fieles: no abandonéis jamás el sacratísimo Rosario, cuyos misterios de gozo, de dolor y de gloria, vistela figurados en el nardo oloroso, la amarga mirra y el florido cipro. Traed siempre con vosotras vuestro rosario, y pensad que vuestra Madre os ama con un amor que nunca podréis comprender, y en la

vida os asistirá, en la muerte vendrá á recibiros, bajará al purgatorio á libertaros, y os presentará á Jesús en las delicias de la gloria.

Voz de las hijas.

¡Bendita seas, Madre mía! oido hemos tu voz y quedamos encantadas; procuraremos obedecerte en todo; pero no nos abandones: sé tú nuestra luz, nuestra guía y nuestra más dulce esperanza!

CAPITULO II

El Esposo, flor y lirio.—La esposa, azucena. El Manzano.—Su sombra y su fruto.—La bodega de los vinos.—El desmayo socorrido con flores y manzanas.—La izquierda y la derecha del Señor.—El sueño no turbado.—La corza y el corzato.—El acecho tras la pared.—Amiga, paloma.—Invierno y primavera.—Paloma en los agujeros de la peña.—Las raposas.—El Rey coronado.—La vida y la muerte.—La voz de María.

En este capítulo continúan alternando los Esposos sus mutuas alabanzas, haciendo siempre uso de comparaciones campestres y ocultando bajo estos sencillos emblemas grandes misterios. Y aun parece que cuando la frase es más llana y sencilla, penetrando en su fondo es más fecunda y conceptuosa, como lo ire-

vida os asistirá, en la muerte vendrá á recibiros, bajará al purgatorio á libertaros, y os presentará á Jesús en las delicias de la gloria.

Voz de las hijas.

¡Bendita seas, Madre mía! oido hemos tu voz y quedamos encantadas; procuraremos obedecerte en todo; pero no nos abandones: sé tú nuestra luz, nuestra guía y nuestra más dulce esperanza!

CAPITULO II

El Esposo, flor y lirio.—La esposa, azucena. El Manzano.—Su sombra y su fruto.—La bodega de los vinos.—El desmayo socorrido con flores y manzanas.—La izquierda y la derecha del Señor.—El sueño no turbado.—La corza y el corzato.—El acecho tras la pared.—Amiga, paloma.—Invierno y primavera.—Paloma en los agujeros de la peña.—Las raposas.—El Rey coronado.—La vida y la muerte.—La voz de María.

En este capítulo continúan alternando los Esposos sus mutuas alabanzas, haciendo siempre uso de comparaciones campestres y ocultando bajo estos sencillos emblemas grandes misterios. Y aun parece que cuando la frase es más llana y sencilla, penetrando en su fondo es más fecunda y conceptuosa, como lo ire-

mos viendo en la declaración de cada verso. Sólo que nuestra marcha será más rápida, porque conteniéndose en el primer capítulo las verdades más fundamentales con respecto al gran misterio de la Encarnación, conveniente era tratarlas con más cuidado y detenimiento, y eso facilita la explicación del resto, que no son sino las consecuencias de aquellas primeras verdades. Mas no por eso queremos significar que los demás capítulos de este libro divino dejen de ser preciosos é interesantes, pues como todo él es el epitalamio de las bodas del Verbo con la humana naturaleza, misterio grande, escondido por todos los siglos en Dios, como dice San Pablo, todo el Cántico respira, por decirlo así, el aroma de Jesucristo, y no menos el de la Virgen Inmaculada, su divina Madre. De ella nos hemos propuesto declarar este Cántico divino, pues siendo su objeto celebrar la unión de Cristo con la Iglesia, como María nuestra Madre es de ella una parte principalísima, claro es que de un modo especial le concierne, y que sin violencia ninguna puede serle aplicado.

Esto supuesto, entremos á la declaración de los versos que componen este segundo capítulo.

VERSO 1.

Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles.

Es el Esposo el que aquí habla, y con la comparación sencillísima de la flor, quiere darnos á entender sus excelencias, siempre como Dios Hombre en el misterio de la Encarnación. ¿Por qué se llama aquí, pues, flor del campo? San Jerónimo, y con él todos los doctores, recuerdan aquí la profecía de Isaías que anunciaba al Salvador bajo el emblema de una flor, diciendo: «Una vara saldrá de la raíz de José, y de esta raíz se levantará una flor.» (Isai. XI. 1.) Flor que nunca se marchita, flor que siempre conserva su hermosura, cuyo aroma no disminuye, cuyo vigor no perece; siempre cándida y rubicunda; siempre olorosa,

fresca y llena de atractivos. Y así como la flor proviene del rocío del cielo y de la fecundidad de la tierra, así el Señor es del cielo en cuanto su divinidad, y en cuanto su humanidad es de la tierra. Mas ¿por qué se llama flor del campo? Lo primero, porque así como la flor es el adorno y la hermosura del campo, así Jesucristo es el ornato, el decoro y la hermosura del mundo, dice San Ambrosio; lo segundo, porque del mismo modo que la flor del campo no está encerrada como las de los jardines ni pertenece á un solo dueño, sino que á todos es patente y todos pueden gozar de ella, así el Señor nació en el mundo para bien de todos y vino á salvar á todos los hombres; lo tercero, porque así como la flor del campo es conculcada y pisoteada por los caminantes, y más aún por los animales que vagan por los campos, así el Señor fué conculcado y pisoteado en su pasión, y aun ahora en su Sacramento es despreciado y ultrajado por los malos cristianos y por los herejes; pero como la flor desgarrada y despedazada suele derramar mejor su aroma, así nuestro Señor en sus humillaciones y trabajos hizo resplandecer más sus virtudes; lo cuarto, porque así como la flor del campo nace por sí misma, sin que el hombre la siembre ni la riegue, así nuestro divino Salvador fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen, y todo esto fué no por obra de varón, sino por obra y gracia del Espíritu Santo. Muy hermosamente lo dice San Ambrosio por estas palabras: «Cristo es la flor de la Virgen María, que derramó por todo el mundo el buen olor de la fe, habiendo germinado de un vientre virginal».

Algunos doctores creen que esta flor de que aquí se habla es la rosa, que es hermosísima y reina entre las flores. Y el campo es la misma Virgen santísima, en la cual nació, y á ella acuden todos los que quieren obtener esta flor, como al dichoso campo que la produce.

En cuanto al lirio de los valles, llamado así porque en los valles se juntan las aguas, y el lirio mucho las apetece, es también Jesucristo nuestro Señor, lirio de castidad y de pureza, que florece en

los corazones humildes, donde se juntan las aguas de las gracias. Cinco cosas se admiran en el lirio, dice un doctor: su blancura, su color de oro en el centro, su aroma, su elevación, y el estar doblegado; y así Jesucristo es cándido en su humanidad, de oro en su divinidad, aromático en su predicación, elevado por su doctrina, doblegado para recibir siempre á los pecadores. También se advierte que el lirio es tan fecundo que de una sola raiz produce hasta cincuenta bulbos; así como de Cristo han venido centenares y millares de cristianos. Finalmente Jesucristo es flor del campo mientras vivió en el mundo, y lirio de los valles floreciendo eternamente en la gloria.

VERSO 2.

Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.

Acababa de decir el Esposo que él es el lirio de los valles; y así como el

campo del cual es flor, es la Virgen santísima de quien nació, así los valles del lirio son su purísimo cuerpo y su humildísima alma, pues en los hondos valles de la humildad es en donde florece el hermoso lirio de la pureza. Mas como la Esposa es tan semejante al Esposo, y María tan semejante á Jesucristo, que en este mismo Cántico se le llama escogida como el sol, por eso el Señor le participa la alabanza de sí mismo, que se llama lirio, y le dice: «Como lirio entre las espinas, así mi amada entre las hijas: Si yo soy lirio, ella también es lirio; si yo soy el Rey de las vírgenes y el amador de la castidad, ella es la Reina y Virgen de las vírgenes; si yo apaciento entre los lirios de los corazones puros, ella es la azucena que descuella entre las innumerables vírgenes que la rodean, y que en pos de ella con regocijo y alegría á mí, Rey inmortal y eterno, en el templo me han sido presentadas: y aunque son doncellas puras que siguen á mi Madre como á su Reina y capitana, ellas, con todas sus virtudes, no son más que secas y agudas espinas, comparadas con la

Purísima é Inmaculada María. «Como la azucena entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.» ¿Cómo no recordar aquí con corazón gozoso la tierna ceremonia de la recepción de las Hijas de María? Después de resonar en las bóvedas del templo el Ave dulcísima á la estrella del mar, llamadas por su nombre van acercándose las jóvenes dichosas, cubiertas de blanca túnica, el velo virginal sobre el semblante y coronadas de cándidas rosas; trémulas de emoción se allegan á las rejas y allí prometen cultivar aquellas cuatro virtudes: la caridad y la humildad, la obediencia y la pureza; la pureza sobre todo, la celestial pureza que consagran al Señor bajo la égida de María, cuya dulce imagen elevada en el altar, parece mirarlas con amor y enviarlas una sonrisa de celeste aprobación; y con sus manos abiertas, de de donde salen rayos fulgurantes, mandarles una lluvia de gracias y favores. ¡Pero cuán grande es su virtud y cuán pequeñas ante ella las de sus hijas! Al fin ella, concebida sin pecado, es purísima azucena de blancura sin mancha,

mientras sus hijas, nacidas con el pecado de origen, son espinas punzadoras que no tendrían entrada en el jardín celestial, si el bautismo no arrancara esas espinas. Mas como siempre quedan sus tristes reliquias y reaparecen con los pecados actuales, siempre puede decir el Señor al ver á esas jóvenes rodeando el altar de María: «Como azucena entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.»

¡Oh hijas muy queridas de María Inmaculada, destruid esas espinas de las culpas que punzan á vuestra Madre cuando os acercáis á abrazarla: purificáos más y más; lavad vuestras estolas en la sangre del Cordero, esto es, vuestras almas en el Sacramento de la Penitencia, acercaos cada día, si os es posible, al sagrado banquete, para que más y más os asemejéis á vuestra Madre y Reina, la Azucena de los cielos! ¡Ojalá y que á nadie seáis jamás motivo de tentación ni de pecado, y que á nadie punceis con agudas espinas! Oid lo que dice el piadoso Dionisio Cartusiano de vuestra Madre y de vosotras: «Aunque haya habido y ha de haber siempre

muchas vírgenes puras y santas, mas en comparación de la Virgen santísima, considéranse como espinas, en cuanto á que siempre tienen algo de culpa; y aun cuando estén limpias, no está en ellas el fomes extinguido, y sirvieron de espinas para otras que con su aspecto sentían las punzadas de la concupiscencia. Sólo la Virgen María, inmune de toda culpa, tuvo extinguido enteramente el fomes, y encendida en ardiente caridad, á todos cuantos la miraban los penetraba con su inestimable pureza, llenándolos de castos y santos deseos.»

VERSO 3.

Como el manzano
entre los árboles de las selvas, así
mi Amado entre los hijos.

A la alabanza del Esposo corresponde la Esposa con otra muy semejante. El la ensalza entre las hijas, y Ella le alaba entre los hijos; para él todas las jóvenes,

aunque santas, junto á su Esposa son espinas; para ella los santos y los ángeles, aun su amado Dueño, son árboles silvestres. Ella es la azucena deliciosa; El es el manzano de sabrosísimos frutos. Al llamarle, pues, manzano entre los árboles de las selvas, es como si dijera: «Cuanto el manzano excede y supera á los árboles silvestres, cuanto es más útil que ellos sancando el aire donde arroja su sombra, cuanto mejor que las espinas son las manzanas, cuanto el hombre que de estas come, vale más que los animales que comen las bellotas, tanto y mucho más mi Esposo celestial supera á todos los hombres y aun á todas las criaturas.» Y con mucha razón, dice San Gregorio Papa, por el manzano se figura á Cristo, y á los otros hombres por los leños silvestres porque en solo Cristo hallamos manjar de salud cuantas veces lo buscamos, nutriendo nuestras almas con el suave y saludable fruto de sus palabras y ejemplos. El será el árbol de la vida que á nosotros nos la participa; El es el que apacienta nuestras almas cuando á sí mismo se nos inspira. Y en cuanto á las

criaturas, si hallamos algo en ellas que
nos sustente, no es de ellas, sino del
mo Cristo, pues lo que hay en las
turas fuera de Dios, es para nosotros
veneno mortal.» «Bajo la sombra
que había deseado me senté, y su
es dulce á mi garganta.»

Insiste la Esposa en la comparación
del manzano, y así como este árbol
fresca sombra donde descansar, y
senta un fruto sabroso al paladar,
Jesucristo dá la sombra de su protección
y providencia, la sombra de la fe, que
oscura y nebulosa; y la sombra del Es-
píritu Santo, que refrigera el ardor
las pasiones. Sobre todo, Cristo en
Eucaristía es el árbol del manzano,
expuesto en la custodia ó reservado
el sagrario, nos dá benigna sombra,
ella nos sentamos á descansar
vamos á visitarle, y su fruto es
dulcísimo á nuestra garganta, cuando
la comunión le recibimos. Mejor que
die sabía todo esto la Virgen
cuando daba al Señor esta alabanza
respecto de ella, es especial.
sombra del Señor la cubrió, como

en el Evangelio: «El Espíritu Santo
sobre ti vendrá y la virtud del Altísimo
te cubrirá con su sombra.» Esta sombra
deseaba ardientemente la Bienaventura-
da Virgen, cuando ansiaba y suspiraba
por la Encarnación, y bajo ella se sentó
y dentro de sí recibió su dulcísimo fru-
to, que después de la Ascensión de Je-
sucristo á los cielos recibió millares de
veces en la santa Eucaristía. También
el árbol de la cruz es el manzano del
muy amado, y á su sombra estaba Ma-
ría Madre de dolores y así como Eva
gustaba la manzana prohibida, así María
saboreaba las amarguras del fruto de la
cruz, que era su Hijo colgado de ella.
Y no se diga que el fruto del manzano
se llama dulce, y en la Pasión del Señor
todo es amargo, porque en esta amargu-
ra se encuentran muchas delicias, y las
almas que tienen experiencia saben muy
bien que en la meditación de la Pasión
de Jesucristo se encuentra una dulzura
inexplicable. Y si las almas de los san-
tos han deseado tanto la cruz, suspiran-
do por ella con vivas ansias, hasta que-
rer padecer ó morir, como Santa

Teresa; ó «padecer y no morir», como Santa Matilde; ó hasta hacer como escrúpulo de su contentamiento en la cruz, como la Bienaventurada Margarita de Alacoque: por aquí podemos imaginar cuál sería el ardor con que la Virgen santísima suspiraba por la cruz, y cómo ansiaba por ponerse á su sombra, y gustar sus amarguísimas dulzuras, y cómo en este sentido pudo muy bien decir: «Como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi Amado entre los hijos. A la sombra de Aquel que había deseado me senté, y su fruto es dulce á mi garganta.»

Y finalmente, esto tiene su plena consumación en el cielo, donde á la sombra de su Hijo divino, Arbol de eterna vida, que la difunde en todos los santos, descansa para siempre saboreando los exquisitos frutos de la bienaventuranza.

VERSO 4.

Introdújome en la bodega de los vinos; ordenó en mí la caridad.

Es de saber que en las casas de los magnates, y principalmente en los palacios de los reyes, hay un departamento situado lejos del calor, donde se guardan con cuidado varias clases de vinos y licores para el uso de la mesa y esplendor de los banquetes. Allí se tienen vinos fabricados de muchos años atrás, pues es sabido que el tiempo los mejora, y que cuanto más añejos son más generosos y apreciados. Los lugares, pues, donde así se depositan los licores se llaman cuevas, porque suelen estar subterráneas, ó bien bodegas de los vinos, y suelen visitarse para admirar las ricas colecciones de ese género, y aun para probar y saborear de aquellos caldos generosos. Así aquí, el Esposo lleva á la Esposa á visitar sus bodegas; y esto es lo que ella, agradecida, les cuenta á

las jovencitas que la acompañan. Como después de comer se excita la sed, por eso después de saborear los frutos del manzano, es conducida la Esposa á beber á la cueva de los vinos.

Para el alma esta bodega de vinos significa ya la santa Iglesia católica, donde se hallan el vino de la predicación y el vino de los Sacramentos; ya el Espíritu Santo, que desciende sobre las almas, pareciendo embriagarlas como á los Apóstoles en Pentecostés; y ya muy particularmente, la Misa, y el Altar, y la Eucaristía; y así dice el sacerdote al comenzar el sacrificio: «Entraré al altar de Dios», al Dios que llena mi juventud de regocijo»; como si dijera: entraré á la bodega de los vinos, pues que el vino, dice la Escritura, alegra el corazón del hombre. Y á esta bodega, millares de veces fué introducida la Virgen santísima, que después de la Ascensión del Señor, diariamente comulgaba de manos del amado discípulo, embriagándose santamente en el amor divino. El Abad Ruperto dice que María nuestra Señora fué introducida á la bodega de los vinos

cuando en las bodas de Caná, faltando el vino, les procuró á los convidados, por un milagro que obtuvo de su divino Hijo, un vino abundante y delicadísimo, para denotar que en las nupcias del mundo todo, procuró por medio de Jesucristo el vino místico, esto es, la incorrupción de las almas y la inmortalidad de los cuerpos.

La cueva de los vinos es también la santa contemplación, que en la santísima Virgen fué dulcísima y continua, y en la que gozó delicias que no es dado expresar. Y en el cielo aun más perfectamente se goza de los vinos del Señor, que son las cuatro dotes gloriosas del cuerpo; y las tres del alma, que son: ver, gozar y poseer á Dios.

Mas ¿qué quiere decir, «ordenó en mí la caridad?» En la lengua sagrada se significa ordenar en batalla, ó ordenar para el combate, pues expresa: la «Bandera sobre mí, la caridad», porque así como la fuerza y virtud del ejército consiste en el orden de los soldados y escuadrones, y la bandera levantada en alto es quien los ordena, así en el interior del

alma la caridad es la que ordena todo el ejército de las virtudes y potencias, y sin ella nada valen para impugnar al demonio. Esta bandera es el mismo Cristo, que es todo amor, pues como dice el discípulo amado: «Dios es caridad.»

Y así, él mismo es la bandera levantada en alto en la cruz, señal á la cual se contradeciría, cual anunció Simeón; pues no sólo le contradijeron los judíos, sino aun hoy le contradicen los impíos, los malvados, los gobiernos, los masones; mas si por una parte le contradicen y odian, una gran multitud de almas le aman y le adoran, y como soldados siguen por todas partes la bandera de su cruz, y dicen con el Apóstol: «Ordenó en mí la caridad», ó levantó sobre mí la bandera del amor; pues Jesucristo fue siempre el blanco de todos sus deseos, y al pie de la cruz estuvo firme y constante, como el soldado al pie de su bandera. Y tan ordenada estuvo en ella la caridad, que más quiso ver morir á su santísimo Hijo, que el que las almas pereciesen: y así la hace decir el Abad Ruperto: «Ya desde mucho antes me había

enseñado el Señor el orden de la caridad, y que llevase conmigo la espada de mi dolor, aunque sintiese destrozar mi alma; pero sin pensar ni desear que el Señor mudase sus designios de cruz y de muerte, que le habían de traer gloria y honor del género humano.» Así, María nuestra muy amada Madre, fué como un fuerte soldado, ó más bien como valerosa Capitana, que estuvo firme, aunque llena de dolor, al pie de la bandera del Soberano, esto es, junto á la cruz de su Hijo crucificado; y así nosotros, pobres soldados, debemos decirle:

Contigo junto al madero,
Quiero estar y llorar quiero
Por la muerte del Cordero;
Para que cuando yo muera
Vuele á la celeste esfera
Que es la patria verdadera.

Amén.

VERSO 5.

Sostenedme con flores, rodeadme
de manzanas, porque desfallezco de amor.

En este verso se ve que la Esposa, saliendo de la bodega de los vinos, cayó en un desmayo. Entre los efectos del amor divino de que hablan los doctores místicos, unos se llaman palabras amorosas, otros embriaguez espiritual; otros, deliquios ó desmayos de amor, éxtasis ó arrobamientos; y como este Cántico es todo de amor, de todos estos distintos efectos se habla en él; y así, las palabras de amor son las que el Señor habla á su Esposa en el fondo del alma, y de ellas son muchas que hemos declarado. Ahora se trata del deliquio de amor, pues es lo que experimenta la Esposa cuando dice, llamando á sus compañeras y dirigiéndoles la palabra: Venid y socorredme; mirad cómo me desvanezco y estoy por caer en tierra sin sentido; traedme flores y manzanas, cuyo olor me conforte y me

vuelva la respiración. «Apartándose el Esposo como suele, dice San Bernardo, Ella se siente desfallecer de amor, pues cuanto más agradable había experimentado su presencia, tanto más se siente con su ausencia desfallecer; pues si se nos quita lo que amamos, se aumenta nuestro deseo; y lo que con ardor se desea, más tristemente se pierde. Y por eso esta alma ruega que la alienten con el olor de flores y de frutos, mientras que vuelve Aquel cuya ausencia la enferma y la entristece.»

Mas ¿qué significan las flores y las manzanas que pide aquí la Esposa? Claramente responden algunos: trátase de Cristo, pues ya la hemos oído llamarse flor del campo y lirio de los valles, y la Esposa le ha llamado árbol de manzano; y por ese lo explica muy claramente en el verso que sigue, donde pide ser abrazada con sus dos divinas manos. Y esto le conviene admirablemente á la santísima Virgen, cuando pedía noticias á las hijas de Jerusalén de su amado lirio y de su dulce manzano; de su Jesús, que había perdido con indecible desconsuelo y que

con deliquio de amor andaba buscando. Las flores y manzanos simbolizan también las celestes consolaciones que Dios manda á las almas santas cuando se encuentran en la desolación y en la amargura; y muy particularmente la memoria de las suavísimas palabras y de las preciosas acciones de nuestro Salvador, pues con la meditación de sus misterios, el alma, que desfallece por su deseo, se sustenta y se conforta. Así, nuestra dulcísima Madre, en la ausencia de su Jesús subido al cielo, desfalleciendo de amor y de deseo, llamaba á los santos ángeles diciéndoles: Rodeadme de flores, sostenedme con manzanas, y la memoria de Jesucristo la confortaba y consolaba, y muy particularmente el recuerdo de la dolorosa Pasión, á la que invoca aquél santo: «Pasión de Cristo, confórtame», porque tiene la virtud y eficacia de confortar el alma, pues como dice San Ambrosio: «ungüento es la sangre que derramó, manzano es él mismo, fruto pendiente del árbol de la cruz»; y San Bernardo, por manzanos entiende los dolores de la Pasión, y por flores los gozos

de la Resurrección, y todo esto consolaba y confortaba á la santísima Virgen en sus amorosos deliquios.

Mas no omitamos otro sentido de este verso que apuntan algunos doctores con San Gregorio, que dice: «Por las flores se designan las almas tiernas y principiantes, y por manzanos los fieles maduros y perfectos.» Y así podemos decir que nuestra amada Madre María, como que se consuela y se conforta y se alegra, ya con sus hijos tiernos que comienzan á amarla, ya con sus siervos más crecidos que la sirven muchos años ha, y la aman entrañablemente como á Madre. En sus fiestas y en medio de sus altares, y en los días de su florido mes, parece decir á sus Hijas: «Vosotras las pequeñas, las aspirantes que llevais la cinta de esperanza, acercaos y rodeadme como flores, que vuestros deseos son grato olor que me conforta; y vosotras, las que llevais la cinta color de cielo, y sois soldados antiguos en mi ejército, acercaos también, pues como manzanas, juntais al olor de los deseos el dulce sabor de las buenas obras; venid, venid todas, que

quiero comunicaros el amor que me hacía desfallecer en la tierra y que en el cielo me hace inmensamente dichosa.

VERSO 6.

Su izquierda debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

Desmayada la Esposa en un deliquio de amor, el Esposo la levanta para colocarla en el lecho, y como hace el que endereza á un enfermo, con una mano le sostiene la cabeza y con la otra la abraza para levantarla, y esto es lo que aquí siente y cuenta la Esposa: «con su mano izquierda sustenta mi cabeza, levantándola por debajo, y me abraza y levanta con su derecha para trasportarme.» Y así también, dice un doctor, suelen las madres abrazar á sus hijos pequeños, tomándoles con una mano la cabeza y acercándola á su seno, mientras que con la otra mano los levantan, rodeándolos de la cintura; y á ese modo hemos de entender aquí el abrazo de que habla la Esposa que le dió el Esposo para levantarla y trasportarla. Más este abrazo ¿qué significa? Misterios todos grandiosos: primeramente, indica el abrazo de la divinidad con la humanidad en el seno sacratísimo de nuestra Señora, que ambas la rodearon y abrazaron con su protección; en segundo lugar, significa la gracia y la gloria que envolvieron y cómo abrazaron á María nuestra Reina, pues la gracia es como la mano izquierda, que sustenta la vida presente, mientras la gloria es la derecha que abrazó toda el alma y cuerpo de la Santísima Virgen, cuyo abrazo durará por toda la eternidad y comenzó en su gloriosa Asunción; en tercer lugar, la izquierda significa las adversidades de esta vida, y la derecha las prosperidades con que el Señor nos consuela; y con ambas manos abrazó á su Madre santísima, cuya vida toda fué un tejido de penas y de gozos, de dolores y de consuelos; en cuarto lugar, la izquierda significa la acerbidad de la Pasión de Jesucristo, y por la derecha se indica el gozo de su Resurrección: y por

quiero comunicaros el amor que me hacía desfallecer en la tierra y que en el cielo me hace inmensamente dichosa.

VERSO 6.

Su izquierda debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

Desmayada la Esposa en un deliquio de amor, el Esposo la levanta para colocarla en el lecho, y como hace el que endereza á un enfermo, con una mano le sostiene la cabeza y con la otra la abraza para levantarla, y esto es lo que aquí siente y cuenta la Esposa: «con su mano izquierda sustenta mi cabeza, levantándola por debajo, y me abraza y levanta con su derecha para trasportarme.» Y así también, dice un doctor, suelen las madres abrazar á sus hijos pequeños, tomándoles con una mano la cabeza y acercándola á su seno, mientras que con la otra mano los levantan, rodeándolos de la cintura; y á ese modo hemos de entender aquí el abrazo de que habla la Esposa que le dió el Esposo para levantarla y trasportarla. Más este abrazo ¿qué significa? Misterios todos grandiosos: primeramente, indica el abrazo de la divinidad con la humanidad en el seno sacratísimo de nuestra Señora, que ambas la rodearon y abrazaron con su protección; en segundo lugar, significa la gracia y la gloria que envolvieron y cómo abrazaron á María nuestra Reina, pues la gracia es como la mano izquierda, que sustenta la vida presente, mientras la gloria es la derecha que abrazó toda el alma y cuerpo de la Santísima Virgen, cuyo abrazo durará por toda la eternidad y comenzó en su gloriosa Asunción; en tercer lugar, la izquierda significa las adversidades de esta vida, y la derecha las prosperidades con que el Señor nos consuela; y con ambas manos abrazó á su Madre santísima, cuya vida toda fué un tejido de penas y de gozos, de dolores y de consuelos; en cuarto lugar, la izquierda significa la acerbidad de la Pasión de Jesucristo, y por la derecha se indica el gozo de su Resurrección: y por

eso dijo antes: «desfallezco de amor», lo cual se vió claramente cuando estaba al pie de la cruz; mas viendo con su mente ilustrada por Dios, los grandes frutos de la muerte de Cristo y cuán pronto resucitaría, exclama: «Su izquierda bajo de mi cabeza, es decir, no sobrepuja mi cabeza; que la razón ceda al efecto, y llore yo á mi Hijo como si hubiese de morir para siempre; antes estoy ciertísima que su derecha me abrazará, cuando la gloria de su Resurrección me llene de alegría. No sólo me tocará por breve tiempo, como el dolor de la Pasión de mi Hijo, sino que me rodeará y me llenará de una perpetua alegría; con El lloré por breves horas, mas con él eternamente me alegraré.»

Tales son los sentidos de este corto verso, y de él sacaremos esta enseñanza: que las penas de esta vida duran poco, y aun en ellas nos sustenta el Señor con su mano; mas los gozos de la otra vida son perpetuos, y allí nos abraza el Señor en perpetuas delicias; por lo cual dice el Apostol: «No son dignas las pasiones ó trabajos de este tiempo, de la

futura gloria que se revelará en nosotros. (Rom. VIII, 18.)

VERSO 7.

Conjúroos, hijas de Jerusalén,
por las cabras y ciervos de los campos,
que no despertéis ni hagáis despertar
á la amada, hasta que ella
quiera.

Después que el Esposo colocó en el lecho á su amada, ésta se durmió en un tranquilo sueño, y dejándola él al cuidado de las jóvenes sus compañeras, les encarga que no fueran á despertarla, sino que la dejen quieta hasta que ella buenamente despierte. Sólo que, como este Cántico, según ya hemos advertido, es un idilio, es decir, un cantar campestre y pastoril, todas las comparaciones son tomadas de cosas del campo, y por eso dice que las conjura por las cabras y los ciervos. Por estos animales entienden los doctores significados á los ángeles; por-

que así como las cabras tienen una vista agudísima, viendo muy bien desde muy lejos, y los ciervos que moran en lo alto de las peñas corren y saltan velocísimamente, así los ángeles ven desde el cielo cuanto pasa en este mundo, y vuelan velozmente á cumplir lo que Dios les ordena. Conjura, pues, aquí el Señor á las criaturas, á que no turben la santa quietud, el provecho y el estudio de las virtudes de las almas, que las dejen despertar hasta que ellas quieran, porque sus obras han de ser voluntarias y espontáneas.

Puede también entenderse esto en nuestros tiempos, de las almas que en las casas religiosas se dedican á la contemplación, á las que los mundanos persiguen y arrojan de sus claustros, despertándolas así el sueño de la oración, aunque el Señor los conjura á no hacerlo. Veamos cuán hermosamente lo dice San Gregorio Papa:

«El alma santa, Esposa de Cristo, apetece descansar de todas las perturbaciones del mundo; desea dormir aquietada de las terrenas concupiscencias, y aun á veces fastídianle las necesarias conversaciones, porque sólo le alegra el hablar con su Esposo. Mas las almas carnales que hay en la Iglesia, importunamente la despiertan y desean enredarla en los negocios del mundo, y reputan inútil su vida, porque la ven abstenerse de sus cuidados y ocupaciones.» Ciertísimo es lo que aquí dice el santo Doctor, pues piensan los impíos, y lo dicen á cada paso, que las Religiosas son inútiles á la sociedad, que son ociosas y nada hacen, y en nada trabajan. «Pero estos hombres animales no perciben las cosas que son de Dios, dice San Pablo, y no comprenden que más bienes le traen al mundo con la oración, que con todo el trabajo de manos, que por otra parte no les falta, y le tienen sobrado.» «Grande y estupenda es la dignación del Señor, dice San Bernardo, que haga descansar en su seno al alma contemplativa, y que allí la guarde de molestos cuidados, la proteja de inquietas acciones y de terrenos negocios, y no permita que nadie la despierte ni la turbe, ni levante, sino hasta que sea su voluntad.» Es, pues, la oración de quietud, que tan bien explica Santa Teresa,

como un sueño que el alma duerme en Dios, recogiéndose toda dentro de sí, y juntándose con el Señor; de suerte, que no parece oir ni sentir, sino que está dormida y como medio muerta, hasta que volviendo en sí, echa de ver el bien grande que ha perdido. Y si Dios así favorece á algunas almas, y amorosa las arrulla y las duerme cabe su seno, de pensar es, qué haría con su Madre santísima: á cuán alta contemplación la elevaría; cómo encomendaría á los ángeles su cuidado, diciéndoles que no permitiesen á las criaturas perturbarla; y así, la dulce Virgen, confiada y resignada enteramente en la Divina Providencia, descansaba segura entre sus brazos, durmiendo muy tranquila, ya sea durante la pasión de su Hijo, ya sea en las persecuciones levantadas contra los Apóstoles y la Iglesia, después de la Ascensión.

VERSO 8.

La voz de mi Amado:
he aquí que éste viene saltando
en los montes, traspasando los collados.
V. g. Semejante es mi Amado á la
corza y al cervato. Vedle ya
él mismo está tras de nues-
tra pared, mirando por las ventanas, acechando por las celosías.

Aquí la Esposa, trasportada á su lecho después de su desmayo, confusamente y entre sueños, oye la voz de su Esposo que viene y que salta los montes para acudir á su Esposa, que de amor languidece. Y esta voz que oyó, era la del Esposo que imponía silencio á las doncellas para que no despertasen á su amada. Y así lo entienden San Bernardo y San Gregorio. La Esposa, pues, medio oyendo la voz del Esposo, acaba de despertar, y llena de regocijo exclama: «He oí-

do la voz de mi Amado, que por el cuidado que de mí tiene se apresura y viene saltando los montes, veloz como la corza y el cervato, y esto para asistirme y socorrerme.» Dulcísimas palabras que tienen preciosos sentidos: Ve la Virgen Madre bajar al Verbo desde las montañas del cielo y apresurarse por su oración, y hablarle por boca de su embajador, saludándole: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo»; y luego que Ella da humilde consentimiento, corriendo como la corza, baja el Verbo á su seno; y después, como hermoso cervatillo, se le aparece en la noche de Navidad en el pesebre. Como cervatillo aparece el pequeñuelo nacido para nosotros, dice San Bernardo. Salta también los montes y traspasa los collados, cuando salta de Abrahán, monte de la fe, á Isaac, monte de la esperanza; y de él á Jacob, collado de la dilección, y así de uno en uno á todos sus progenitores que numeran los Evangelistas. Y también como que salta el divino Cordero del seno de su Madre al pesebre, de allí á Egipto, del Egipto á Nazareth, de allí á su predicación, de allí

á la cruz, de ella al sepulcro, y de allí al cielo. Así lo explica San Ambrosio. San Bernardo advierte que materialmente anduvo Cristo en las montañas, porque en una eligió á los Apóstoles, en otra se transfiguró delante de ellos, en un monte empezó su predicación, en otro fué crucificado, en otro subió al cielo, y en otro mandó al Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Y ya antes subió á las montañas de Judea encerrado en el seno de su santísima Madre.

«He aquí que El está tras de nuestra pared, mirando por nuestras ventanas, acechando por nuestras celosías.» Este verso es continuación del anterior, y por eso se ponen juntos. Y no es de extrañar que en él se nos indique el gran misterio de la Encarnación del Señor, pues de él principalmente se ocupa todo este divino Cantar.

El Esposo, pues, llegando, mira á la Esposa tras de la pared por las ventanas cubiertas de celosías, ó más bien de una fina red, como se dice en el hebreo. De allí es que él la mira perfectamente, pues en la lengua santa se dice que la

mira como observando sus gestos, sus actos y palabras; pero Ella no lo ve sino imperfectamente, como sucede cuando alguno observa por un resquicio ó agujero; que él ve bien lo que está de la otra parte, y á él muy poco ó casi nada le ven. Veamos, pues, cuán hermosamente lo aplica San Gregorio Papa: «Jesucristo se pára tras de nuestra pared, porque oculta su divinidad tras de la humanidad que ha tomado por nosotros; porque si nos mostrase su inmensidad, no podría sostenerla la humana flaqueza; y por eso quiso interponer su sagrada Carne; y todas las grandezas que obró entre los hombres, verificólas como escondiéndose tras la pared. Y así como el que mira por las ventanas y las celosías, en parte se deja ver y en parte queda oculto, así Nuestro Señor Jesucristo, cuando hacía sus milagros por el poder de su divinidad, y cuando padeció nuestras miserias por la flaqueza de nuestra carne, podemos decir que asomaba por las ventanas y las celosías, porque en algo ocultaba, en algo aparecía lo que era.» San Bernardo también, dice que el Señor

encontró tantos agujeros y aberturas en nuestra ruinosa pared, cuantas flaquezas y miserias nuestras sintió en su sagrado cuerpo.

En la Eucaristía muy especialmente, se verifica que el Esposo nos mira debajo de los accidentes como tras de una pared; y tan oculto y escondido, que nosotros sólo miramos la misma pared tras de la cual se encuentra, es decir, los accidentes del pan. Y el Padre Faber, en su preciosa obra del Santísimo Sacramento, conforme con la opinión de algunos teólogos, dice que Jesucristo allí nos mira con sus mismos ojos corporales, consideración muy á propósito para encendernos en su amor.

La Virgen Santísima, llevando en su seno al Verbo encarnado, le sentía en sus entrañas sin mirarle: pero el Señor miraba muy claramente su profunda humildad, sus preciosas virtudes y sus encendidos afectos. Y cuando fué á visitar á Santa Isabel, el Señor, tras la pared del claustro virginal, miró á su Precursor y lo santificó en el seno de su Madre, siendo la voz de la Virgen María ó

sus labios soberanos, como la ventana, por donde asomó el Hijo de Dios, pues que dijo Isabel: «Desde que resonó la voz de tu salutación en mis oídos, saltó de gozo el infante dentro de mi seno.» Por todo esto pudo muy bien nuestra amada Madre decir: Ved cómo está tras de nuestra pared, mirando por las ventanas, observando por las celosías.» Pero como el Señor no solo la mira, sino que le dirige dulcísimas palabras, sigue Ella diciendo:

VERSO 10.

He aquí que mi Amado me habla, diciendo: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven.

Parece aquí que la Esposa, viendo á su Amado, aunque al través de las celosías, le hace señas de que entre; pero El desde fuera le da á entender que no quiere pasar adentro, y antes la llama para salir al campo, y la dice que se levante

y se dé prisa, dándole esos tres títulos de mucho amor: de amiga, y paloma y hermosa. Dios llama á las almas á que se levanten del sueño de la tibieza y se den prisa á ejercitar las virtudes, pues el alma debe sacudir la pereza y subir de grado en grado á la perfección á que Dios la llama. En cuanto á los títulos que le da, dice el Niceno: Es hermosa, porque acercándose á Dios, recibe el alma en sí como en un espejo la imagen de la divina hermosura; es paloma, porque reposa en ella el Espíritu Santo; y es amiga por el conocimiento que Dios le da de sí y de sus misterios. San Gregorio así lo explica: «Cristo llama á su Esposa, amiga por la fe; paloma por la simplicidad; y hermosa por la operación.» Y á ésta exhorta á levantarse y venir, porque es muy justo que el que aspira al amor del Señor, sacuda en cuanto pueda la pereza y se dé prisa á la consecución de los bienes eternos. San Bernardo pregunta: ¿por qué Cristo, que poco ha mandaba no despertar al alma, ahora él mismo la despierta y la llama? Y el mismo santo responde: Para que conozcamos

las vicisitudes de la santa quietud y de la indispensable acción, y que en esta triste vida no hay mucho tiempo para contemplar, ni espacio para descansar, pues nos instan por fuerza los negocios de nuestro oficio y estado. Y por esto acostumbra el Esposo, después que su Amada ha descansado un poco en su seno, llamarla á las obras exteriores que le pertenecen.

El Abad Ruperto explica que son palabras del Señor á su amada Madre, á la cual habla de esta suerte: «Tú, que eres mi amiga por tu humildad, mi paloma por la caridad, mi hermosa por la castidad, ven, pues, María; ven, pues que Eva huye á esconderse: ven y da crédito al ángel que te anuncia, pues Eva dió crédito á la serpiente que le hablaba; ven y pisa la cabeza de la serpiente que á Eva engañó. Ven y di: He aquí la esclava del Señor; pues que Eva se defendió diciendo: la serpiente me engañó.... Ya escucho, dice María, la voz de mi Amado, que me dice: Levántate por la fe, apresúrate por la esperanza y ven por la caridad.»

También llamó el Señor á su amada Madre para que fuese y se apresurase á las montañas de Judea, y obedeciendo, caminó con festinación, como dice el Evangelio. Y la llamó á Belén, para nacer allí conforme á las profecías; y se encaminó allá con su Esposo; y por fin, le llamó para llevarla á su gloria, como en otros versos más claramente veremos.

VERSO 11.

Porque ya pasó el invierno,
se fué la lluvia y se retiró. V. 12.
Las flores aparecieron en nuestra tierra,
el tiempo de la poda ha llegado.
La voz de la tórtola
se ha oído en nuestra tierra.

En estos dos versos se hace una descripción poética de la venida de la primavera, que es la más hermosa estación del año. En efecto: entonces ha pasado el frío invierno con sus nieves, lloviznas

y heladas: esas lluvias que se llaman aguas de nieve por su frialdad, se van y se alejan para no volver; entonces comienzan á brotar las flores de sus botones, y van poco á poco abriéndose, haciendo gala de sus bellos colores; comienzan á podarse los árboles, y especialmente las viñas, que abundan tanto en Palestina, cortándoles los sarmientos secos é inútiles para que sean más fructuosas; comienza á escucharse el canto de los pájaros, y en particular el de la tórtola, que emigra en el invierno buscando regiones más templadas; pero vuelve á la aproximación de la primavera; la higuera entonces produce sus primeros frutos y las viñas florecientes derraman su olor por las campiñas. Y describiéndole su Esposo á su amada esas bellezas primaverales, la invita á que se levante y vaya en su compañía á gozar de los campos y á cultivar las plantas. Y eso es lo que expresan estos dos versos con el siguiente, por lo cual juntos los explicaremos.

Dicen los santos Padres, que aquí la fuga del invierno y la llegada de la primavera, indican la cesación de la Ley antigua y el principio de la nueva, siendo las viñas las iglesias que fundaban los Apóstoles: el invierno, el frío helado de la infidelidad; el sol de primavera, el Espíritu Santo en la Pentecostés; la poda, el combate contra los vicios y errores; las flores, los nuevos cristianos; el canto de la tórtola, la predicación del Bautista; y el de las otras aves, la de los Apóstoles. Así lo entienden San Anselmo y San Ambrosio, San Bernardo y San Cirilo, con otros santos.

También llama aquí el Señor al alma pecadora á la penitencia, diciéndole: «Levántate del lecho de la culpa, pues ya pasó el invierno de los pecados y la lluvia de la concupiscencia; ya te alumbró la luz de mi gracia, que te inflame en mi amor y produzca en tí las flores de las virtudes y los frutos de las buenas obras, para que aparezcas hermosa como paloma ante Dios.» Y aquí se indican aquellos tres actos de la penitencia: la contrición, por las flores que aparecen en la tierra del alma; la confesión, por la voz de la tórtola que llora el haber perdido

al Esposo; y la satisfacción, por la poda que corta las ocasiones del pecado. También puede significar la fuga del mundo y la entrada en Religión: pues el mundo con sus ilusiones, es el invierno frío, del que se aleja el alma cuando se entrega á Dios en el retiro; y en la Religión aparecen las flores de las virtudes; se podan todas las esperanzas del siglo; se llora con la tórtola la pasada vida; la higuera del alma produce dulces brevas, y Jesucristo levanta á la Esposa y la invita á la perfección. Y algo semejante sucede en la amada Asociación de las Hijas de María. Cuando entran en ella, huye el invierno del siglo, aparecen las flores de aquellas cuatro virtudes que prometen; podan las modas, teatros y vanidades; y como tórtolas y jilgueros, ruiseñores y clarines, cantan en la primavera del gracioso mes de su Madre; como viñas dan su olor cuando desean entrar á los jardines del Señor, que son los claustros, y producen los dulces higos del amor á Dios y á su santísima Madre.

En cuanto á Ella, la gloriosa Virgen, el día 25 de marzo, terminado el invierno y á principios de la primavera, recibió la visita del Arcángel Gabriel, y dando su humilde consentimiento, el Verbo de Dios se hizo carne en sus purísimas entrañas. Entonces pasó el largo invierno de los profetas y de la durísima Ley mosaica: alejáronse las lluvias de los pecados y de las divinas amenazas y venganzas; llegó la hermosa primavera, brotando las flores de la gracia, reconciliación y remisión de los pecados: nació Cristo, Sol de justicia; llegando el tiempo de la poda, esto es, de la gracia y de la penitencia: oyóse la voz de la tórtola, es decir, la de nuestra dulce Madre, cuando dijo: «He aquí la esclava del Señor.» También el canto de esta avecita significa el amor de nuestra Señora, como lo dice hermosamente un antiguo doctor por estas palabras: «La voz de la tórtola canta al amor y á la santa dilección, y da muestras de un amor singular cuando canta sus gozos á su compañero presente, ó sus afectos al ausente; y así la voz de la tórtola, toda es de amor, ni conoce cosa fuera del amor; y es singular su amor, pues cuando queda sola, no se junta con

otro consorte, y es amor eterno que no conoce segundo. La voz, pues, de la tórtola canta al amor: su voz es puro cántico de amor, y su cántico hace arder los corazones; una sola cosa resuena su voz, y canta siempre lo mismo y lo mismo repite, y jamás causa fastidio. Siempre canta lo mismo, porque lo mismo siempre ama. ¡Y quién será digno de escuchar la voz de la tórtola? .... Tú sola, Señora, hermosa entre las hijas de Jerusalén; tú sola escuchaste y tú sola entendiste la voz de este cantar, y por eso dijiste: «La voz es de mi Amado.» El te hablaba por dentro y tú por dentro le escuchabas: El te cantaba su amor y tú le respondías con el tuyo.»

VERSO 13.

La higuera produjo sus brevas: las viñas en flor dieron su olor. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

San Bernardo dice que las viñas en flor fueron los patriarcas y profetas, que

aunque adoraron en espíritu á Cristo, que había de nacer y morir, pero no dieron entonces su olor, porque no lo vieron en carne; mas lo vieron después, cuando sucediéndose las generaciones, de ellos vino el Señor por el alumbramiento virginal de María. Tres Padres griegos entienden por las viñas en flor, los tres Reyes Magos, que fueron las primicias de los gentiles que vinieron á Belén y á la Madre de Dios, pidiéndole ver y adorar á su Hijo. En cuanto á la higuera que produce higos pequeñitos, pero muy dulces, es la misma Virgen María, que dió á luz al dulcísimo Jesús, y con El á todos los escogidos, pues son miembros de Cristo su cabeza. En cuanto á las palabras que dice el Señor á su Esposa. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven, las cuales repite varias veces en este libro divino, significan que Dios llama á su amada Madre, unas veces de la acción á la contemplación, y es cuando le dice que duerma ó manda que no la despierten; y otras veces la llama de la contemplación á la acción, como parece hacerlo aquí, que le manda le-

vantarse y seguirlo á gozar de la amenidad de los campos y á examinar el estado de las viñas. Y la llama amiga, porque nunca fué su enemiga por el pecado, pues careció aun del original; y la llama hermosa, por las gracias que le hace y que van aumentando su belleza. Y no solo, sino que añade el título de paloma, como veremos en el verso siguiente, que es continuación de los que acabamos de explicar.

VERSO 14.

Paloma mia en los agujeros de la peña,
en la concavidad de la cerca,
muéstrame tu rostro, suene tu voz
en mis oidos: porque tu voz es dulce
y tu faz agraciada.

Mucho agradan á las almas que quieren entregarse á Dios, las grutas que se encuentran entre las peñas de los montes, y allí vivían los discípulos de los profetas en el monte Carmelo, y después tan-

tos anacoretas y solitarios; y el alma que allí gime y llora los pecados del mundo, es la paloma que en las quiebras de las peñas hace oir al Señor la voz de su oración, y le deja ver la faz de una conciencia pura. La santísima Virgen, nuestra muy amada Madre, no habitó materialmente entre los montes ni entre las peñas, que no fué esa su vocación; pero sí fué la dulce y gemidora paloma que habitó en los agujeros de la piedra viva, que es Cristo enclavado en la cruz. Oigamos cuán plamente lo explican los santos doctores. Sea el primero San Gregorio Papa: «Por los agujeros de la piedra, dice, gustosos entendemos las llagas de los pies y manos de nuestro Señor Jesucristo pendiente en la cruz; y por la caverna de la cerca, la herida del costado abierto por la lanza. Y así, muy bien se dice que la paloma se halla en los agujeros de la piedra y en la abertura de la cerca, porque cuando con la memoria de la Pasión y de la cruz imita la paciencia del Señor y venera sus llagas, encuentra en ellas alimento y fortaleza.» Y San Bernardo dice: «Los agujeros de

vantarse y seguirlo á gozar de la amenidad de los campos y á examinar el estado de las viñas. Y la llama amiga, porque nunca fué su enemiga por el pecado, pues careció aun del original; y la llama hermosa, por las gracias que le hace y que van aumentando su belleza. Y no solo, sino que añade el título de paloma, como veremos en el verso siguiente, que es continuación de los que acabamos de explicar.

VERSO 14.

Paloma mia en los agujeros de la peña,
en la concavidad de la cerca,
muéstrame tu rostro, suene tu voz
en mis oidos: porque tu voz es dulce
y tu faz agraciada.

Mucho agradan á las almas que quieren entregarse á Dios, las grutas que se encuentran entre las peñas de los montes, y allí vivían los discípulos de los profetas en el monte Carmelo, y después tan-

tos anacoretas y solitarios; y el alma que allí gime y llora los pecados del mundo, es la paloma que en las quiebras de las peñas hace oir al Señor la voz de su oración, y le deja ver la faz de una conciencia pura. La santísima Virgen, nuestra muy amada Madre, no habitó materialmente entre los montes ni entre las peñas, que no fué esa su vocación; pero sí fué la dulce y gemidora paloma que habitó en los agujeros de la piedra viva, que es Cristo enclavado en la cruz. Oigamos cuán plamente lo explican los santos doctores. Sea el primero San Gregorio Papa: «Por los agujeros de la piedra, dice, gustosos entendemos las llagas de los pies y manos de nuestro Señor Jesucristo pendiente en la cruz; y por la caverna de la cerca, la herida del costado abierto por la lanza. Y así, muy bien se dice que la paloma se halla en los agujeros de la piedra y en la abertura de la cerca, porque cuando con la memoria de la Pasión y de la cruz imita la paciencia del Señor y venera sus llagas, encuentra en ellas alimento y fortaleza.» Y San Bernardo dice: «Los agujeros de

la piedra son las llagas de Cristo, pues Cristo es la piedra .... en estas encuentra el gorrión su morada y su nido la tórtola donde poner sus polluelos: allí se esconde la paloma para defenderse, y allí, resguardada, mira intrépida revolotear al buitre infernal.... Muéstrase lo más secreto del corazón por la abertura del costado de Cristo; échanse de ver sus entrañas de misericordia, para que conozcamos claramente cuán suave y manso es el Señor.» Pero ¿quién más que la dulcísima Virgen María miró y conoció la suavidad del santísimo Corazón de Jesús su Hijo? ¿Quién más que esta paloma inmaculada, habitó y moró en las llagas del Cordero crucificado? Pues no sólo cuando le fueron abiertas en la cruz por los clavos de hierro estuvo en ellas, sino que desde la profecía del anciano Simeón, que le anunció el Calvario con todos sus horrores, María miraba aquellas divinas llagas, y sentía sus dolorosos ardores, y habitaba en ellas por su segura espectación, como después de subir el Señor al cielo, moraba en ellas por una indeleble memoria. Y como allí le pide por todos los pecadores, y el Señor gusta tanto de que se le recomienden, por eso le dice á su Esposa que haga resonar su voz en sus oídos, es decir, que eleve su oración por los méritos de Cristo paciente y que le deje ver su rostro, que teñido con la sangre del Crucificado, se le muestra lleno de gracia y hermosura. Y ahora, si el Señor desea oir la voz de su Madre, por parecerle tan dulce, ¿cómo no desearemos con ansia escucharla los mortales? ¡Oh y cuán dulce! ¡oh y cuán suave! ¡oh y cuán deliciosa ha de ser la voz de nuestra amadísima Madre, ahora que habita en los excelsos montes de la gloria! ¡Oh y cuándo oiremos esa voz virginal que alegra los cielos, regocija á los ángeles, estremece á los santos, y encanta al mismo Dios de los santos y de los ángeles!

El amor que nos tienes, ¡oh amantísima Reina! la protección que en la vida nos impartes y la asistencia que en la muerte nos concedes, nos hacen esperar que, aunque indignos, un día nos hagas oir tu voz y contemplar tu semblante allá en los cielos, porque tu voz es dul-

ce, Reina mía, y tu rostro, gracioso y apacible, madre de mi alma!

VERSO 15.

Cogednos las raposas pequeñas que asuelan las viñas, pues nuestra viña floreció.

En Palestina abundan mucho las raposas, que aquí llamamos zorras, y estos animales hacen mucho daño á las viñas, ya porque calvan y las desentrañan, ya porque devoran las uvas y las disminuyen y empobrecen. Y las más pequeñas entre ellas, hacen más daño, y como inexpertas pueden cogerse más fácilmente, porque más grandes son astutísimas y no se dejan prender. Estas raposas significan los primeros herejes que devastaron la Iglesia, como explica San Agustín con otros santos. En el alma, las raposas son las primeras sugestiones del enemigo, que empieza á tentar por cosas pequeñas, y con diabólica astucia introduce lo malo bajo la apariencia de bien. Todo esto no habla para nada con nuestra santísima Madre; pero como nuestro Señor llamó á Herodes, *raposa*, así es que el primer Herodes que reinaba en el tiempo del nacimiento de Jesucristo, fué la astuta raposa que demolió y acabó con las viñas en flor de los niños inocentes, sin poder tocar á la preciosa viña del Niño Dios, á quien buscaba. He aquí cómo lo dice el Abad Ruperto: «¿No véis cuántos tiernos racimos ha mordido esta fiera raposa? (habla de Herodes); ¿cuántos tiernos infantes ha matado esta cruel bestia en Belén y sus alderredores? Coged á esta raposa, porque nuestra viña está aún en flor; aún no tiene racimos, aún no llega á la madurez, y por esto es más dañoso para la viña el despojarla de sus flores y demolerla. Dejad que crezca primero, y de la flor venga el fruto: que se haga el Evangelio y los milagros, por el Santo de los santos, y este será ya el fruto y el suavísimo racimo; y entonces podrá cortarse y atravesarse en la vara de la cruz, y entonces se conocerá su dulzura.» Hasta aquí el piadoso Abad.

María, pues, afligida al tener que marchar al Egipto por la persecución de Herodes, y después temiendo con su casto esposo volver, al reinar Arquelao, de la misma raza de Herodes, pedía al Señor que cogiese á esos astutos enemigos, para que no acabasen con la viña en flor del divino Niño, que algún día sería esprimido como racimo en el lagar de la cruz.

VERSO 16.

Mi Amado para mí y yo para él, que apacienta entre los lirios.

La Bienaventurada Virgen dice aquí á Jesucristo: «Tú sólo eres para mí el Hijo únicamente amado, y yo soy para tí tu Madre y como tu padre, y te dignas apacentar los lirios de mi virginidad y la de mi esposo José, pues quisiste nacer en nuestro desposorio virginal.» Y nota San Anselmo, que el amor que el padre y la madre deben á su hijo, y el que debe éste á su padre y madre, Jesús lo debe á sola la Virgen María, pues de ella

sola nació, sin padre aquí en la tierra: y así excede este amor á todos los amores de los padres para con sus hijos, y de éstos para con sus padres: y por esto de un modo especialísimo, Jesús es para María, y María para Jesús: por lo cual puede decir nuestra Señora: «Mi Amado para mí, y yo para él, que apacienta entre los lirios.»

En la lengua santa se expresa, que apacienta á los lirios, es decir, que el Señor se agrada en las vírgenes y en las almas puras. Y la Virgen María, nuestra muy amada Madre, que es lirio entre las espinas, quiere que sus siervos y devotos, y principalmente sus Hijos, se truequen, de punzantes espinas, en blancos y hermosos lirios, entre los cuales Jesús se consuele y se recree. Por eso anunciaba David que serían presentadas al Rey, vírgenes en pos de la Reina, y que esta presentación había de ser en el templo, y que sería con grande gozo y regocijo. Y no sólo las religiosas en los claustros se presentan así á Jesucristo, siendo los monasterios verdaderos jardines de lirios y azucenas, entre las cua-

les apacienta el Esposo; sino también la dulce Asociación de las Hijas de María Inmaculada, aunque no jardín cerrado, es un campo más vasto, pero sembrado también de millares de lirios que crecen al derredor de la mística Azucena, y que tanto más recrean al Señor con su blancura, cuanto que descuellan entre los cardos y abrojos del mundo que las rodea.

¡Sed, pues, muy puras, felices doncellas que vivís en medio del siglo; que el Señor, como á muchas de vosotras, os llevará del campo escabroso é inmundo, al jardín cerrado del claustro, donde vuestro aroma, mejor guardado, se hará más intenso y más puro! Mas ¿hasta cuándo apacentará el Esposo entre los lirios? Oigámoslo.

VERSO 17.

Hasta que sople el día y declinen las sombras. Vuélvete, sé semejante, Amado mío, á la corza y al cachorro de los ciervos sobre los montes de Bether.

Las primeras palabras son continuación del verso anterior: el Esposo apacienta entre los lirios hasta que sople el día y se inclinen las sombras. Se dice soplar el día, porque á la salida del sol, disolviéndose los vapores de la noche, suele soplar el aura, que es un vientecito suave. El inclinarse las sombras, el ir creciendo conforme el sol va descendiendo, hasta que, desapareciendo el sol, se desvanecen. De aquí es que al decirse en este verso: hasta que sople el día y se inclinen las sombras, es lo mismo que decir: desde la mañana hasta la noche, porque todo el día de nuestra vida el Señor apacienta entre los lirios deleitándose en las almas castas. San Gregorio y San Bernardo entienden las sombras del tiempo presente en que reinan las som-

bras de la fe, y el día, el amanecer de la gloria que empieza el día de la eternidad: «Allí será el verdadero día, dice el gran Papa, porque aquí entre las nieblas miramos la verdad; más allá el Dios, que es toda verdad, alumbrará nuestras inteligencias.» Ciertamente el Señor apacentó entre los lirios purísimos del cuerpo y alma de la Virgen María, durante su vida y en su glorioso tránsito, y en el día de la gloria se deleita con ellos.

Mas ¿por qué se le dice vuélvete?

Porque el Esposo á veces se retira del alma para probarla y multiplicar sus méritos, y el alma entonces le suplica que vuelva á ella, y que no dilate su venida, sino que se apresure como la corza y el cervatillo que saltan las peñas y corren con tanta rapidez. Y nombra los montes de Bether ó Betel, donde Jacob vió en sueños aquella escala misteriosa, celebrada figura de la santísima Virgen, pues Betel significa casa de Dios, y María es la Casa de oro donde empezó á habitar el Verbo hecho carne. Ella, pues, llamaba á su divino Hijo diciéndole que volviese á esta su casa, ya cuando le perdió

en Jerusalén, ya cuando le vió morir en el Calvario. Véase como la hace hablar el Abad Ruperto, dirigiéndose á su Amado: «Pronto, vuélvete dilectísimo; no quieras tardarte, que mi alma ardientemente te desea. Breve es el tiempo de tres días, pero á tu amada y paloma que por ti suspira, aunque herida en el alma por ti gime, largo aun le parece. Abrevia, pues, este tiempo, Señor mío; asemíjate en tu vuelta á la corza y al enodio de los ciervos, siendo velocísimo en tu carrera; no gastes en el sepulcro los tres días enteros, pues basta para cumplir las Escrituras, que pases allí parte del primer día y un poco del tercero. Bastan, Señor, treinta y tres horas en nombre de la Beatísima Trinidad, á la que convenía aplacar en ti y por ti y de ti mismo, Amado mío, carne mía y sangre mía, Dios y Señor mío; mas que esto sea de prisa y velozmente, como la corza y el cervatillo en las montañas en Bether, que es la casa de Dios. Resucita y aparece á los príncipes de tu casa, que son los Apóstoles, y á mí, Madre tuya que tan vivamente te desea.»

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Aquí debéis aprender, amadas hijas mías, á amar la santa oración y á dedicaros mucho á ella: «Allí se os mostrará mi Jesús como Flor de las almas humildes y lirio de las almas castas, y os hará blancas azucenas entre las espinas del mundo en que vivís; allí os dará fresca sombra que os refrigere del ardor de las pasiones, y dulce nutrimento que os conforte. Si le sois fieles y constantes, levantará en vosotras la bandera de su amor: os meterá al gabinete de sus secretos y á la bodega de sus vinos; os rodeará de las flores de las virtudes y de los frutos de las obras de misericordia; os sostendrá con su siniestra en las tribulaciones, y os abrazará en consolaciones con su derecha. Allí mandará á sus ángeles que os cuiden para que las criaturas no interrumpan la quietud de vuestro sueño. Saltando desde el cielo y pasando los montes de los ángeles y los collados de los santos, vendrá en un instante á la sagrada Eucaristía, á miraros dulcemente tras de la pared de las sacramentales especies: y arrojando el invierno y las tempestades de vuestra alma, hará reinar en ella una dichosa primavera; podaréis vuestras pasiones; brotarán de vuestro corazón suaves afectos, como botones de flores: gemiréis como tórtolas la ausencia del Esposo: daréis el dulce fruto del cielo, y como viñas en flor exhalaréis el aroma del buen ejemplo. En las llagas de mi Hijo crucificado, dulcemente por él llamadas, moraréis como mansas palomas, y le haréis oir vuestra voz, que allí le es muy suave, y le mostraréis vuestro corazón, que teñido en su sangre, lo mira muy hermoso. Procuraréis evitar las faltas pequeñas, raposas que tanto dañan á vuestra alma. El Amado apacentará entre vosotras como entre blancos y frescos lirios: El será todo vuestro, y vosotras seréis todas suyas, hasta que acaben las sombras de esta vida y venga el día de la gloria, y en la casa de Dios le miréis y le gocéis sin fin. Sí, queridas hijas; amad á mi Jesús, visitadle y recibidle en su Sacramento de

amor; acompañadle conmigo al pie de la cruz; morad en sus abiertas llagas, donde el milano infernal no llegará á perseguiros. Amadme á mí, que soy vuestra Madre, y algún dia oiréis mi dulce voz, que tantas veces habéis deseado escuchar. Al recogeros por la noche, haced sobre vosotras la señal de la cruz, diciendo estas palabras de mi Oficio: «*Nos cum prole pia, benedicat Virgo Maria. Amén.*»

A mí y la familia mía
Bendice, oh Virgen María! Amén.

(Las Hijas): Sí, Madre, bendecidnos; bendecidnos desde el cielo, y seremos dóciles á vuestra voz, y nos dedicaremos á la santa oración, y á la sombra de Jesús sacramentado nos sentaremos, y comeremos su dulcísimo fruto. Y perseveraremos fieles hasta la muerte con tu auxilio.

CAPITULO III

La busca sin hallazgo.—Las guardias.—Mi sueño respetado.—Sube por el desierto.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María.

VERSO 1.

En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

VERSO 2.

Me levantaré y rodearé la ciudad por las calles y las plazas; buscaré al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

Muchas veces prueba Dios á las almas que le aman con una ausencia penosísi-

amor; acompañadle conmigo al pie de la cruz; morad en sus abiertas llagas, donde el milano infernal no llegará á perseguiros. Amadme á mí, que soy vuestra Madre, y algún dia oiréis mi dulce voz, que tantas veces habéis deseado escuchar. Al recogeros por la noche, haced sobre vosotras la señal de la cruz, diciendo estas palabras de mi Oficio: «*Nos cum prole pia, benedicat Virgo Maria. Amén.*»

A mí y la familia mía
Bendice, oh Virgen María! Amén.

(Las Hijas): Sí, Madre, bendecidnos; bendecidnos desde el cielo, y seremos dóciles á vuestra voz, y nos dedicaremos á la santa oración, y á la sombra de Jesús sacramentado nos sentaremos, y comeremos su dulcísimo fruto. Y perseveraremos fieles hasta la muerte con tu auxilio.

CAPITULO III

La busca sin hallazgo.—Las guardias.—Mi sueño respetado.—Sube por el desierto.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María.

VERSO 1.

En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

VERSO 2.

Me levantaré y rodearé la ciudad por las calles y las plazas; buscaré al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

Muchas veces prueba Dios á las almas que le aman con una ausencia penosísi-

ma: ocultándoles su divino semblante, aléjaseles como á una región desconocida, y le buscan con dolor y diligencia sin poderle encontrar. Hoy que celebra la Iglesia la fiesta de Santa Rosa de Lima, patrona de las Américas, léese en el Breviario, que por espacio de quince años experimentó esta ausencia del Señor, padeciendo penas más amargas que la misma muerte, aunque después le llovieron á torrentes las celestes consolaciones. Lo mismo se lee de Santa Teresa y de otros santos. El Padre Faber al hablar del dolor de María en la pérdida del Niño Jesús, cree que la santísima Virgen pasó por esta dura prueba, y que al mismo tiempo que le perdía corporalmente, El le hacía sentir su ausencia en lo más íntimo del alma. Y ese estado en que Dios pone á los justos, por la oscuridad que produce le llama San Juan de la Cruz, «Noche oscura», con cuyo nombre escribió un admirable Tratado. Y en esa noche, ó más bien en esas largas noches busca el alma en el lecho pequeño de su corazón á su Amado ausente, pero le busca muchas veces sin

poderlo encontrar, y entonces dice como la Virgen María: «En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma, le busqué y no le encontré.» Y luego añade: «Me levantaré y rodearé la ciudad; por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le encontré.» El lecho es el sepulcro; el lecho es el pesebre; el lecho es el vientre virginal; y con justicia la Esposa le llama lecho suyo, porque todo lo que es del hombre lo tomó el Señor de lo nuestro: de nosotros tomó el nacer, y el ser alimentado, el morir y el ser sepultado. «En mi lecho lo busqué: mas en tí buscabas lo que él ya de tí había tomado: ya cambió el cielo por el sepulcro y el establo. ¿Y tú le buscas aún en su lecho? Resucitó, no está allí: hase revestido de decoro y fortaleza, y ahora se sienta sobre los querubines el que yacía bajo la losa del sepulcro.» Por lo demás, el alma no encuentra á Jesucristo cuando le busca en el lecho de la pereza, de sus comodidades, de la curiosidad ó del ocio, porque en todo esto no se le halla, pues como dice San Ambrosio: «Si quieres encon-

trarle, búscalo sin cesar y sin temer los trabajos, pues entre los dolores del cuerpo y aun entre las manos de los perseguidores mejor se le encuentra.» El Esposo se esconde cuando se le busca, dice San Gregorio, para que al no encontrarle, con más ardor se le busque, y dilata el darse á ver á su Esposa, para que con su tardanza se haga capaz, y á veces multiplicadamente encuentre lo que buscaba.»

En cuanto á la Virgen santísima, dice Ruperto, que después que Cristo quiso ser bautizado, le buscó en el lecho, esto es, en su habitación, y no le encontró, porque el Espíritu Santo lo había llevado al desierto; que después, cuando el Señor andaba por las ciudades y los castillos, Ella le seguía y le buscaba para escucharle: que luego le buscó en la cruz, y que allí, en vez de encontrar al Amado, encontró una espada que le traspasó el corazón, y que después le buscó vivo, y no le halló, porque estaba muerto en el sepulcro.

VERSO 3.

Encontráronme los guardas que cuidan
la ciudad, y les dije: ¿acaso visteis
al que ama mi alma?

VERSO 4.

Un poquito de haberlos pasado encontré
al que ama mi alma: le tuve:
no lo dejaré hasta que lo introduzca en
la casa de mi Madre y en la recámara
de la que me dió á luz.

Dicen los doctores al explicar este verso, que por los guardas ó centinelas de la ciudad, no se entienden los que vigilan en puntos fijos y sin moverse de allí, á los que no podría encontrar la Esposa andando por las calles; mas se entienden aquellos guardas que rondan por la ciudad guardando el orden, y que entre nosotros suelen llamarse rondas ó

patrullas, con los cuales dice la Esposa que se encontró andando por las calles. Y estos guardas ó vigilantes significan á los Obispos, doctores ó superiores eclesiásticos, pues ellos vigilan por el orden en la Iglesia y á ellos les está encomendada la guarda de las almas de los fieles; y así, dice aquí la Esposa que la encontraron, porque salen al encuentro de las almas necesitadas; y ella luego les descubrió su aflicción preguntándoles: ¿Acaso visteis al que ama mi alma? y no dice lo que le hubiesen respondido, lo que pertenece á la Sinagoga y al pueblo judío, que no supo llevar á Cristo á las almas. Mas sigue diciendo la Esposa, que á poco de haberlos pasado, encontró al Amado á quien buscaba; y explican los santos que al pasar de estos guardas se encuentra al Señor, porque es necesario no apegarse á las criaturas, sino pasar más adelante, aunque ellas nos muestren el camino. «Cuando la Iglesia andaba buscando á su Redentor, dice San Gregorio Papa, no quiso poner su esperanza en los antiguos doctores, pues nos dice un poquito después de pasarlos

encontré al que ama mi alma, y no habría podido encontrarle, si no los hubiese dejado atrás.» Lo cierto es que la Esposa por fin le halló y le tuvo, y protestó que no lo dejaría hasta introducirlo en la casa y en el mismo aposento de su Madre, porque el alma le encuentra por la fe y le tiene por la caridad, y espera no separarse de él jamás, y así lo propone por la virtud de la esperanza, todo lo cual explica muy dulcemente San Bernardo, quien dice que el alma se desposa con Cristo, le abraza con los brazos del entendimiento y voluntad, y le mete á lo más íntimo de su corazón, que es como el retrete de su alma.

En cuanto á la Virgen Santísima, es de saber, que siendo el dolor que padeció con la pérdida del Divino Niño, uno de sus más penetrantes y amargos dolores, el cual era figurativo de la pérdida de Jesús en su muerte y de su hallazgo en su Resurrección, como admirablemente lo explica el Padre Faber, de allí es que este dolor y este gozo aparezcan muchas veces en el sagrado Cántico, ya debajo de unas, ya debajo de otras ale-

gorías; y así, en estos versos se indica que la Bienaventurada Virgen, buscando á Jesús perdido, le encontró en el templo en medio de los doctores, y le tuvo, y no lo dejó hasta introducirlo en la casa de su madre, permitiéndole que anduviese por las ciudades y castillos predicando la divina palabra. Y así, ella fué causa del primer milagro obrado por el divino Redentor. Finalmente, introducida Ella al cielo por su santísimo Hijo, introduce consigo á sus devotos para que gocen con Ella de la bienaventuranza, como le canta la Iglesia en su Oficio Parvo:

Porque entren á la gloria
De Adán los tristes hijos,
Del cielo haces las puertas
Girar sobre sus quicios.

VERSO 5.

Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y los ciervos de los campos, que no levantéis ni hagáis despertar á la amada, hasta que ella quiera.

Como este verso ya queda explicado anteriormente, pues es el séptimo del capítulo anterior, sólo advertiremos que se trata del éxtasis del amor divino, pues el alma, como se acaba de decir, tiene á su Esposo, y no la dejará, y esta unión le causa un arrobamiento, del cual manda el Señor á sus ángeles que no la despierten ni la saquen. Y si Dios ha favorecido con este don á tantas almas, de pensar es cómo no lo haría con su santísima Madre.

Mas después de este segundo sueño misterioso, Ella se levanta, y el Esposo la mira en el campo, y él y sus compañeros la alaban como vamos á ver en el verso siguiente.

VERSO 6.

¿Quién es ésta que sube por el desierto como varilla de humo de los aromas de la mirra y del incienso y de todo el polvo del perfumista?

Primeramente, es de saber que los hebreos, así como dan el nombre de mar á los lagos, como el Evangelio que habla del mar de Tiberiades, que no era más que un lago, así también al campo le llaman desierto, porque en comparación de las ciudades se ve solo y sin gente. Así, en este verso se ve á la Esposa subir del campo al palacio real; y al verla los jóvenes compañeros del Esposo, con él á la cabeza, admirando su hermosura, preguntan quién es Ella, y la comparan con una varilla ó columna delgada de humo que sube recta á lo alto, y que derrama el olor de preciosos perfumes mezclados con arte. Por esta varilla de humo han entendido los Padres y doctores las diversas virtudes de los fieles que com-

ponen la Iglesia, Esposa de Cristo: San Anselmo, por el polvo de perfumista entiende la humildad; y San Gregorio el sutil examen de nuestras obras; San Ambrosio y el Niseno, piensan que son los ángeles quienes admiran al alma que sube del desierto de este mundo á la altura de la perfección; San Gregorio Papa, ve en la varilla de humo, el olor de la buena fama y la sutileza de la mente: Ruperto cree que el desierto indica la vida solitaria; San Bernardo, la simplicidad y humildad cristiana; otros, por el incienso y la mirra, entienden la oración y la mortificación.

Todo esto es muy hermoso y muy cierto; mas en cuanto á nuestra amada Madre María, á quien todo puede especialmente aplicársele. Ella subió por el desierto de este mundo como varilla recta, por la rectitud de sus intenciones; con el olor de la mirra y del incienso, por su continua mortificación y su elevada oración; y con el olor de todos los polvos del perfumista, porque en el polvo de su profundísima humildad había puesto Dios el germen de todas las virtudes, que

con actos incesantes hacia Ella crecer y subir al cielo. San Jerónimo, escribiendo á Santa Paula y á su hija la virgen Estoquio, les habla de la Asunción de Nuestra Señora, y dice: que esta festividad es muy superior á las de los santos, como María es superior á todos, y es también muy admirable á las virtudes angélicas. Y por eso, los espíritus celestiales embelesados preguntan: ¿Quién es ésta que sube por el desierto como varilla de humo de muchos aromas? Dícese varilla de humo, porque es tierna y delicada, y arde por dentro como un holocausto encendido en el fuego del santo amor y de inflamados deseos. Subía, pues, la Madre de Dios, del desierto del siglo presente, como vara salida de la raiz de Jesé; mas las almas de los escogidos la admiraban llenos de gozo, preguntando quién era, porque en los méritos de sus virtudes sobrepujaba y vencía la dignidad de los ángeles.»

Después de esto, los jóvenes compañeros del Esposo comienzan á describir y á alabar, primero el lecho de Salomón, y después su litera ó carroza: y en seguida convidan á las hijas de Sión, que salgan á mirar al Rey coronado por su madre, como vamos á ver en los versos siguientes.

VERSO 7.

Ved aquí que al lecho de Salomón sesenta fuertes lo rodean, de los más fuertes de Israel.

VERSO 8.

Todos portando espadas y peritísimos para las guerras: la espada de cada uno sobre su costado por los temores nocturnos.

Por este lecho entienden los Padres ya la Iglesia de los primeros fieles, en que descansaba el verdadero Salomón, Cristo Señor nuestro; ya las ciudades de Antioquía y de Roma que fundó San Pedro, donde floreció tanto el cristianismo, y ya el alma santa á quien defienden y

rodean los fuertes ángeles; ya la oración en la que el alma duerme y descansa; ya la santa cruz donde el Señor durmió por nosotros el sueño de la muerte; ya por fin, el descanso eterno de la gloria. Y todo esto es muy bien dicho y muy útil de considerar; pero aquí vamos á aplicarlo, como todo, á la Virgen santísima. Ella es el lecho en que el Verbo eterno, desposándose con nuestra humanidad, descansó durante nueve meses, y su seno y sus brazos virginales donde tierno Infante se reclinaba y dormía en los primeros años de su niñez; y á este lecho lo guardaban sesenta fuertes entre los mas fuertes de Israel; es decir, la multitud de ángeles deputados por Dios para acompañarle y honrarle. Y aquí diremos de paso, como enseña Santo Tomás, que Nuestro Señor Jesucristo no tuvo ángel custodio, porque él es el Custodio de los ángeles y de los hombres. El decir que los fuertes eran muy entendidos en la guerra, y que cada uno tenía su espada por los temores de la noche, es significar que los ángeles siempre están como armados con la espada del poder que Dios les

comunica, y que son muy peritos en la guerra contra los demonios y continuamente nos defienden en los temores de la noche; es decir, en los peligros de nuestra triste vida. El Abad Ruperto dice, que los sesenta fuertes de Israel, son otros tantos patriarcas y caudillos del pueblo judío, que le defendieron y protegieron hasta el nacimiento de la santísima Virgen.

No, no olvidemos por fin, que podemos hacer de nuestro corazón un lecho en el que venga á descansar Jesús en la Eucaristía; y lo hemos de defender, con el auxilio de los ángeles y santos, de los diabólicos ataques; y también será un lecho en el que nuestra muy amada Madre descanse en cierto modo por su amor y devoción.

VERSO 9.

Litera hizo para sí el Rey
Salomón, de árboles del Líbano.

VERSO 10.

Sus columnas hizo de plata,
el reclinatorio de oro, la subida
de púrpura, lo de en medio
lo tapizó de caridad por las hijas de
Jerusalén.

Mucho es lo que han discurrido los doctores acerca de este aparato de Salomón, pues algunos han creído que se trataba de un trono real, montado sobre algunas gradas y tapizado de púrpura. Y verdaderamente cuadra á un trono la magnificencia con que está descrito. Otros creen que se trata de un portaviandas, porque así parece significarlo el nombre que se le da en el idioma latino. Algunos conjeturan que se trata de un asiento, ó más bien de una especie de lecho que se ocupaba durante la comida, y el cual estaba fabricado con mucha riqueza, como todo lo de Salomón; pero para esto no se necesitarían gradas, pues los triclinios que para esto se usaban eran bajos, y no alzaban mucho de la tierra. Así, pues, parece mejor tratarse aquí de una litera ó especie de carroza en que paseaba Salomón por las calles, puesto que en el verso siguiente se invita á las hijas de Jerusalén á salir á verle, esto es, como sentado en esta litera. Esta litera significa, pues, la humanidad de nuestro divino Redentor, que fué como la portadora de la divinidad; y de ambas, es decir, de la divinidad y humanidad, es litera la sagrada Eucaristía, principalmente cuando se lleva en devota procesión en la custodia de oro, rodeada de los sacerdotes y Levitas cubiertas de ricas y sagradas vestiduras. Esta litera está hecha de madera del Líbano, esto es, de la purísima sangre de la Virgen María; las columnas de plata, son la sabiduría y elocuencia del

Señor, y su voz sonora como la plata en la predicación; el reclinatorio de oro, son los dones del Espíritu Santo que descansó sobre Cristo, como lo anunciaba el profeta Isaías (Isaí. XI. 2), y en los cuales también el Señor descansaba; la subida de púrpura es su sudor de sangre y sus otros pasos sangrientos por los cuales subió el Señor á la cruz. Lo de en medio, adornado de caridad, es el dulcísimo Corazón de Jesús colocado en medio de su pecho, y que está siempre ardiendo en amor de los hombres, como se le representó á la Bienaventurada Margarita; y por eso dice que el medio está adornado de caridad por las hijas de Jerusalén, esto es, por las almas de los fieles que pertenecen á la Iglesia. Y así de la lengua santa puede sacarse: «El medio de la litera lo ocupa ardiendo de amor», es decir, el mismo Esposo Cristo.

Era, pues, la Virgen santísima, nuestra muy amada Madre, la litera viviente que en su seno llevó muchos meses al Hijo de Dios; las columnas fueron sus dos brazos con que le estrechaba y le arrullaba: el reclinatorio fué su seno y su

pecho, en el que el Niño dulcemente se reclinaba; la subida de púrpura fué su mente, su cabeza y su cabello; y lo de en medio, ardiendo en caridad, era su purísimo corazón, que al mismo tiempo ardía en el amor de Dios y en el de las almas, hijas de Jerusalén; por lo cual dice San Bernardo: «¿Quién podrá dudar que las entrañas de María estaban como empapadas en afecto de caridad, por haber descansado corporalmente en ellas durante nueve meses la misma caridad, que es Dios?..... ni hay en la tierra lugar más digno que el templo del vientre virginal, en el que María recibió al Hijo de Dios, ni en el cielo hay lugar más digno que el solio real en el que el Hijo sublimó á su Madre en el día de su Asunción.» María, pues, es la litera magnífica que porta al verdadero Salomón, y por Ella debemos pasar para llegar á él, y de su corazón purísimo habemos de pasar al deífico Corazón de Jesús, y por las gradas de sus dolores hemos de subir á los purpúreos misterios de la Pasión del Señor.

VERSO 11.

Salid y ved, hijas de Jerusalén,
al Rey Salomón con la diadema con que
le coronó su madre en el dia
de sus desposorios, y en el dia
de la alegria de su corazón.

Hermosísimo verso, sobre el cual han hablado mucho los santos Padres. En él la Esposa invita á las hijas de Jerusalén á que salgan á mirar al Rey sentado en su litera y coronado con una hermosa diadema con que le coronó su Madre en el alegre dia de sus bodas.

Lo primero, es de saber, que la diadema no era propiamente una corona cómo ahora se entiende, sino que consistia en un lienzo blanquísimo que se ponia sobre la cabeza de los reyes ó magnates, cayendo sobre las espaldas, recogido en la cabeza, y ceñido por la frente con una cinta ó cerco de metal, que poco á poco se convierte en corona. Y esto se sabe muy bien, porque se lee que Alejandro Magno se quitó la diadema

para vendar las heridas que recibió uno de sus capitanes. San Crisóstomo advierte, que los hijos soltian ser coronados en el dia de sus bodas por su madre. Esto supuesto, Jesucristo, de quien aqui se habla en figura de Salomón, fué coronado con cinco diademas: la primera es la diadema de la humana naturaleza, que le ciñó y revistió su Madre santísima, y aun la corona real de David; por ella le vino al Señor en herencia. Vease cuán bien lo explica el Papa San Gregorio: «La Madre de Cristo, la Virgen María, coronóle con diadema, porque de ella tomó el Señor nuestra humanidad; y esto se dice que pasó en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón, porque cuando el Hijo de Dios quiso juntar su divinidad con nuestra humanidad, cuando quiso por su buena voluntad y en el tiempo oportuno asumir á su Iglesia, entonces quiso recibir nuestra carne de una Madre Virgen, en el gozo y alegria de la caridad: y aunque vivió con ella en el tiempo, con las miserias de nuestra humanidad, pero gozóse vehementemente de nuestra redención».

La segunda corona del Señor, es la corona de espinas, con que su Madre ó más bien su madrasta la Sinagoga, le ciñó en el día de su Pasión, pues como dice un Padre, «para curar el Señor en sí mismo nuestras enfermedades, por eso fué coronado con una corona de espinas como vencedor, así como los capitanes que han triunfado, ostentan el instrumento con que lograron la victoria.» Y ese día fué el de la alegría del Sagrado Corazón de Jesús y como el día de sus desposorios, en que murió por su esposa la Iglesia. Y por esto en la fiesta de la Corona de Espinas, tanto en el Oficio como en la Misa, pone la Iglesia todo este verso.

La tercera corona es la de la gloria, con la cual fué coronado en su Resurrección y Ascensión, día muy alegre para su Corazón, porque ya glorioso é inmortal, para siempre se desposaba con su Iglesia. La cuarta corona fué la del dominio y reinado que recibió el día de Pentecostés, cuando comenzó á sujetarse las almas á la fe, desposándose solemnemente con la Iglesia, que de los judíos y gentiles se formaba: «José tuvo la corona de la castidad, Pablo la de la justicia, Pedro la de la fe; pero sólo Cristo, dice San Ambrosio, tiene la corona de la gloria con que la Iglesia le coronó».

La última corona esponsalicia y triunfal, será la de los bienaventurados en el cielo, pues aunque ellos son coronados por el Señor, pero al mismo tiempo el Señor forma de ellos su corona; y por eso se dice en el Apocalipsis: «Gocémonos y alegrémonos, y démosle la gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y se le ha dado á su Esposa, que está preparada, el cubrirse con lino cándido y esplendente.... Bienaventurados los que han sido llamados á la Cena de las bodas del Cordero. (Apoc. XIX. 9.)»

La Virgen Santísima, que coronó al Señor con la diadema ó tela blanquísima de la humanidad, con la cual en la cruz vendó nuestras heridas, convida á las hijas de Sión, esto es, á los ángeles y á los hombres, ya en el día de su Nacimiento, colocado en el pesebre; ya en el día de su Pasión, ceñido de espinas; ya en la Resurrección y Ascensión, con la corona ganada en el combate; ya en el cie-

lo, donde coronado de inmensa gloria está sentado á la diestra de su Padre. Salid, almas tiernas y principiantes, á ver al tierno Rey en el establo; salid, almas tristes y atribuladas, á verle Rey de dolores, coronado en el Pretorio; salid, almas tibias é inconstantes á consagrarle vuestro corazón coronado de amor, en el Cenáculo; salid, almas perezosas y pusilánimes, á verle coronado de gloria y honor en el empíreo, para que á su vista os llenéis de aliento y diligencia; salid, almas todas; salid todos los días á verle y recibirle en la Eucaristía, donde coronado con la diadema de las blancas especies, os aguarda en la alegría de su Corazón, para celebrar con vosotras sus desposorios!

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada

Buscad siempre, queridas hijas; buscad siempre á Jesucristo, ya por dentro en el lecho de vuestro corazón, ya por

fuera en las calles y plazas, cuando tengáis que andar entre la turba de las criaturas: y aunque de pronto no le halléis, perseverad en buscarle. Acudid á vuestros confesores y directores, preguntándoles cómo podréis servirle y amarle; y después le hallaréis en la oración, y le tendréis con los brazos de la caridad, y no le volveréis á dejar por el pecado; antes lo meteréis á lo más íntimo de vuestro corazón y de vuestra alma. El mandará á sus ángeles y santos que os cuiden y defiendan, y ellos celebrarán la rectitud de vuestra intención, y el buen olor de la mirra y el incienso, de vuestra modificación y oración. El Rey pacífico descansará en vuestra alma como en blando lecho, y los ángeles os defenderán de los ataques del demonio en las noches de las tentaciones. Y no sólo seréis el lecho en que descanse, sino también la carroza en que se ostente, por vuestra modestia en los templos y en las calles, que con vuestro pudor en las visitas, serán como columnas de plata; por vuestra humildad seréis el respaldar de oro; por vuestra paciencia

mostraréis la graderia de púrpura; y el medio, lleno de amor, será vuestro corazón inflamado en el de mi Hijo. Salid todos los días á verle coronado en medio del santo Sacrificio, y con vuestra compasión y desagravio, quitadle la corona de espinas, y coronadle de amor y de virtudes. Y El, un día, será también vuestra inmortal corona.

Voz de las Hijas.

¡María, Madre mía, te oí y me encanté! Ayúdame para seguir tus dulces insinuaciones. ¡Quiero buscar á mi Jesús de día y de noche; quiero ser su lecho donde descanse, su litera enque se muestre, su esposa á quien un día corone, y la fiel amante de su sagrado Corazón! Ayúdame, ¡oh Madre! ¡Sustenme siempre y condúceme hasta el fin!

CAPITULO IV

Hermosura de la Esposa.— Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y mano. — Sin mancha. — Las coronas de María. — Las dos heridas. — Panal y miel y leche. — Huerto cerrado y Fuente sellada. — Granadas y manzanas; siete plantas aromáticas. — La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas. — El cierzo y el austro. — Voz de María.

VERSO 1.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!—Tus ojos de palomas, sin lo que por de dentro está oculto.—Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte de Galaad. Verso 2. — Tus dientes como manadas de trasquiladas que subieron del lavadero, todas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas.

Cinco versos continuados de este capítulo, se consagrará hacer una descripción

mostraréis la graderia de púrpura; y el medio, lleno de amor, será vuestro corazón inflamado en el de mi Hijo. Salid todos los días á verle coronado en medio del santo Sacrificio, y con vuestra compasión y desagravio, quitadle la corona de espinas, y coronadle de amor y de virtudes. Y El, un día, será también vuestra inmortal corona.

Voz de las Hijas.

¡María, Madre mía, te oí y me encanté! Ayúdame para seguir tus dulces insinuaciones. ¡Quiero buscar á mi Jesús de día y de noche; quiero ser su lecho donde descanse, su litera enque se muestre, su esposa á quien un día corone, y la fiel amante de su sagrado Corazón! Ayúdame, ¡oh Madre! ¡Sustenme siempre y condúceme hasta el fin!

CAPITULO IV

Hermosura de la Esposa.— Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y mano. — Sin mancha. — Las coronas de María. — Las dos heridas. — Panal y miel y leche. — Huerto cerrado y Fuente sellada. — Granadas y manzanas; siete plantas aromáticas. — La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas. — El cierzo y el austro. — Voz de María.

VERSO 1.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!—Tus ojos de palomas, sin lo que por de dentro está oculto.—Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte de Galaad. Verso 2. — Tus dientes como manadas de trasquiladas que subieron del lavadero, todas con crías mellizas, y no hay estéril entre ellas.

Cinco versos continuados de este capítulo, se consagrará hacer una descripción

detallada del cuerpo de la Esposa, alabándola primero en general y descendiendo luego á celebrar sus ojos, sus cabellos, sus dientes, sus labias, sus mejillas, su cuello y sus pechos. Todo esto con comparaciones campestres, como varias veces hemos insinuado. Estos órganos corporales no se deben tomar en sentido material, sino todos en las significaciones místicas que iremos exponiendo. Comienza, pues, el primer verso, diciendo: «¡Qué hermosa eres, amiga mía! ¡qué hermosa eres! tus ojos de palomas, sin lo que está oculto por de dentro!» Ya en el capítulo primero, verso catorce, queda explicado lo de la doble hermosura de la Esposa y la comparación de sus ojos con los de las palomas, lo que aquí se repite, porque el amor gusta mucho de repetir los elogios de la persona amada. Y empieza su alabanza por los ojos, tanto por ser los que más hermosean el semblante, cuanto por agradecerle á la Esposa que acababa de excitar á las hijas de Jerusalén, no á mirarla á Ella, sino al Rey coronado en su litera. Lo que añade aquí, al decir, sin lo que por de den-

tro está oculto, significa literalmente que el semblante estaba cubierto con un velo, y que bajo de él relucen más los ojos y aparecen más vivaces; pero en el sentido místico, quiere decir que es poca la hermosura exterior de los ojos en comparación de la beldad, rectitud y simplicidad del interior, del cual son los ojos como ventanas por donde asoman esos internos sentimientos; de donde, alabar los ojos, es alabar la modestia virginal, el pudor y el silencio del alma.

«Tus cabellos como rebaños de cabras que subieron del monte Galaad.» Quiere decir, que la cabellera de la Esposa era larga, espesa, limpia, reluciente, ordenada, compuesta y de claro y agradable color. Las cabras que subieron del monte de Galaad, hacen alusión á las cabras y rebaños que Jacob, huyendo de Labán, hizo subir á esa montaña, y en testimonio de la alianza que con él hizo, erigió un montón de piedras y lo llamó Galaad, que significa «montón del testimonio.» De suerte, que así como el monte se ve adornado con la masa compacta de los rebaños que lo cubren y resplandecen á

la luz del sol, así los cabellos de la Esposa lucen, y la adornan y embellecen. Los santos entienden por los hermosos cabellos, los buenos y piadosos pensamientos; y por el monte Galaad, al mismo Jesucristo hacia el cual suben y se dirigen; entiéndense también los religiosos figurados por los Nazarenos que nunca se cortaban el cabello, pues ellos adornan, cubren y defienden la cabeza de la Iglesia. Mas por lo que toca á María, nuestra muy amada Madre, sus cabellos fueron sus santos pensamientos, rectamente compuestos y ordenados, y todos dirigidos á su cabeza Cristo. Es de notar, que en la mujer, una hermosa cabellera agracia mucho el semblante; pero suele serles motivo de vanidad y elemento de seducción; y por esto algunas santas vírgenes, como Santa Angela de Mérici, Santa Rosa de Lima y otras varias, se cortaban el cabello para no agradar á los hombres, sino sólo á su Esposo celestial; y por esto lo cortan también las religiosas y lo cubren y ordenan muy moderadamente las jóvenes cristianas. De nuestra Señora, dicen los santos, que sus ojos,

sus cabellos y toda su persona, respiraban un perfume celestial que infundía piedad, religión y castidad á cuantos la miraban.

La hermosura de los dientes consiste en que estén blancos, limpios y parejos; y esto significa comparándolos con las ovejas blancas y que, trasquiladas con mucha igualdad, tienen la lana del mismo tamaño. Y como en los rebaños importa mucho que se aumenten, por eso se dice que tienen doble cría, y que ninguna entre ellas es estéril. Se dice también que subieron del lavadero, porque así están más limpias y más blancas, indicando que la Esposa limpia y lava su blanca dentadura. Los dientes, pues, significan, ya la fortaleza, porque quebrantan las cosas duras; ya los doctores, que dividen y mastican el manjar de la palabra; y así lo explica, entre otros, San Gregorio. San Bernardo dice: «que los dientes son los religiosos y les aplica estas cualidades: son blancos, son fuertes, están sin carne, carecen de piel, no hay dolor como el suyo, están encerrados por los labios para no ser vistos, es indecente el dejarlos

ver, mastican para todo el cuerpo: carecen de sabor, no se acaban fácilmente: puestos por orden, unos están arriba, otros están abajo; los bajos se mueven; los altos nunca. Son trece condiciones que el santo va aplicando después á los Religiosos.»

Mas vengamos á la Madre de nuestra alma: sus dientes fueron candidísimos, porque fué maestra de la inocencia, doctora de los Apostóles y de los fieles; concibió dos gemelos, es decir, á Cristo y al género humano; vivió una vida religiosísima en castidad, pobreza y obediencia. Grandes, grandísimos fueron sus dolores; trabajó para todo el cuerpo de la Iglesia, y principalmente para las Ordenes Religiosas, pues consta qué Ella instituyó á los Cartujos, á los Premonstratenses, á los Cisterlences, á los Dominicos y Franciscanos y á la Compañía de Jesús, sin hablar de las Ordenes redentoras que también fundó Ella misma. Y así, se dice que dió á luz dos gemelos: los religiosos y los simples fieles, pues de todos es Madre y Madre amorosa. Y estos son los rebaños que van subiendo siempre al

monte de Galaad, porque siempre aspiran á Cristo, y salen del lavadero del santo bautismo, y son como ovejas trasquiladas, porque han cortado los bienes y los afectos terrenos. Y todo debido á nuestra Madre; de Ella son los rubios cabellos: de Ella los blancos y hermosos dientes.

VERSO 3.

Como cinta de escarlata
son tus labios y tu hablar es dulce.
Como un pedazo de granada
son tus mejillas, sin lo que por de dentro
se oculta.

Compara los labios de la Esposa á un hilo, cinta ó listón de escarlata; esto es, de color encarnado, con lo que muestra que son frescos y de hermoso color, cerrados sin dejar ver los dientes, y bien formados; y sobre todo, circunspectos en el hablar, como recogidos por una cinta; y por eso añade que su hablar es dulce,

quiere decir, decoroso, ordenado y discreto.

Cuenta la Sagrada Escritura, que mandando Josué unos espías á la ciudad de Jericó, una mujer llamada Raab, aunque de mala vida, los hospedó y los defendió de los que los perseguían; y al despedirlos les dijo: «Sé que váis á triunfar de nosotros; ved que os he hecho gracia; prometedme, pues, que perdonaréis á mí y á los míos.» Lo prometemos, le respondieron: «Pon en tu ventana una cinta de color rojo, flotando, y muy visible, para que veamos cuál es tu casa, y tú y tu familia séais libertados.» Y en efecto, tomada la ciudad, aquella mujer que puso la señal convenida, se escapó de la muerte y aun perteneció después al pueblo de Dios. A esto creen varios doctores que se hace alusión en este verso, comparando los labios de la Esposa con la cinta encarnada, y veamos cómo lo explica el Abad Ruperto, hablando de la Virgen Santísima: «He aquí á Raab, la mujer de mala vida, atando en su ventana la cinta ó cordón rojo de tu dulce hablar, señal de su fe y de haber salvado á

los nuncios de Josué ó de Jesús. Y esto aconteció cuando la Iglesia pecadora y sucia con la idolatría, escuchó tu dulce hablar, con el que tu alma glorificó al Señor, prenda de su salud, y lo mismo pasó con la predicación de los Apóstoles.» Nosotros añadiremos, que así como la cinta roja fué señal de salvación para aquella infiel mujer, así los labios de la Virgen María, cuando se abren en dulce hablar, para pedir á Dios el remedio de los pecadores, consiguen su libertad y protección; pero estos labios han de ser como cinta de escarlata; es decir, han de aparecer todos rojos, esto es, teñidos en la sangre del Cordero inmaculado, pues alegando los méritos de su santísima Pasión, nada podrá serle negado. Y porque los labios son rojos, el hablar es dulce; porque la vista de la sangre del Señor endulza las amarguras de las iras del Padre, y cambia sus castigos en perdón. Los labios rojos de nuestra amada Madre indican que su hablar siempre fué grave, modesto y apacible; y también que siempre su boca habló palabras de encendida caridad, y nunca de disipación

ó de ociosidad, como tantas hablamos nosotros.

Sus mejillas se comparan á un pedazo de granada; no á la fruta entera que tiene un color verdoso y desapacible, sino á un fragmento de la granada partida, comparado al color tan vivo de los granos; y con eso se significa también, el fuego de la caridad y el rubor de la modestia virginal; lo mismo que la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que no sólo debe estar en la boca por las palabras, si no también en la cara por las virtudes exteriores; mas como éstas nada valen sino están animadas por las interiores, por eso añade: sin lo que por de dentro está oculto; es decir, que es mucho más sin comparación, lo grande, lo precioso y lo perfecto de la Virgen María, dentro de su alma, que todo lo que aparece y se mira en Ella por de fuera.

VERSO 4.

Como torre de David es tu cuello,
la cual está edificada con baluartes:
mil escudos penden de ella,
toda armadura de valientes.

La Virgen Santísima, en las Letanías es llamada Torre de David, porque no basta la hermosura y la mansedumbre, sino que debe haber en el alma la fortaleza y la energía; y por eso en la Salve llamamos á María Santísima Reina y Madre: Reina por la fortaleza y Madre por el amor; Reina para poder, y Madre para querer remediarnos; y en las Letanías, junto con llamarla Virgen poderosa, la aclamamos Virgen misericordiosa, juntando su poder con su dulzura. Pues á ese modo, aquí, en el sagrado Cántico, después de alabar su apacibilidad y su modestia, en su boca y sus mejillas, se pasa á ensalzar en su cuello el valor y la fortaleza.

Veamos, pues, cómo explica un piado-

so Padre de la Compañía de Jesús esta comparación del cuello: «La Virgen Santísima, dice, en el cuerpo de la Iglesia se llama Cuello, porque en el lugar y en la dignidad, está muy cercana á Jesucristo, como el cuello está muy cercano y aun unido con la cabeza; y, además, porque toda la virtud sensitiva y motiva no se trasmite al cuerpo sino por la cabeza, y esto, mediante el cuello. Y así como lo que pasa de los miembros á la cabeza, tiene que ser por medio del cuello, así nosotros debemos ofrecernos al Señor por la mediación de la Virgen Santísima. El cuello es la vía de la respiración y la vía por donde entran los manjares á nutrir el cuerpo; y en la garganta están los principales instrumentos del hablar. Así, la Virgen María es nuestra vida, el canal de nuestras gracias que nos sustentan, y el instrumento de nuestras oraciones al Señor. La plenitud de la gracia, dice San Bernardo, estuvo en Jesucristo como en la cabeza y en su fuente; mas en María estuvo como en el cuello y en el arroyo que las trasmite.»

Se llama torre, no de campanas, sino

de guerra, y torre de David, de la que cuelgan escudos, armadura de valerosos capitanes; porque el Rey David hizo fabricar una grande y hermosa torre en la colina de Sión, para defensa de la ciudad, la cual tenía ciertas piezas que aquí se llaman baluartes, porque cubrían y defendían á los soldados, con aberturas para poder arrojar las saetas. Y en esa torre suspendían los guerreros sus escudos de metal relumbrante, que con los rayos del sol se veían desde lejos y parecían piedras preciosas adornando á la torre. Esta torre, pues, significa á la poderosísima Virgen María, que en el monte de Sión, es decir, en la Iglesia católica, se levanta como fuerte torre de protección: sus baluartes son sus misterios y sus virtudes, con cuya consideración se resiste y rechaza al enemigo; y los escudos colgados de Ella, son las ofrendas que el cristiano le hace de sus victorias, atribuyéndolas á Ella y al favor de su protección. Y se llaman escudos de valientes, ó de hombres esforzados, porque son las almas esforzadas y valerosas, las que triunfan del demonio invocando el

nombre de María. Mas como en la Letanía la llamamos también torre de marfil, explicaremos igualmente este título. Había unas torres de madera, ó más ricas, de marfil, que se ponían sobre los elefantes; estas torres tenían varios cuerpos, en los que se colocaban soldados, arqueros muy certeros en el tiro, y con estos elefantes torreados, se entraba á la guerra los animales con su trompa derribando soldados á derecha é izquierda, eran muy temibles, y abriéndose paso por entre las filas del enemigo, iban haciendo estragos, en tanto que los soldados de la torre tiraban saetas al derredor, sembrando la destrucción y la muerte. Y estos animales se volvían más furiosos viendo la sangre ó aun telas de color rojo que primero les ponían por delante. Mas ¿por qué la mansísima Virgen se compara con estas torres guerreras? Porque es terrible como todo un ejército para el demonio, á quien desde el instante de su Concepción aplastó la cabeza, y porque andando dentro de Ella los cristianos, entran seguros al combate y no temen la furia de sus enemigos. Y como estas torres

eran movibles, llevándose de allá para acá, y la torre de David estaba inmoble en su sitio, y esta servía principalmente de defensa y las otras servían para el ataque, podemos entender que María, inmóvil en el cielo, nos sirve de defensa, y acompañándonos acá en la tierra, nos ayuda á atacar y destrozar á nuestros enemigos. Torre es, pues, de David, porque nos libra del demonio, y en Ella debemos colgar nuestros escudos refiriendo á su sola intercesión todos nuestros triunfos, mostrándonos valientes y esforzados en todos los combates. Parécenos, también, que cuando María está inmóvil en sus imágenes sobre los altares, es la torre de David donde vamos á guarecernos; y en sus medallas é imágenes de sus escapularios que llevamos consigo, es la torre de marfil que por todas partes nos acompaña para hacernos más animosos en la pelea. Y la vista de la Sangre del Señor nos ha de infundir más ardor y más confianza en la guerra incesante que tenemos con el infierno. Toda la armadura es de valientes, porque los cristianos perezosos y las almas cobardes que

no se acogen á esta torre, como no saben defenderse, avergonzados de su derrota, no tienen escudos ningunos que suspender de la alta torre.

VERSO 5.

Tus dos pechos como dos cervatillos
gemelos de corza,
los cuales se apacientan entre lirios.

VERSO 6.

Hasta que sople el día y declinen
las sombras. Iré al monte de la mirra
y al collado del incienso.

Aquí, por los dos pechos de la Esposa, se significan el amor de Dios y el amor del prójimo muy semejantes entre sí como aquéllos, que por eso se llaman gemelos. Con ellos alimentó la dichosa alma Virgen al cervatillo divino, Jesucristo, gemelo por las dos naturalezas, divina y humana. Autor ha habido que crea que el Niño Dios no tuvo necesidad de este alimento maternal, apoyándose en lo que anunciaba Isaías, que el Niño «comería manteca y miel»; pero la Iglesia, en la fiesta de la Circuncisión, canta de de este modo: «Sola la Virgen le criaba con pecho del cielo lleno.» Y dice, lleno del cielo, porque como milagrosamente concibió y dió á luz al Dios Niño, así por el mismo milagro la proveyó Dios del dulce sustento con que le alimentara. Además de esto, como la Santísima Virgen dió á luz todo el cuerpo del Señor, la cabeza con sus miembros, y estos somos nosotros; de allí es que es Madre de Dios y Madre del hombre; y así como á sus hijos gemelos nos alimenta: al Señor con el néctar de su seno, y á nosotros con la leche de su amor y protección. Y se dice que los gemelos apacientan entre los lirios, porque la Virgen gusta mucho de la virginidad y la pureza. Y se añade que esto es hasta que sople el día y declinen las sombras, esto es, hasta que acabe esta vida tene-

brosa y amanezca el día de la eternidad.

«Iré al monte de la mirra y al collado del incienso.» Es Jesucristo quien dice: Iré, no por fuerza, sino por mi voluntad; iré, no pesaroso, sino con gusto; iré, no con amigos, sino yo solo, al Monte Calvario, monte de mirra por la amarguísima Pasión que allí tengo de sufrir, y collado del incienso por la oración que no cesaré de hacer en la cruz por los pecadores. Y como con estas palabras fácilmente invita á su dulce Madre, Ella también va gustosa al monte de la mirra, manteniéndose en pie junto al mismo árbol de la mirra, y elevando el incienso de su oración al cielo, junta con la de su Hijo; por lo cual juzgan muchos doctores, que Ella fué quien pidió y alcanzó la conversión tan admirable del Buen Ladrón.

Encomendémonos, pues, á nuestra querida Madre, para que nos enseñe á subir al monte escarpado de la mortificación, y al suave collado de la humilde oración.

VERSO 7.

Toda hermosa eres, amiga mía, y mancha no hay en tí.

Después de haber ido alabando el Esposo en particular los ojos, los cabellos, los dientes y los labios, las mejillas y el cuello; y por último, el castísimo seno de María, comprendiéndolo todo en una alabanza general, añade en este verso: «Toda hermosa eres, amiga mía.» Mas como pudiera en los otros miembros que no ha mencionado, como en los brazos ó en los piés, haber algún defecto que disminuyera la hermosura de los miembros superiores, por eso asegura que, además de los siete miembros ú órganos que por su belleza ha ensalzado, ni en ellos ni en los demás se encuentra ninguna mancha ni defecto, y por eso añade: «mancha no hay en tí.» Ahora bien: como en todos los hijos de Adán, por santos é inocentes que hayan sido ó puedan ser, siempre hay muchas manchas de pecados venia-

les, y sobre todo, la gran mancha del pecado original, de allí es que á ninguno de los mortales le puede caber esta alabanza, pues ninguno hay sin la mácula del pecado; y de allí es que el Abad Ruperto, el Cardenal Hugo, San Ildefonso y Santo Tomás, entienden este verso de sola la Virgen María, pues Ella es toda hermosa y hermosísima sobre todos los ángeles y los hombres, y en Ella no hay mancha ni de culpa ni de pena, ni de pecado mortal ni de venial, ni aun del original; y de aquí es que la Iglesia, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, le aplica este verso, expresando que en la Santísima Virgen no hay mancha de pecado original. Alabadas sus virtudes en el simbolismo de sus órganos corpóreos, es decir, su ingenuidad y simplicidad en sus ojos, su fortaleza en los cabellos, su igualdad y serenidad en los dientes, su circunspecto hablar en los labios, su pudor y modestia en las mejillas, su poder contra el demonio en el cuello, su fecundidad y pureza en el seno virginal, para que no pudiese pensarse que había ninguna imperfección en estas virtudes ó

defecto en las otras no significadas, se dice que Ella toda, de piés á cabeza es hermosa, y que carece de todo defecto y no tiene mancha alguna. En este verso se ve, pues, que el sagrado Cántico pertenece de un modo muy especial á nuestra muy amada Madre María, pues hay palabras que á Ella y sólo á Ella pueden convenirle. Es cierto que el Apóstol San Pablo dice, que «Jesucristo amó á la Iglesia y se entregó á sí mismo por ella, para santificarla, purificándola por el bautismo del agua, por la palabra de vida, á fin de presentársela gloriosa, sin tener mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino para que sea santa é inmaculada» (Ephes. V.25); y así, el no tener mancha ni arruga conviene con lo de nuestro verso: «Y mancha no hay en tí»; pero como la Iglesia está compuesta de justos y pecadores, esto sólo puede entenderse de la Iglesia triunfante cuando se encuentre ya en aquella ciudad celeste, donde nada manchado tendrá cabida.

VERSO 8.

Ven del Líbano, Esposa mía;
ven del Líbano, ven:
serás coronada de la cima de Amana,
de la cumbre de Sanir y de Hermón,
de las cuevas de los leones,
de los montes de los leopardos.

En este verso entienden los Santos Padres el llamamiento de los Apóstoles de la Judea, significada por estos tres montes; ó el llamamiento de la Iglesia del seno del paganismo y de la idolatría, cuevas de vicios y de pasiones significados por las fieras; y también el llamamiento del alma pecadora para salir de las cavernas de los vicios á la práctica de la fe, esperanza y caridad, significadas por los tres llamados que aquí se le hacen. Mas hablando de la Santísima Virgen, nuestra muy amada Madre, propondremos tres inteligencias, que si bien no se hallan expresamente en los doctores, no

por eso aparecen menos fundadas en el texto. Y sea la primera:

El primer *ven* es el llamamiento que Dios hizo á María, llamándola á la existencia. Para lo cual es de saber, que todos los hombres descendientes de Adán, al llegar al ser humano, venían de las cuevas de los demonios y de los hombres pecadores, como manchados del pecado original que los sujetaba á los primeros y los ponía entre los segundos. Mas la Virgen Santísima, á quien Dios quiso libertar de ese pecado, aunque venía, según la carne, de Adán pecador, fué llamada del Líbano, que significa, dice San Jerónimo, blanqueo ó blanqueamiento; porque la gracia la iluminó y emblanqueció y la hermoseó sobre toda expresión; y así al decirle *ven* del Líbano, Esposa mía, es como expresar: ven de la blancura y pureza de tu Concepción, á vivir una vida inmaculada y á ser coronada de los montes del Amana, que significa la fe; y del Sanir, que significa el camino de las antorchas; y del Hermón, que indica, cubierto de rocío; porque tú serás la que prestes fe á los más profundos

misterios, y tu camino será alumbrado por las antorchas de las gracias y virtudes, y el rocío de los cielos te cubrirá en fausto día; y triunfarás de los leones y leopardos, bestias infernales, crueles é insidiosas. El segundo *ven*, es cuando la Santísima Virgen fué llamada á la divina maternidad; entonces el Hijo, Verbo eterno del Eterno Padre, la llama dulcemente á ser Madre suya; y con este fin le manda un embajador de la corte celestial que la saluda con altísimas palabras, y le propone el objeto de su misión, y responde á sus dudas, y escucha alborozado las palabras de su aceptación. Y primero la llama Dios del Líbano, y después la llama de su humildad á su elevación, porque desde el Líbano de su Inmaculada Concepción la iba disponiendo para la concepción del Verbo; y por eso dice la Iglesia: «¡Oh Dios, que por la inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María preparaste á tu Hijo una digna morada!», etc.» Y en otra oración, que se reza muy frecuentemente, dice también: «¡Oh Dios omnipotente y sempiterno, que cooperando el Espíri-

tu Santo, preparaste el cuerpo y el alma de la gloriosa María Virgen y Madre, para que mereciese hacerse digna morada de tu Hijo!, etc.» Así llamada primero á su limpia Concepción con que empezó la preparación de su alma y cuerpo, mereció ser llamada otra vez para ser Madre sin dejar de ser virgen, esperando el último llamamiento. En este se le dice *ven que serás coronada*, y este sí lo aplican los santos y doctores á su gloriosa Asunción. La Virgen santísima, fué, pues, llamada del Líbano de su vida candidísima, y de los otros tres montes, que pueden significar la compañía de los hombres pecadores, entre los cuales vivía, para dejar este mundo y subir á Jesucristo en los cielos, para ser coronada con la triple aureola de la virginidad, del doctorado y del martirio. Finalmente, los tres *ven*, pueden entenderse todos de este último llamamiento, hecho por las tres Personas de la Beatísima Trinidad: «Ven del Líbano de tu purísima vida, le dice el eterno Padre, para coronarte con una corona de poder, y establecerte Reina del cielo y de la tierra; ven, le dice

su divino Hijo; ven, Madre mía delectísima, que voy á coronarte con corona de sabiduría, para que todo lo mires, y todo lo entiendas, y todo lo conozcas, y así te coronaré como Madre y abogada de todos los hombres; ven, ¡oh Esposa mía castísima! le dice el Espíritu Santo: yo impondré sobre tu cabeza una corona de amor y de bondad, para que todos tus hijos puedan saludarte cada día por todo el universo, llamándote Reina y Madre de misericordia.» Y así, nuestra muy amada Madre, recibió tres aureolas, como Virgen, Madre y Doctora; y tres coronas, de poder, de sabiduría y de bondad: y además de este, las tres diademas correspondientes á los tres estados en que vivió, llenándolos de santidad: el de doncella, en el templo; el de casada, en Nazareth, y el de viuda, en Jerusalén. Todo esto es muy digno de meditarse en el último misterio del sacratísimo Rosario, y lo de su coronación puede verse ampliamente en muchos libros, y en particular en la última Conferencia del Padre D'Argentan, que en diez preciosos artículos explica lo relativo á la coronación de nuestra Señora.

VERSO 9.

Heriste me corazón, hermana mía, Esposa;
heriste mi corazón con uno de tus ojos,
y con un cabello de tu cuello.

Mucho han dicho los Padres y doctores acerca de esta herida, tomándola naturalmente en sentido místico, como un efecto de la contemplación, que haciendo lanzar el alma ardorosísimos afectos, viene á traspasar como con agudas saetas al Corazón de Jesucristo, y el Señor á su vez suele inspirarle un amor tan encendido, que les traspasa el corazón hiriéndolas dulcemente, como á Santa Teresa, con un dardo ardiente y agudísimo, que manejado por un serafín, parecía al salir sacarle las entrañas. Y aunque es operación del amor, pero al mismo tiempo causa un dolor tan intenso, que ocasionara la muerte si Dios no acudiese á

socorrer al alma, como puede verse en el relato que hace la santa de este admirable favor.

Parece indudable que este verso habla de la herida de la lanza que abrió el sagrado Costado, como dice el Evangelio, y que como se sabe por diversas revelaciones traspasó también el dulcísimo Corazón de Jesús. Y no se diga que esta herida fué hecha alevosamente y no por su Esposa y hermana, como dice en este verso, sino por un soldado desalmado; pues así como la crucifixión se atribuye á los hombres pecadores, aunque haya sido por mano de los soldados romanos, así la herida del corazón se atribuye al alma, porque por su amor fué recibida y aceptada. San Bernardo ha escrito una prosa ó himno hermosísimo al Corazón de Jesús, y en ella habla suavemente de su herida. «Salve, le dice, blanda abertura, nacarada cual rosa, de todos nuestros males saludable medicina.» Y aunque ya se había indicado en un verso precedente bajo la figura de la caverna del cercado; pero esto podía entenderse sólo de la ancha abertura del Costado del Señor,

y en el verso presente se declara más la herida íntima del sacratísimo Corazón.

Mas veamos cuáles son respecto de la Virgen santísima las dos heridas que aquí se mencionan. Comencemos por excluir la herida que le hizo el pecado, la cual de ningún modo puede entenderse de nuestra Inmaculada Madre. Mas excluida toda culpa, siempre la amable Reina le hirió en el corazón con dos heridas: la una de amor, y la otra de dolor. Con el ojo de su recta intención, ó con el ojo medio bajo de su profunda humildad y de su purísima virginidad, como con un cabello con que le ata, hiriólo en el misterio de la Encarnación, pues sus palabras fueron entonces como agudas saetas con que el Verbo divino, dulcemente herido, vino á caer en sus entrañas; é hiriólo con herida de dolor, cuando le fué anunciada aquella espada que traspasaría su alma; pues ¿quién podrá dudar que el Corazón del Niño Dios, tan tierno y compasivo, no haya sido herido de dolor al contemplar el dolor intensísimo que desde ese instante comenzó á martirizar á su Madre muy amada? Así,

con el ojo de su aceptación entera, y con el cabello de su perfecta obediencia, hirió en esta vez dolorosamente el Corazón de su Amado, y así le dice: «Oh tú mi Esposa por tu unión conmigo, mi hermana por la humana naturaleza, heriste mi corazón con dardo de amor con tu respuesta al Angel, y le heriste con dardo de dolor aceptando tu papel de dolores en la Redención del mundo».

Para la inteligencia literal, es de saber, que las mujeres en Oriente se cubren con un velo la mitad de la cara, por lo cual solo dejan ver un ojo, y envuelven una trenza ó tejido de sus cabellos por delante en el cuello; y por eso el Esposo, que de ese modo la contempla, se dice herido con uno de los ojos de su amada y por un cabello, ó como dice el hebreo, por una trenza de su cuello. Mas ya vamos que todo esto se entiende en el sentido místico.

Al pie de la cruz, Jesús dice de nuevo á su santísima Madre: «Heriste mi corazón, hermana y Esposa mía; pues le hirió tanto con la flecha aguda de su amor ardentísimo, como con la lanza de

su amarguísimo dolor, pues uno de los dolores más sensibles del Corazón de Jesucristo en la cruz, fué sin duda alguna el martirio de su amantísima Madre.» Y es de notar, que ahora la llama hermana y Esposa, pero calla y omite el nombre de Madre, porque lo dejaba para el discípulo y para todos los demás hombres, cuando dijo á San Juan: «He allí á tu Madre.» Y con esta palabra también á Ella le heria el corazon, por lo cual en algún otro verso, la oiremos también quejarse de haber sido herida».

En el reverso de la Medalla milagrosa mandó poner la Virgen santísima, sobre la primera letra de su nombre, levantada una cruz, como si dijera: «La cruz es de María y María es de la cruz; y debajo los Corazones de Jesús y de María, el uno coronado de espinas y el otro clavado con una daga, para que los juntásemos en nuestro amor y en nuestras preces, como heridos ambos, y ambos sangrando por amor nuestro. «Esa insignia traeis en vuestras medallas, felices Hijas de María Inmaculada: comprended esos signos benditos y no separéis de

vuestro corazón esos dos santísimos Corazones, tan unidos en el amor y en el dolor!»

VERSO 10.

¡Qué hermosos son tus pechos, hermana mía, Esposa! Más hermosos son tus pechos que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas.

VERSO 11.

Panal destilando son tus labios, ¡oh Esposa! miel y leche debajo de tu lengua; el olor de tus vestidos como el olor del incienso.

En el primero de estos versos se da una alabanza á la Esposa, en todo semejante á la que Ella da á su Esposo en el primer verso del Cántico, el cual hemos explicado copiosamente. Si allá es el amor de Jesucristo superior á todas las

delicias de la tierra, acá es el amor á la Virgen santísima más delectable que todas las vanidades del siglo. Y aquí se dice dos veces la alabanza de los pechos de la Esposa, porque por ellos se indica su fecundidad; y como ella es Madre de Dios y Madre de los hombres, por eso se duplica la alabanza de su seno virginal: y por eso deberíamos los hombres sin cesar alabarla, diciéndole con el más hermoso himno que la Iglesia le canta: «*Monstra te esse Matrem.*» Muestra que eres Madre; mas ¿por qué no dice, Madre de quién, ó de Dios ó de los hombres? Precisamente no lo dice, para que entendamos que es Madre de uno y de otros; muestra que eres Madre de todos y para todos: Madre de Dios y Madre de los hombres; y pues Dios es el Creador también de los ángeles y del mundo entero, es como Padre y más que Padre; por consiguiente, María, siendo su Madre, viene á ser también como la Madre de los ángeles y del mundo y de todas las criaturas: «Monstra te esse Matrem:» Muestra, Señora, que eres Madre, la Madre universal, la Madre del cielo y de la tie-

rra, la Madre del ángel y del hombre, la Madre del Criador y de todo lo creado; y por eso el Esposo alaba su seno maternal sobre todos los unguentos y prerrogativas de las cosas criadas, pues estas son para ella apenas como los adornos de su vestidura

Del seno de la Esposa pasa á ensalzar su lengua, y para esto la compara con un panal de abejas, cuando ya muy colmado deja brotar el néctar de sus alveolos. Esta es una comparación de que, aun los poetas profanos, hacían uso para significar la dulzura, la suavidad, la discreción y la gracia de las palabras de alguna persona. Y la misma significación tiene en este verso, que quiere decir: tus labios son como panal que destila, esto es, dulcísimo en tu hablar; de suerte que todas las palabras que salen de tus labios, son como otras tantas gotas de miel que corren de ellos, como si las abejas hubiesen fabricado un dulcísimo panal dentro de tu boca. Y en verdad, nuestra muy amada Madre nunca habló sino palabras suaves y llenas de dulzura, lo que hace decir á San Bernardo: «Recorred

el Evangelio, y si encontráis una sola palabra dura ó amarga, salida de la boca de la Virgen María, me contento con que en lo de adelante la tengáis por sospechosa: «*De cætero suspectam habeas.*» Pero no, no haya temor ninguno de esto, pues su lengua tenía debajo miel y leche, y sus labios son como panal del que brota la miel. La miel es la dulzura, la leche es la suavidad, y ambas están bajo la lengua, porque están en el alma de nuestra Señora. Sabido es que lo que está en el corazón sale á la lengua; y por eso, estando en su corazón la suavidad y la dulzura, no puede salir de su boca sino miel regalada.

Y el olor de tus ungüentos como el olor del incienso. «Las vestiduras de tus exteriores virtudes, dice el Niseno, respiran el olor del incienso, porque el incienso se quema en honor de la divinidad, y todas tus obras á Dios fueron consagradas.» Así, la miel y leche debajo de la lengua, son los pensamientos y deseos del corazón de María, todos suaves y todos cándidos; el panal que de sus labios destila, son sus palabras discretas,

dulces y prudentes: y sus vestidos, oliendo á incienso, son sus acciones exteriores saliendo de un corazón encendido y elevándose á Dios por la recta intención. Aquí se alaban, pues, los pensamientos y palabras y obras de Nuestra Señora y Reina y Madre. Mas para que se vea la profundidad de la santa Escritura, veamos la inteligencia que expone un antiguo doctor (Hugo Victorino): «Dos cosas hay en el panal: la miel y la cera; y aquí en el panal virginal, esto es, en el Verbo hecho carne, la miel es la divinidad y la cera la humanidad. Miel y leche debajo de tu lengua, el Verbo es debajo de tu carne; mas se dice que está bajo la lengua, porque es Verbo (palabra). Miel y leche es Dios y Hombre: la miel viene del rocío del cielo, porque del cielo viene la divinidad; la leche se extrae de la carne, porque la humanidad en la carne virginal se formó. Y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas, porque tu excelsitud vence toda gracia y tu dignidad supera toda perfección, pues el Espíritu Santo descansó en tu humildad y en tu virginidad: cumplió un

milagro incomparable.» Da á entender aquí el piadoso doctor, que la Virgen santísima recibió en sus labios el óculo del Padre; en la lengua, el panal del Hijo, y en los ungüentos de su vestidura al Espíritu Santo con sus dones. En el primer verso del primer capítulo explicábamos cómo al pedir la Esposa el óculo del Señor, quería decir: «Béseme el Padre; con el óculo, que es el Espíritu Santo; de su boca, que es el Verbo»; y así pedía á toda la Beatísima Trinidad; y he aquí que ahora mira colmados sus deseos, pues la miel del Padre ha formado al Hijo hecho Hombre, como panal que destila toda gracia; y el Espíritu Santo ha derramado en Ella con profusión sus divinos dones. Hermoso, tierno y profundo á la vez, es este verso del divino Cantar!

El nos hace prorrumpir en esta salutación gloriosa: ¡¡Dios te salve, amantísima Hija de Dios Padre; Dios te salve, santísima Madre de Dios Hijo; Dios te salve, castísima Esposa de Dios Espíritu Santo; Templo y sagrario de la Beatísima Trinidad, Dios te salve!!

VERSO 12.

Huerto cerrado eres,
hermana mía, Esposa, huerto cerrado
y fuente sellada.

Tenía el Rey Salomón, entre todas sus grandezas, un huerto hermosísimo, cerca de Jerusalén, plantado de árboles, arbustos y flores exquisitas y preciosas, admirable en el orden en que estaba dispuesto, y en el cual había plantas puestas por las mismas manos del Rey. Este huerto permanecía cerrado, y sólo el Soberano y la corte tenían entrada en él. Era maravilloso, como todas las obras de aquel sapientísimo monarca. Tenía también, entre otras, dentro del mismo huerto, la preciosa fuente llamada de Rogel, de dulces y cristalinas aguas, de la cual bebían el Rey y la real familia, la cual estaba cubierta para conservarse limpia, y aún sellada para que sus aguas no fuesen profanadas. Pues precisamente á este hermosísimo huerto y

á esta cristalina fuente, hace alusión aquí Salomón, cuando dice á su esposa: «Huerto cerrado eres, hermana mía, huerto cerrado y fuente sellada.» Es, pues, de notar, que en un jardín hay goces para todos los sentidos: deléitanse los ojos con el verdor de las plantas; los oídos se complacen con el canto de las aves; goza el olfato del aroma de las flores; tocan las manos la suavidad de los frutos, y el gusto saborea las manzanas y los higos, las naranjas y los plátanos y los globos de miel de las viñas. Así, sabemos que el paraíso terrenal era un jardín delicioso, en el cual se hallaba el árbol de la vida, y en medio de él una fuente que se derramaba en cuatro ríos para regar toda la tierra. Nadie ignora que la santísima Virgen se compara muchas veces con este paraíso, que llena de deleite al mismo Dios, en cuyo seno nació el verdadero Arbol de la vida y la fuente de la gracia, de cuya plenitud recibimos todos; de suerte que Ella es el huerto cerrado y la fuente sellada; y aun en remotos tiempos, en sus Letanías Lauretanas, se invocaba con estos dos títu-

los, aunque después se omitieron por no hacerlas demasiado largas. Nuestra amada Madre fué, pues, huerto cerrado, dice su devotísimo siervo San Juan Damaceno, porque en este paraíso nunca tuvo entrada la serpiente, porque no halló ni la más leve abertura por donde introducirse; fué huerto, porque en ella nació el Arbol de vida; fué fuente, porque en ella brotó Aquel cuyas aguas saltan hasta la vida eterna; pero fué huerto cerrado y fuente sellada, por su perpetua virginidad. Así, dice el piadoso Sofronio: «De tal manera nació Jesús de la Virgen María, que la puerta, como dice el profeta Ezequiel, permaneciese del todo cerrada»; y por eso se canta de ella en los Cánticos: «Huerto cerrado, fuente sellada: tus frutos son el paraíso.» Y verdaderamente Ella es un huerto de delicias, en el cual están plantadas todo género de flores y olores de las virtudes; y tan cerrado, que no puede ser profanado por ninguna acechanza: fuente es sellada con el sello de toda la Trinidad, de cuya fuente, que es Cristo, manan las aguas de vida, y en cuya luz

todos veremos la luz, como dice San Juan.

San Ambrosio dice que, á imitación de la Virgen María, cada virgen cristiana (y mucho más sus muy amadas Hijas), debe ser un huerto inaccesible á los ladrones, cerrado con la guarda de los ojos y oídos, y con el silencio y el retiro. Y en este huerto huelen las vinas, verdeguean las olivas, sonríen las rosas: porque en la viña muestra su piedad: en la oliva, la paz de su corazón; y en la rosa, el pudor de la santa virginidad. ¡Levántate, oh doncella! y cierra tu huerto si quieres que respire estos aromas: guarda tus frutos, no dejes que te circunden las espinas; que nadie toque el cercado de tu pudor para que florezcan tus uvas. Fuente eres sellada: que ninguno turbe tus aguas; que nadie empañe tus cristales; para que allí, como en un espejo, mires siempre tu semblante. San Jerónimo exhorta á la Virgen Eustoquio, en una carta que le escribió sobre la virginidad, á que no salga de casa sin precisión, citándole el ejemplo de Dina, que por salir á pasear, fue ro-

bada, y sus hermanos la vengaron con cruel y sangrienta matanza.

VERSO 13.

Tus renuevos son vergel
de granadas con frutos de los manzanos.
Cipros con nardo..

VERSO 14.

Nardo y azafrán, caña aromática
y cinamomo, con todos los árboles
del Líbano; mirra y áloe con todos los
primeros perfumes.

Como había llamado huerto á la Esposa, ahora dice algo de lo que el huerto encierra, y va nombrando, primeramente, los frutos: granadas y manzanas, ó frutas excelentes, como dice el hebreo; luego nombra los arbustos aromáticos en siete especies, que son el cipro, el

nardo y el azafrán, la caña aromática y el cinamomo, y la mirra con el áloe. A todo esto llama las producciones del huerto cerrado, por lo cual entendemos que son las virtudes de la Virgen María, significada en las frutas y las plantas. En la santa Iglesia, advierten los doctores, que las producciones son los Apóstoles; las granadas rojas los mártires que derramaron su sangre; las manzanas las santas vírgenes; y también los renuevos son los santos diáconos, las manzanas, el pudor y la pureza; y las granadas la caridad para con Dios y con el prójimo. Claro está que todas estas virtudes se encuentran con mayor sublimidad y hermosura en el jardín cerrado del corazón de nuestra muy amada Madre. En cuanto á las plantas aromáticas, explica un doctor, que las tres primeras, el cipro, el nardo y azafrán, simbolizan la fe, esperanza y caridad; el cipro es un arbusto de blancas flores que cuelgan como racimos; el nardo, olorosísimo, tiene virtudes medicinales; el azafrán, que tiñe de color de oro, indica el oro de la caridad, como el nardo, la medicina de

los males, que es la esperanza; y el blanco cipro, la candidez de la fe. La caña aromática, recta como un cetro ó vara, denota la justicia; el cinamomo, cálido y sabroso, y que dá sabor á los manjares, significa la sabiduría y la prudencia; la mirra, contraria á la corrupción, indica la fortaleza; y el áloe, que expele los malos humores, representa la templanza; y todas estas virtudes, las tres teologales y las cuatro cardinales, se producen, y crecen y se perfeccionan en el alma virginal de María santísima, esparciendo su aroma por todo el universo. Mas también admirablemente predica estas plantas el reinado de nuestra Señora; en ella hay el cipro, que representa á los patriarcas, y el nardo, que representa la esperanza de los profetas; y así, María, es Reina de los patriarcas y Reina de los profetas; el azafrán denota la caridad de los Apóstoles: la caña ó cálamo, la espada que inmoló á los mártires; y en María se hallan, porque es la Reina de los Apóstoles y la Reina de los Mártires. El aroma del nardo es el buen ejemplo de los confesores; la acritud y olor del

cinamomo, es la castidad y pureza de las vírgenes, y la incorrupción de la mirra, es la bienaventuranza de todos los santos; y son plantas del mismo huerto, porque María es Reina de los confesores, y Reina de las vírgenes, y Reina de todos los santos.

Termina el verso diciendo: «con todos los primeros perfumes», así como antes dice: «con todos los árboles del Líbano.» Esto quiere decir, con todas las demás virtudes que en particular no se indican, y con las principales gracias y dones del Espíritu Santo.

También los árboles del Líbano, por su eminencia y grandeza, pueden significar los ángeles del cielo, para que no le falte á nuestra Madre el glorioso título de Reina de los Angeles; y los primeros ungüentos son sus grandes misericordias. Así podremos saludarla, y saludémosla, diciendo: ¡¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia! ¡Reina de los Angeles y Madre de los hombres, Dios te salve!!

VERSO 15.

Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que corren con ímpetu del Líbano.

VERSO 16.

Levántate, Cierzo, y ven.
Austro, sopla por mi huerto y fluyan los aromas de él.

Así como explica el Esposo los frutos y las plantas que hay en el huerto, con el cual compara á la Esposa, así también dice algo de la fuente que completa la misma comparación. Y como la había llamado fuente sellada, para que no se crea por esto que avarienta de sus aguas, las reliene sólo para sí y no las deja correr para bien de las campiñas, la llama ahora fuente de los huertos; es decir, que aunque cercada, cubierta y aun sellada, no obstante, generosa derrama sus aguas para embellecer y cubrir de flores los jardines. Llámala, pues, fuente de los huertos; y para denotar lo copioso de sus aguas y la velocidad con que corren, añade: «pozo de aguas vivas que fluyen con ímpetu del Líbano.» Realmente existía este manantial, que un antiguo visitador de los santos lugares describe así: «La fuente de los huertos de que se habla en los Cánticos de Salomón, brota con fuerza del monte Líbano, como á seis mil pasos de Trípoli, y en breve espacio crece, formando un río veloz y copioso, cuyas aguas son frías, muy limpias y dulces, con las que riega y fecunda toda la región situada entre el Líbano y Trípoli. De este río cuenta Josefo, que se llamaba sabático, porque prodigiosamente corría en abundantes aguas los días del sábado. ¿Cómo no ver desde luego, principalmente por esta última circunstancia, que esa fuente de los huertos y ese pozo de aguas vivas, simbolizan á nuestra muy amada Madre María? De Ella, en efecto, se entiende lo que dice David: «Un impetuoso río alegra la ciudad de Dios, y el Altísimo santificó su tabernáculo.» Es decir, santificó el

cuerpo de la santísima Virgen, en la que había de habitar, y la regocijó y alegró en su inmaculada Concepción con un río impetuoso de dones y de gracias. Y no contenta con guardarlas para sí, es una fuente que riega todos los jardines de la Iglesia, es decir, todas las Ordenes religiosas que Ella ha instituído, y la reconocen por Patrona y Fundadora, y sigue fecundándolas y hermoseándolas con las aguas de su protección. ¡Oh, y cuán hermosos son esos jardines del pacífico Salomón! ¡Oh, y cuántas flores de preciosas virtudes germinan en la sombra de las montañas, producidas por esas plantas, esto es, por esas puras vírgenes que allí moran y que, consagradas al Esposo celestial, sacan todos los días en la oración, gracias de fecundidad y de vida del pozo de aguas vivas que disfrutan, es decir, de la Virgen María su Madre y su Reina y su Señora! Mas también tiene otros jardines, aunque no entre muros como los monasterios, pero igualmente formados por Ella, y vigilados en medio del mundo y regados con copiosas aguas; y son las varias Obras, Cofradías y Asociaciones que le están consagradas. ¡Oh dulce Asociación de las Hijas de María Inmaculada, que extendida por las cinco partes del mundo, cuentas ya con más de trescientas mil plantas odoríferas, cándidos lirios de pureza que crecen al derredor de la Azucena de los cielos, y forman como islotas de verdor florido en medio del cieno del mundo corrompido! ¡Tú eres, oh Madre! la fuente de estos huertecillos sin cercado! ¡Tú eres el pozo de dulces aguas, que desde el Líbano del cielo fluyen con ímpetu á regar á estas florecitas de la tierra! Bendícelas, ¡oh Virgen Inmaculada! líbrtalas de tantos peligros, defiéndelas de tantos enemigos; riégalas y fecúndalas con las aguas de tu amorosa misericordia. Como río sabático, mándales el día sábado un aumento de gracias, pues sabes que en ese día especialmente te veneran, te saludan y te ofrecen particulares obsequios.

Levántate, sigue diciendo el Cántico, esto es, despierta, muévete, aléjate, oh cierzo, viento frío que dañas las plantas: marcha, para que en tu lugar venga el

austro; y tú, ¡oh austro! viento suave y agradable en estas regiones, viento saludable y fecundante, dispónte á venir y á batir tus alas sobre mi huerto, para que á tu soplo fluyan sus aromas y lleves contigo su fragancia por todas partes. Aunque algunos pensaron que en este verso era la Esposa la que hablaba, mas no es sino el Esposo, que después de haber alabado á su huerto, desea que venga el viento á esparcir sus aromas. En el huerto del alma el cierzo frío es el demonio y el pecado, que seca y marchita las flores de las virtudes, y por eso se requiere alejarlo de su huerto. El austro, viento cálido y fecundante, es el Espíritu Santo, que con su soplo fertiliza el jardín, y embellece las flores, y esparce sus aromas; y después de las flores, hace que produzca frutos aromáticos y nutritivos, como explica San Gregorio. En cuanto al jardín amenísimo de la Virgen María, su Esposo y su Dueño mandó alejar al cierzo helado, cuando retiró á Lucifer, no permitiendo que soplase sobre Ella manchándola con el pecado original, y llamó al Espíritu Santo, viento de fuego

sagrado, que soplando sobre Ella la llenase de gracias, y comenzasen á esparcirse, hasta el cielo, los gratísimos olores de sus virtudes: el aroma de la pobreza, graciosa violeta; el aroma del heliotropo de su profundísima obediencia, y el purísimo aroma de la azucena de su castidad. ¡Oh, y cómo esparcían suavísima fragancia estas tres flores de los jardines religiosos, en el huerto precioso del alma de nuestra Madre, aun antes de nacer! Verdaderamente que el cierzo no pasó por allí, y que el Austro celestial, con sus alas la fecundó, la embelleció y la hizo deleitable á toda la santa Trinidad! Acudamos, cristianos, á esta fuente dulcísima: saquemos de este pozo de aguas vivas refresco para nuestra sed: pidámosle á la Reina de los Angeles que aleje de nosotros el viento de las tentaciones, y nos alcance el soplo del divino Espíritu, que esparza de nosotros el olor del buen ejemplo entre nuestros hermanos.

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Si queréis, amadas hijas mías, que mi Jesús celebre vuestra hermosura, procurad tener ojos de paloma, por la modestia y en lo interior, la recta intención; poned vuestros pensamientos en lo alto, para que vuestros cabellos sean como las cabrillas que suben al monte Galaad desmenuzad las verdades evangélicas en la meditación, para que vuestros dientes sean blancos y hermosos; que vuestros labios, como cinta de escarlata, hablen siempre palabras de caridad y de paciencia; que el pudor asome en vuestras mejillas, pintándolas como trozos de granada. Sobre todo, sed fuertes contra las tentaciones, para que como torre de David aterroricéis al demonio, colgando en mí vuestros escudos. sea casto vuestro seno, y permaneced en la fuerza de vida, hasta que declinen las sombras de la mortalidad y sople el día de las eternas recompensas. Si subís conmigo al monte de mirra del Calvario, y en el collado de incienso de la oración medi-

táis devotamente la Pasión del Hijo con los dolores de la Madre, El aumentará vuestra hermosura, y os llamará de los montes de las pasiones ya domadas, para coronaros. Si habéis herido el Corazón de mi Jesús con la herida del pecado, heridlo dulcemente con la herida del amor, y se dejará prender por vuestra pureza y obediencia; os hará fecundas en virtudes, aromáticas en los ejemplos, dulces en las palabras de vuestros labios; si sois constantes, hará de vuestras almas jardines deliciosos de dulces frutos que le contenten, y de aromáticas plantas que exhalen el olor de la fe, la suavidad de la esperanza y la celeste fragancia de la caridad; el nardo de la pureza exhalará el olor de Jesucristo, y la mirra de la mortificación con el áloe de la penitencia, os harán muy agradables á sus ojos. Desde el Líbano del Empíreo derramaré sobre vosotras las aguas vivas de mis bendiciones, y en vuestra hora postrera arrojaré lejos de vosotras los vientos infernales, y rogaré al Divino Espíritu que se digne visitaros. ¡Aliento, pues, mis hijas muy amadas, perseverad

hasta el fin! La vida es corta, la muerte no tarda, los trabajos se acaban, la recompensa es muy grande; vuestra Madre, que tanto os ama, os espera en los cielos!

Voz de las hijas.

¡Oh Madre! ¡Madre! ¡Madre del alma y Madre muy amada! ayúdanos y obedeceremos tus preceptos. Ahora solo te diremos como la Iglesia: María, Madre de gracia, dulce Madre de la clemencia, protejenos tú del enemigo, y en la hora de muerte recíbenos en tus manos maternales. Amén.

CAPITULO V

Convite al huerto.—Dormir velando.—Toca al Esposo la puerta.—La túnica y los pies.—El postillo que estremece.—Abrir sin encontrar.—Las guardas.—Preguntan quién es él.—Descripción: Sus ojos.—Su cabeza.—Sus labios.—Sus mejillas.—Sus manos, su pecho y sus piernas.—Su garganta.—¿Donde está para buscarlo?—Voz de María.

VERSO I.

Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus manzanos. Vine á mi huerto, hermana mia, Esposa: he segado mi mirra con mis aromas: he comido panal con mi miel, he bebido mi vino con mi leche: comed, amigos, y bebed y embriagaos dos muy amados.

Natural parecia que oyendo la Esposa alabar tanto su huerto, convidase al Es-

te, rubicundo en sus llagas. Es escogido entre millares porque lleva el estandarte y es el Capitán de las vírgenes cándidas y blancas y de los mártires purpúreos y rubicundos. El alma le escoge entre millares, cuando dejando por él la universalidad de las criaturas á él sólo se adhiere, á él sólo sirve, y á él sólo pertenece. Y como Jesucristo comunica sus cualidades á su divina Madre, ella también fué cándida por su virginidad y rubicunda por su caridad: fué blanca en los misterios gozosos y encarnada en los misterios dolorosos, y escogida entre millares en los últimos gloriosos, cuando después de su tránsito felicísimo fue llevada al cielo en cuerpo y alma y coronada por la Beatísima Trinidad como Reina del universo mundo. Y aun ahora, allá en la gloria, podemos decir que es cándida por su poder y su virtud, y rubicunda por su misericordia para con sus hijos que dejó en la tierra; cándida para los ángeles buenos que la miran y reverencian como á su Reina, y rubicunda por el terror que ejerce sobre los ángeles malos, enemigos de Ella y de Jesús. Mas si Ella

tiene esas tres cualidades, más que nadie las reconoce y las pregona en su Hijo, y así le aclama blanco en su generación eterna, rubicundo en su generación temporal, en que fué formado de su purísima sangre, y escogido entre millares, como el único entre millares y millones de hombres, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de una Madre siempre virgen.

Mas no contenta con dar estas dos grandes señales de su Amado: el ser Dios y hombre al mismo tiempo, sigue haciendo una descripción en particular de su persona, como veamos á ver en los versos siguientes:

VERSO 11.

Su cabeza es oro exquisito, sus cabellos como racimos de palmas, negros como el cuervo.

VERSO 12.

Sus ojos como palomas
sobre los arroyuelos de las aguas,
que están lavadas con leche y sentadas
junto á corrientes muy copiosas.

VERSO 13.

Sus mejillas como eras de aromas
plantadas por los perfumistas. Sus labios
lirios que destilan mirra prima.

VERSO 14.

Sus manos de oro.
torneadas, llenas de jacintos. Su vientre
de marfil, guarnecido de zafiros.

VERSO 15.

Sus piernas columnas de mármol que
están fundadas sobre bases de oro.
Su apostura como Líbano
escogido como cedros.

VERSO 16.

Su garganta suavísima y todo él deseable:
tal es mi Amado
y El mismo es mi amigo, hijas
de Jerusalén

He aquí una poética y hermosísima descripción que de nuestro adorable Salvador hace su Madre santísima, que como más que nadie lo conoció, mejor que nadie puede describirlo; mas no hay que pensar que esto pertenezca á los miembros corporales de nuestro Redentor, pues aunque su cuerpo fué gallardo y hermoso entre los hijos de los hombres, como cantaba David su padre; pero no se trata aquí sino de describir sus gracias, sus virtudes y sus divinas cualidades. Recorramos, pues, este dibujo celestial: la cabeza de oro, y de oro puro y exquisito, significa la excelencia y la divinidad de Jesucristo; los cabellos de su cabeza se comparan con los renuevos de la palma, frescos, delicados y

siempre de grato color: mas como su color es verde claro, que no es propio de los cabellos, explica que éstos son negros como las alas del cuervo, pues en las regiones cálidas, como en la Siria y la Judea, son muy apreciados la barba y cabellos negros; y así, vemos cuán hermosas son las barbas de los marroquitas cuando vienen algunos entre nosotros. Los cabellos de Cristo simbolizan sus pensamientos, afectos, ardores; y son negros como fuertes, viriles y heroicos, y ennegrecidos con el calor de la caridad. Sus ojos de palomas sobre los arroyuelos de las aguas, en leche lavadas, esto es, blancas y purísimas como si se bañasen en pura leche; esto expresa la eximia y divina vigilancia y providencia de Cristo, que por sí y por sus obispos y pastores miran, vigilan y cuidan á los fieles, y están lavadas en leche por su simplicidad y pureza, y residen junto á las corrientes de las aguas, que son las fuentes de la Sagrada Escritura y en particular de los santos Evangelios, en los cuales se mira á Cristo retratado, como las palomas se ven retratadas en las

fuentes cristalinas. Las mejillas del Señor se comparan á las eras ó pequeños perlazos de tierra que hay en los jardines, que se siembran de puras flores y plantas aromáticas, colocadas, no por un jardinero que ignora su precio y su valor, sino por los mismos perfumistas que conocen y aprovechan sus virtudes; y éstas, por su hermosura y exquisita composición, indican la modestia, la serenidad y la mansedumbre del Salvador. Sus labios son lirios que destilan la mirra más pura, porque son purísimos y hermosos, y atraen con sus palabras como el lirio con sus perfumes. Y destilan mirra muy pura, porque predican la mortificación y la penitencia, y el amor á la amarguísima mirra de la cruz; y así, en el sermón de la montaña, lo primero que predicó el Señor fueron las Bienaventuranzas, destilando sus labios mirra prima cuando recomendó la pobreza, la mansedumbre, las lágrimas, el hambre y sed, el sufrimiento de las persecuciones y el amor á los enemigos. Sus manos torneadas y de oro, es decir, bien formadas, suaves y perfectas y esplenden-

tes como el oro torneado, significan las obras de Cristo pulidas y perfectas por todas partes: sus manos torneadas, dice un doctor, son sus virtudes en todo irreprensibles: y como lo que se trabaja en el torno se revuelve con suma velocidad, así, dice el Abad Ruperto, las manos torneadas significan la prontitud y presteza con que el Señor las vuelve á todas partes para colmarnos de beneficios y llenarnos de deseos celestiales, significados por los jacintos color de cielo de que tiene el Señor llenas las manos. El vientre de marfil quiere decir las entrañas de Jesucristo, su interior y su purísimo Corazón, todo lo cual fué blanco como marfil y al mismo tiempo fuerte y robusto, y celestial y divino como los zafiros, pues en el cuerpo del Señor todos sus afectos y deseos eran puros y cándidos, compuestos entre sí, pacíficos, firmes y constantes, como regidos por la sabiduría de su Corazón; y estaban guarnecidos de zafiros, porque cuanto pensaba y hablaba y operaba, todo era para el cielo, para la gloria de Dios y bien de los hombres.

Sus piernas eran columnas de mármol sobre basas de oro, y son la misericordia y la justicia rectísimas y firmísimas como el mármol; y las basas sobre que se apoyan, son los consejos de la divina sabiduría. Su forma ó apostura como el Líbano, pues los judíos acostumbraban comparar toda cosa hermosa con esa hermosísima y amenísima montaña: y se llama escogido como los cedros, porque son árboles elevados, odoríferos é incorruptibles. Por fin, su garganta es suavísima por la gracia y suavidad de su predicación, y por eso es todo deseable.

Y es de advertir que, como la Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, también ella participa de sus alabanzas, y así van explicando los intérpretes que la cabeza del Señor es el Sumo Pontífice; sus ojos son los Obispos y Prelados; sus mejillas puras y hermosas son las santas vírgenes; sus labios son los predicadores y catequistas; sus manos son los religiosos y celosos operarios; sus entrañas son las almas interiores y contemplativas; sus piernas de mármol, los misioneros que caminan á todas partes llevando al

Señor y á su fe; su garganta suavísima es la boca de la Iglesia, que siempre anuncia la suavidad del Evangelio; su apostura como el Líbano y el ser escogido como los cedros, anuncian que la Iglesia es una y santa como aquella montaña, é infalible é indefectible como son los cedros incorruptibles y perpetuos. Todo esto conoce sapientísimamente nuestra muy amada Madre, y por eso termina su gloriosa descripción diciendo: «Tal es mi Amado y El es mi amigo, hijas de Jerusalén, esto es, inteligencias angélicas, hijas la de Jerusalén celeste: ¡Mirad cuál es mi Amado, mi Hijo, vuestro Rey y vuestro Dios! Almas que aún estáis sobre la tierra, mirad, considerad, y meditad las perfecciones de Jesucristo, que es mi amigo y el Esposo de mi alma.» Y los ángeles y las almas responden preguntando:

VERSO 17.

¿Dónde se ha ido tu Amado, oh la más hermosa de las mujeres?
¿A dónde se ha desviado tu Amado, y le buscaremos contigo?

Las almas hacen aquí alusión á la pérdida de Jesús en el Templo, y á su muerte en el Calvario, y preguntan admiradas, dónde se encuentra, para buscarle en unión de María. Y como muchas veces pierden al Señor, ya por su culpa, ya por prueba que les manda; en esa ausencia, que las llena de dolor y tristeza, como nadie sabe mejor dónde se encuentra el Hijo que la madre, á su Madre María preguntan por El, suplicándola las acompañe á buscarlo, seguras de que así ciertamente le hallarán. Y dos veces le preguntan, por qué el amor, como dice San Gregorio, se complace en reiterar sus deseos y las tareas de buscar al Amado.

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

En vuestra mano está, mis muy amadas hijas, el hacer de vuestras almas un huerto ameno, ó invitar á mi Jesús á que baje á visitarlo; y convidará á los ángeles y á los santos sus amigos á recrearse en El y á gustar de la miel de vuestro amor, del vino de vuestro celo, con la leche de vuestra dulzura; y allí recogerá la mirra de vuestra penitencia con sus aromas de los santos deseos que El mismo ha sembrado en vuestros corazones. Teniendo muy viva durante el día su presencia, por la noche aun durmiendo, vuestro corazón estará en vela, porque en El pensaréis al despertar de vez en cuando, y vuestros sueños serán dulces y todos de El. Y mi Hijo, huyendo de la persecución de los mundanos, empapado en la lluvia de los delitos y pecados, vendrá á tocar á la puerta de vuestras almas, llamándoos con el dulce título de hermanas, porque sois mis hijas; de amigas,

porque estáis en su gracia; y de palomas no manchadas, por la limpieza de vuestros corazones. Y no tardéis en abrirle, pues aunque su toque estremece, pero es de amor y de agradecimiento. Mas si tardáis en abrirle y ya no le encontráis, seguidle buscando, y los ángeles que guardan vuestras almas os herirán con la herida del amor, y os despojarán del manto de las cosas criadas. Al fin hallaréis á mi Jesús, y arrebatados con la vista de su hermosura, os pondréis á contarla y meditarla: el oro de su cabeza, las palmas de sus cabellos, las palomas de sus ojos, y los aromas de sus mejillas. Y como estas mejillas son las vírgenes que le aman, allí estaréis vosotras, hijas mías; en sus mejillas, cercanas á sus ojos que os miren con amor; cercanas á los lirios de sus labios, que os hablen de su Pasión; os regalará con los jacintos de sus manos, y con su fortaleza de cedro os sustentará. Con sus pies de oro os llevará por los dorados caminos de sus consejos; con la suavísima voz de su garganta os alentará, y todo se os mostrará dulcísimo y deseable. Morad, mis amadas hijas,

dentro de su pecho blanco y casto como el marfil, fuerte y puro, abierto y potente; habitad en su sacratísimo y amorosísimo Corazón: allí os quiero tener dulces palomas mías; allí os quiero defender de las emboscadas del enemigo. A la mitad de la mañana y á la puesta del sol por la tarde, entrad en espíritu á este caliente nido, uniéndoos con tantas almas que así devotamente lo acostumbran: es el Corazón de mi Jesús, trono de la divinidad, asilo de las almas pusilánimes, fortaleza de las débiles, recreo de las amantes; es el Corazón de vuestro Amado, de vuestro Esposo, de vuestro Dios. ¿Cómo no amarlo, hijas mías, si todas sois suyas? ¿Cómo no morar en El, si El es el nido donde el gorrión calienta sus polluelos y donde la tórtola hace oir sus gemidos? Mirad que El os ama con un amor inmenso, incomprensible; y si aun ahora, ausente, os colma de favores, ¿qué será cuando os lleve á gozarle á su gloria?

Voz de las Hijas.

Sí Madre mía; sí, Madre mía: gustosas y entusiastas obedecemos tu voz: contemplaremos las grandezas de nuestro amado Jesús; conservaremos día y noche su presencia; entraremos por la mañana y en la tarde á la Llaga de su sagrado Corazón, y para que allí nos deje habitar, le diremos á cada paso:

Arca de dones colmada,
Preciosa y dulce mansión:
¡Oh divino Corazón,
Seas tú mi asilo y morada!

CAPITULO VI

El Amado en el huerto. — El para Ella y Ella para El. — Hermosa, graciosa y terrible. — Sus ojos y cabellos. — Sus dientes y mejillas. — Las Reinas, las damas y las jovencitas. — La única Paloma. — Todos la alaban. — La aurora, la luna y el sol. — Regalos y manzanas, viñas y granados. — Amina dab. — Cuatro vueltas. — Voz de María.

VERSO 1.

Mi Amado ha bajado á su huerto, á la era de los aromas, á apacentarse en los huertos y cortar lirios.

VERSO 2.

Yo para mi Amado y mi Amado para mí, que apacienta entre los lirios.

Cuenta aquí el alma, que su amado Esposo la visitó bajando á su jardín, y

que, como noble y delicado, y amante de los buenos olores, se dirigió luego á aquel campo especial donde estaban sembradas las plantas aromáticas, ocupándose en regalarse con las frutas y en ir cortando lirios para hacer con ellos hermosos ramilletes. Y dice que se apacienta entre los huertos, porque en un huerto grande y espacioso, hay varios huertecillos pequeños, unos de puras flores, otros de rojas fresas, otros de distintos árboles y frutos; pero El prefiere la era de los lirios.

Nuestra muy amada Madre, la Virgen María, es por sí sola el huerto de delicias y el paraíso de Jesucristo; por lo mismo, en Ella personal y corporalmente habitó dentro de su seno por nueve meses, y en su alma y en su mente moró y habitó toda su vida. Así, dice San Gregorio Niseno, que el Señor bajó á su huerto, cuando descendió al vientre virginal de María, y en Ella y de Ella tomó carne. Ella es la era de los aromas por la fragancia de sus virtudes. Y el Señor se apacienta entre los lirios, porque vivió muy contento, deleitándose en

la pureza de la Virgen y de Señor San José, dos blancos lirios que le apacentaban, y á los cuales recíprocamente apacentaba con las santas delicias de la pureza y los sabrosos bocados del divino amor. Mas como María santísima tiene tantas familias de hijas suyas que la imitan, esas son las huertas en que Jesucristo también se apacienta, y riega y cuida los lirios y azucenas, que con su olor la recrean, hasta que llegue el tiempo en que vaya cortando los lirios para formar graciosos ramilletes y trasportarlos á su casa de la gloria, donde nunca se marchiten. ¡Oh Asociación de la Inmaculada, sé tú también un huerto olorosísimo y extensísimo, pues hoy abrigas más de doscientos millares de azucenas en tu seno: jardín abierto de la Reina María, crece siempre y consérvate siempre florido y ameno!

Estando, pues, en el huerto del Señor, y viéndolo ocupado en la recolección de los lirios, prorrumpe su Esposa en estas palabras: «Yo para mi Amado y mi Amado para mí; El, que entre lirios se apacienta.» María fué siempre de su

Amado, pues siempre le dijo: He aquí vuestra esclava; y sabido es que las esclavas pertenecían todas á su amo; y el Señor fué todo para ella, pues por eso le dijo el Angel: «Llena de gracia, el Señor es contigo»: ella fué del Señor desde el primer instante de su Concepción, y el Señor fué también de Ella desde entonces; y entre los lirios el alma y cuerpo de María se apacentaron gustosos, y en ellos tuvo sus delicias, y con su sangre los regó, y por fin los cortó de la tierra de este mundo para llevarlos, alma y cuerpo, los dos juntos, á embalsamar el eterno jardín de los cielos. Y por eso, al tener á su Madre allá á su lado, prorrumpe en estas alabanzas:

VERSO 3.

Hermosa eres, amiga mía;
suave y graciosa como Jerusalén, terrible
como un campamento ordenado.

Varias veces repite en el sagrado Cántico estas palabras, que ya otras veces

hemos explicado; solamente que aquí á la palabra hermosa junta otras llamándola suave y llena de decoro, es decir, de una gracia modesta y severa, comparándola con la ciudad de Jerusalén, pues acostumbran mucho los hebreos comparar las personas con las ciudades y también las ciudades con las personas. Y como Jerusalén era en efecto muy hermosa, ciudad llena de decoro por su templo verdaderamente magnífico, por eso con ella se compara la Esposa. Y como también estaba amurallada y pertrechada contra los enemigos, por eso se da á la Esposa el dictado de terrible, porque inspira terror y espanto á los que se atrevan á combatirla.

La Bienaventurada Virgen María es hermosa, sobre todo, por su Inmaculada Concepción; es suave, y entre todas mansa como le canta la Iglesia, y es graciosa, porque como le dijo el Angel, encontró gracia delante del Señor; es llena de decoro por su admirable modestia y reserva virginal, y es fuerte como un campamento ordenado, ó como dice el hebreo, como un ejército abanderado, esto

es, que tiene levantadas todas sus banderas para ordenar el combate. Estudiando la historia de la Iglesia, se ve que la Virgen María á cada enemigo que en ella se levanta contra su divino Hijo y contra los fieles también hijos suyos, levanta y tremola una nueva bandera: así cuando los paganos cautivaban á tantos cristianos solicitándolos á apostatar de la fe, apareciéndose á dos santos levantó la bandera de la Redención de cautivos, ordenando que se instituyese una Orden bajo este título y con ese objeto; en tiempo de los albigenses, que negaban muchos de sus privilegios, levantó la bandera del Santo Rosario, que dió á llevar al Bienaventurado Domingo de Guzmán, para que la llevase por toda la tierra; en la furiosa tempestad levantada contra los carmelitas levantó la bandera del admirable escapulario, que dió á San Simón Stok, como señal de amor y protección, escapulario que forma las delicias de los siervos de María; en el pasado siglo de incredulidad é indiferencia religiosa, por medio de una humilde Hermana de la Caridad, levantó la bandera de la Medalla milagrosa, con la cual se ha vencido tanto á los demonios en la conversión de los pecadores; y después ella misma se levantó como bandera en Lourdes atrayendo á las muchedumbres, así como en el Tepeyac es la bandera, siempre enhiesta y levantada sobre la santa colina, para agrupar á sus soldados que en piadosas peregrinaciones acuden á ella para ponerse á su sombra y obtener vigor y fortaleza contra sus enemigos. En este siglo se espera la declaración dogmática de la Asunción en cuerpo y alma de la Virgen María, cuyo dogma de fe establecido entonces, será una nueva bandera virginal terrible á los enemigos de María, y á los de sus hijos y fieles siervos. Y así vemos cómo nuestra amada Madre, al mismo tiempo que es hermosa delante de Dios, llena de decoro entre los Angeles y dulce y suave para sus devotos, es terrible para los demonios, á quienes ha venido combatiendo sin cesar.

VERSO 4.

Aparta de mí tus ojos, porque ellos
me hicieron volar.
Tus cabellos como manadas de cabras.

Aquí comienza el Esposo á hacer otra vez la descripción detallada de la hermosura de su Esposa, comenzando por los cabellos de que habla en este verso, y continúa en los que siguen alabando sus dientes y sus mejillas, como veremos. Mas alaba aquí por delante los ojos de su Amada con una expresión de inmenso cariño, de que suelen hacer uso los que mucho se aman: Aparta, quita de mí tus ojos, dulce amor mío, porque me hacen volar hacia tí: no me mires más con ellos porque me roban el corazón: son tan hermosos tus ojos, vida mía, que no puedo soportar la luz de su mirada; inclínalos un poco para que pueda mirarlos yo sin ser herido, pues ya otra vez me heriste con uno de tus ojos. Toda esta fuerza tiene la expresión de este

verso, y todo esto, y aun más, significa aquí el Señor diciendo á su Esposa: aparta de mí tus ojos, porque ellos me hicieron volar. Las rectísimas intenciones, las preces ardentísimas de la Virgen María, fueron los ojos herbíferos que hicieron volar al Verbo Eterno desde el seno del Padre, para venir á aposentarse en el seno de la Madre: hízole volar desde el cielo hasta el suelo, hízole descender de las alturas de su gloria á la bajeza de nuestra tierra, así como desciende todos los días de su gloria al Sacramento, y de la Eucaristía al pecho de los fieles, á los hermosos ojos de la Virgen María, que cantaba un poeta.

¡Oh claridades [illegible], oh solas benditísimas,
Oh antorchas lucidísimas, astros espléndidísimos
Que esos ojos tan miran y que hasta tí son llamas,
Y hasta el Sol de la gloria su fondo van alcanza:

VERSO 5.

Tus dientes como hato de ovejas
que subieron del lavadero, todas con crías
mellizas, y estéril no hay entre ellas.

VERSO 6.

Como cortesa de granada así tus mejillas, sin lo que en sí está oculto.

Comenzaba á alabar en el verso anterior los cabellos de la Esposa, y aquí continúa encomiando sus dientes y sus mejillas, y esto con las mismas comparaciones del capítulo cuarto, donde pueden verse explicadas. Aquí sólo añadiremos, que los mismos siervos de María pueden místicamente figurar la belleza de su rostro, las almas contemplativas que la miran, y entre día la traen presente y no apartan de Ella sus miradas: esas son sus ojos que atraen al Señor, pues donde está María está siempre Jesucristo; los cabellos hermosos, arreglados y lucientes, son las Ordenes y Asociaciones que le están consagradas, pues sus miembros son numerosos como los cabellos, y penden de su cabeza y la adornan, porque á Ella sirven y á Ella pertenecen; los dientes son los doctores y escritores que mastican y

desmenuzan las divinas Escrituras y los escritos de los Padres, para extenderlos y propinarlos al cuerpo de los fieles: todos con crías mellizas, porque hablan siempre de María como Madre de Dios y Madre de los hombres; y estéril no hay entre ellos, porque siempre es fecundo el que escribe de María y trabaja por ella. Las mejillas como corteza de granada, ó como corona de granada según otros traducen, son las santas vírgenes pálidas por la penitencia, como el color de la granada por fuera; pero que agrupadas en derredor de su amantísima Madre, le forman como una corona con las flores de la castidad y la pureza. ¡No puedo menos de acordarme de vosotras, queridas hijas de mi querida Madre! permaneced siempre en sus mejillas; sed siempre flores y estrellas de su corona, mientras llega el día feliz en que Ella os lleve á ser coronadas por su Jesús allá en la gloria.

VERSO 7.

Sesenta son las reinas
y ochenta son las damas, y las jovencitas
son sin número.

VERSO 8.

Una sola es mi paloma, mi perfecta;
única es de su madre escogida,
de la que le dió el ser.
Vieronla las hijas, y la predicaron
muy bienaventurada, las reinas
y las damas, y la alabaron.

Aquí declara Jesucristo que las almas perfectas, llamadas reinas porque han sabido dominar sus pasiones, son sesenta, es decir, pocas entre tantos millares y millones de cristianos; las damas, esto es, las almas que ya van aprovechando en la virtud, pero que aún no han llegado á reinar sobre sí mismas, son ochenta, es

decir, muchas; y las jovencitas, las almas que van comenzando y dando los primeros pasos por los caminos del Señor, son innumerables, con relación á las almas aprovechadas y á las perfectas. En cuanto á la paloma, es única y una sola: ¿Y quién podrá no saber quién es ella? ¿quién entre todos los cristianos podrá ignorarlo? la paloma es la Esposa del Espíritu Santo, la única Madre del único Hijo del Padre; la una sola Hija del Padre preservada del pecado; la única de la Iglesia su Madre; la bendita entre las mujeres, escogida entre todas. «Esta es paloma por su fecundidad (dice el Abad Guillermo) y mía por la novedad de su alumbramiento; Ella es mi paloma, de la cual soy el polluelo; ella es mi perfecta, porque nada le falta para la gracia y la gloria, cuya fecundidad no empañó su virginidad, ni su virginidad ignoró su fecundidad. . . . . Ella es la escogida de su Madre, singularmente elegida para el ministerio de la Redención y de la regeneración de la gracia. Vieronla sus hijas y la llamaron muy bienaventurada, porque todas las almas fieles siempre esta-

rán realizando el anuncio que hizo ella misma cuando dijo: Todas las generaciones me llamarán bienaventurada. Y las reinas y las damas la alabaron, porque las almas contemplativas y activas siempre cantan sus loores y encomian sus virtudes y ensalzan sus glorias.»

Este verso es muy precioso y conviene especialísimamente á nuestra muy amada Madre; porque Ella es Virgo singularis, Virgen única en todo: una y única en su Concepción sin mancha; una y única en su maternidad divina; una y única en su virginidad perpetua; una y única en su coronación gloriosa; una y única en el poder de su intercesión y en la ternura de su misericordia. Alábenla, pues, sus hijas: véanla con la consideración y aun con los ojos corporales en sus imágenes, las reinas y las damas, las religiosas coronadas en los monasterios, las damas que le hacen corte en medio del mundo, todas, todas á una no se cansen jamás de alabarla y bendecirla!

VERSO 9.

¿Quién es esta que marcha
como el alba al levantarse, hermosa
como la luna, escogida como el sol,
terrible como un ejército de escuadrones
ordenados?

Este es uno de los versos que muy frecuentemente se aplican á María Santísima, ya sea por la Iglesia en varias de sus festividades, ya sea por los oradores que predican sus misterios, ya sea por los autores que ensalzan sus glorias, y así, iremos diciendo los varios sentidos en que pueden entenderse. Y primeramente el Abad Ruperto dice: que la Virgen María fué aurora en su nacimiento, luz en su alumbramiento, sol en su Asunción. Como son muy hermosas sus palabras, vamos á trascribirlas. Habla con la Virgen Santísima y le dice así: «Cuando tú naciste, oh bienaventurada Virgen, nació para nosotros la aurora nuncia del sempiterno día, pues como la au-

rora es el fin de la noche que termina y el principio del día siguiente, así tu Natividad fué el fin de los dolores y principio de la consolación, el acabar de la tristeza y el comenzar de nuestra alegría. Mas cuando el Espíritu Santo sobrevino sobre tí y concebiste al Señor en tus entrañas, desde entonces fuiste hermosa, y no como quiera, sino como la luna, pues así como ella luce y alumbra con luz que no es suya, sino que el sol se la presta, así tú, oh felicísima, alumbras á todos con la luz que Dios te comunica, pues eres llena de gracia.» Y cuando llevada de este mundo fuiste trasladada al etéreo tálamo, entonces fuiste escogida como el sol, pues si á tu Hijo adoramos como al sol verdadero y como verdadero Dios, así también á tí te honramos y veneramos como á verdadera Madre de Dios, sabiendo que todo el honor tributado á la Madre, redunda indudablemente en gloria del Hijo.»

San Bernardo dice que la gloriosa Virgen es una antorcha encendidísima, cuya luz prodigiosa llenó de admiración á los mismos Angeles, que al ver su ine-

fable claridad, maravillados preguntaban: «¿Quién es ésta que se adelanta como la aurora al despuntar, hermosa como la luna, escogida como el sol?» El Papa Inocencio III iddlca una excelente consideración, diciendo que la Virgen María es aurora para los Angeles, que la miran aparecer regocijados, y es sol que alumbra el día de los justos, y luna que esclarece la noche de los pecadores, pues así como la luna sirve á los caminantes nocturnos y les ayuda con su luz á no extraviarse, ó si se han extraviado los guía al buen camino, así la Madre de Dios les alcanza luz y gracia para salir del extravío de las culpas y para no perderse más en el abismo de las iniquidades.

De la aurora han dicho mucho los santos Padres: que es el fin de la noche y el principio del nuevo día; que es nuncio y testigo de la venida del sol; que hace huir á las bestias feroces y cantar á las aves del cielo; que hace caer el blanco rocío que humedece y fecunda la tierra; que no sólo anuncia el sol, sino que le concibe y produce. Nosotros he-

mos hecho notar cuánta es la grandeza de nuestra muy amada Madre al compararla con la más luciente de la naturaleza, y sobre todo, al llamarla sol, diciendo algo de las maravillas de este astro (Homil. Fuente y Río, Luz y Sol. 2°. Lo que consta en este verso es la graduación de la luz de la aurora á la luna, y de ésta al sol, lo que indica el incremento de la gracia en la Santísima Virgen, por lo cual puede aplicarse á su Concepción y nacimiento en que la aurora despuntó, á su maternidad divina donde recibió en sí á la Luz eterna, como la luna recibe la luz del sol, y á su gloriosísima Asunción y coronación en los cielos, donde quedó muy unida y semejantísima al sol eterno de Jesucristo.

En cuanto á la segunda parte del verso: Terrible como un ejército de escuadrones ordenado, oigamos á San Bernardo: «No temen tanto los enemigos visibles un copioso ejército desplegado para el combate, como las potestades del aire temen el patrocinio y el ejemplo de María y hasta el resonar de su nombre; donde quiera que encuentran su frecuente

recuerdo, su devota invocación y su cuidadosa imitación, se escurren y perecen como la cera á la faz del fuego.» Ya en el verso tercero donde dice esta misma frase, hemos notado que María, dulce y suave para con sus hijos, sólo es terrible para con los demonios y para los herejes que son la raza de la serpiente. Tomás de Kempis escribe, que como al ruido del trueno amedrentadas las bestias salvajes corren temblando á esconderse en sus madrigueras, así los demonios huyen despavoridos al oir el nombre de María y no paran hasta ocultarse en sus negras cavernas.

VERSO 10.

Descendí al huerto de los nogales
para observar las manzanas
de los valles, y observar si la viña
ha florecido y si han brotado
las granadas.

¿Quién es el que habla aquí, es el Esposo ó la Esposa? Aunque algunos doc-

tores lo han atribuido á ésta; pero San Jerónimo y San Gregorio dicen que son palabras del Esposo. Los nogales ó las nueces significan los trabajos que cuestan los pecadores para sufrirlos y enmendarlos, pues para llegar á comer la nuez hay cinco trabajos: arrancarla con fuerza del árbol; quitarle una corteza gruesa que la envuelve; después quebrantarla; en seguida extraer el núcleo en ella aprisionado, y por fin, desnudarla de otra túnica sutil y muy pegada que la cubre.

Las nueces, pues, representan, ya la dureza de los pecadores habituados y obstinados, y ya también la madurez y robustez de los justos que, reteniendo por dentro, dice San Gregorio, dentro de su cuerpo la divina sabiduría, esconden el núcleo bajo la corteza. Y estas almas por dentro llenas de suavidad, aparecen ante los hombres como viles y despreciables, porque se ignora cuán dulce bocado por dentro llevan.

Las manzanas de los valles significan la humildad y la mansedumbre; las viñas en flor, la meditación de la pasión del Señor, y los granados en germen, la unión, concordia y caridad fraterna.

El Señor dice á su santísima Madre que descendió á las almas de los justos como al huerto de nogales, de virtudes sólidas y substanciosas, y también al huerto de los duros pecadores, como para excitarla á que ella también baje ya á recrearse en el jardín de las almas de sus devotos, ya á trabajar en la conversión de los endurecidos pecadores.

VERSO 11.

No lo supe: mi alma se conturbó por los carros de Aminadab.

VERSO 12.

Vuélvete, vuélvete Sunamitis:
vuélvete, vuélvete para que te miremos.

Aquí es la Esposa la que habla, diciendo que no sabía, que ignoraba que el Es-

poso hubiese bajado al huerto, por lo cual estaba con gran cuidado de su ausencia, pues se hallaba temerosa de que se hubiese encontrado con los carros bélicos de Aminadab y le hubiesen herido ó molestado. Unos creen que Aminadab indica al demonio, como Teodoreto y Aponio, porque este enemigo se atraviesa en el camino de los buenos con los estruendosos carros de sus tentaciones. Otros, por el contrario, como el Abad Ruperto, entienden por Aminadab á Salomón, figura de Jesucristo. Otros entienden por los carros, los enemigos de Cristo y perseguidores de la Iglesia, armados en guerra, como Mahoma y sus secuaces. San Ambrosio dice: «Cristo es el verdadero Aminadab, que mueve y lleva al alma del justo como una carroza, y la carne es el caballo que tira de ella; el Señor la gobierna con las riendas de su palabra, para que los caballos enfurecidos no la precipiten.» Finalmente, dicen que la Virgen María es la carroza de este Capitán, porque es el seno de su protección conduce á las almas al cielo. Pero nos parece explicarlo mejor del temor que

tiene nuestra Madre de que sus hijos choquen contra los carros infernales y sean aplastados por las ruedas de las diabólicas tentaciones.

Dos veces se le dice á la Esposa, llamándola Sunamitis, que se vuelva, y esto, para ser mirada. Sunamitis quiere decir *pacífica*, aunque otros dicen Sumanitis, cambiando una letra, y aun así lo pone la Iglesia en su liturgia, que fué aquella hermosa doncella que calentaba al anciano Rey David en el frío de su vejez. De ambos modos significa á la Virgen santísima, ya como Reina pacífica y Esposa del verdadero Salomón, ya como hermosa doncella que tuvo en sus brazos el frío cadáver de su Hijo. Ella fué llamada y deseada en los cielos por Dios y por los Angeles, para mirarla con delicia, y por eso le dicen vuélvete, vuélvete. Y acá en la tierra, los justos y los pecadores desean también ardientemente el mirarla, y por eso claman: vuélvete, vuélvete si es posible, de los cielos á la tierra, para contemplar tu hermosura; ó si no, vuélvete desde allá con tu auxilio, vuélvete con tu misericordia, vuelve á nosotros esos

tus ojos misericordiosos, para que un día podamos mirarte y remirarte en tu glorioso trono colocada en el empíreo.

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

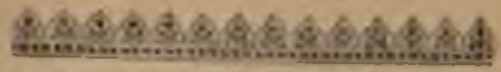
Si os hacéis un huerto delicioso de plantas aromáticas, hijas mías muy amadas, mi Jesús bajará á apacentar en las almas y á cortar los lirios de vuestra castidad y pureza; él os alabará como sus amigas y hermosas; y como para defender y conservar la pureza se necesita librar tantas batallas, os hará terribles contra el demonio como un ejército ordenado para el combate. Volverá á alabar vuestros ojos que, con miradas de amor le hacen volar del tabernáculo á vuestro pecho, los cabellos ordenados de vuestros santos pensamientos, los limpios dientes de la meditación, con que desmenuzáis las verdades eternas, la corteza de granada de vuestras mejillas pálidas por la penitencia y ruborosas por la modestia. Y cuando estéis todas reunidas adorándole en el templo al pie del altar, y frente á mi imagen, verá mi Hijo, lleno de contento, como hay entre vosotras varias reinas que han vencido sus pasiones; muchas más damas de honor, que van aprovechando en la virtud, y un sin número de jovencitas que van entrando de nuevo á mi Asociación á servirme é imitarme á mí, que soy su única paloma, perfecta y escogida. Y de cada una de vosotras, podrá decir, aunque en muy distinto grado lo que de mí decían los ángeles. ¿Quién es esta que va luciendo poco á poco como la aurora, y hermosa por su paciencia en la noche de las tribulaciones, como la luna, y escogida como el sol en la plena luz de su virtud y perfección? Y todas mis hijas, las jovencitas, las damas y las reinas, viéndome y considerando mis grandezas y mis glorias, me aclamaréis como muy dichosa y bienaventurada. Mi Hijo y yo bajaremos al jardín de vuestros corazones para reanimar las plantas de vuestras virtudes, y os daremos fortaleza para que no os turben los ruidosos carros de las diabólicas

tentaciones, y de dos veces os llamaremos, es decir, á vuestra alma y cuerpo, en esta vida, para ver vuestro adelanto; y mi Hijo y yo, vuestro Esposo y vuestra Madre, os llamaremos al finalizar este destierro, para premiaros en la patria!

¡Animo, pues, hijas mías: á pelear contra el demonio, pues sólo el que lealmente combatiere, será coronado. Vuestra Madre os acompaña y os bendice!

Vos de las Hijas.

Ansias tenemos, Madre adorada,
de ser el huerto de tu Jesús;
por tí queremos, ¡oh Inmaculada!
llegar al puerto de eterna luz;
y á la serpiente, no temeremos,
ni á las cuadrigas de Aminadab,
pues venceremos cual tú nos digas,
y un día veremos tu gran beldad.



CAPITULO VII

Coros de escuadrones. — Pasos y calzados. — Copa colmada. — Montón de trigo. — El cuello. — Los ojos. — La nariz. — La cabeza y cabellos. — Deliciosa hermosura. — La palma y sus racimos. — La garganta y los dientes. — Amor recíproco. — A las granjas del campo. — Las viñas y granados. — Los frutos en las puertas. — Voz de María.

VERSO 1.

¿Qué verás en la Sulamitis sino coros de escuadrones? ¡Cuán hermosos son tus pasos en los calzados, hija de príncipe! los juegos de tus rodillas como artejos que han sido labrados de manos del artífice.

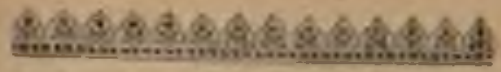
Llámanse coros las reuniones de gentes que cantan y se alegran, y aun dánzan

tentaciones, y de dos veces os llamaremos, es decir, á vuestra alma y cuerpo, en esta vida, para ver vuestro adelanto; y mi Hijo y yo, vuestro Esposo y vuestra Madre, os llamaremos al finalizar este destierro, para premiaros en la patria!

¡Animo, pues, hijas mías: á pelear contra el demonio, pues sólo el que lealmente combatiere, será coronado. Vuestra Madre os acompaña y os bendice!

Vos de las Hijas.

Ansias tenemos, Madre adorada,
de ser el huerto de tu Jesús;
por tí queremos, ¡oh Inmaculada!
llegar al puerto de eterna luz;
y á la serpiente, no temeremos,
ni á las cuadrigas de Aminadab,
pues venceremos cual tú nos digas,
y un día veremos tu gran beldad.



CAPITULO VII

Coros de escuadrones. — Pasos y calzados. — Copa colmada. — Montón de trigo. — El cuello. — Los ojos. — La nariz. — La cabeza y cabellos. — Deliciosa hermosura. — La palma y sus racimos. — La garganta y los dientes. — Amor recíproco. — A las granjas del campo. — Las viñas y granados. — Los frutos en las puertas. — Voz de María.

VERSO 1.

¿Qué verás en la Sulamitis sino coros de escuadrones? ¡Cuán hermosos son tus pasos en los calzados, hija de príncipe! los juegos de tus rodillas como artejos que han sido labrados de manos del artífice.

Llámanse coros las reuniones de gentes que cantan y se alegran, y aun dánzan

de regocijo. «¿Qué veis en el alma, dice San Ambrosio, que ahora ya es Sulamitis tranquila y pacífica, que va viniendo como coros de escuadrones? ¿Qué habéis de ver sino lo mucho y los muchos con que ha combatido? porque ella ha tenido que pelear contra los enmigos extranjeros; ha tenido que combatir contra las lúbricas mudanzas del siglo; ha tenido que estar en guerra contra las fragilidades del cuerpo, y ha tenido que hacer frente á las muchas pasiones que la atacan y la acometen.»

Dicen algunos doctores, que los carros de Aminadab son los turcos y otros enemigos armados de la Iglesia, y los coros de escuadrones son las Ordenes religiosas que, al mismo tiempo que pelean contra los enemigos, viven en sus conventos como coros muy ordenados que cantan las divinas alabanzas, y parecen como danzas de gozo y alegría. Y de aquí podemos colegir, que también las Hijas de María son los coros de la Sulamitis, que en sus escuadrones pelean contra el mundo y la carne; mas en las fiestas de su Reina pacífica, y principalmente durante su mes, le cantan en coro dulcísimas alabanzas, y ya le dicen con amor:

Si no tienen nuestras almas
De los lirios la blancura,
Hijas somos ¡qué ventura!
De la Madre del Criador.

Otras veces, como emulando la santa osadía del melifluo San Bernardo, pidiéndole que las mire desde el cielo, le añaden:

Y si al mirar á tus hijas,
Conmover no te sientes,
Que tus ojos clementes
No nos vean otra vez.

Otras veces le cantan con su amantísimo Alfonso de Ligorio:

Alarga tus cadenas
Y átame toda entera,
Que de amor prisionera
De tí yo quiero ser:
Si al fin lograr pudiera
Concluir la vida mía,
Llamándote ¡oh María!
Al cielo, sí entraré.

En cuanto á la hermosura de los pasos en los calzados, la hija del príncipe, de quien se alaban, es la Bienaventurada Virgen hija de David, de la cual se explica así San Ambrosio: «El calzado significa el cuerpo; y en este, calzada hermosamente marchó María, que sin ningún concurso del hombre, siendo Virgen, concibió el tutor de nuestra salud.» Y así, Juan Bautista, muy bien decía: «Yo no soy digno de desatar la correa de su calzado, esto es, no soy digno de comprender con la angostura de la humanamente, ni de desatar, con la vileza de la humana palabra, el secreto misterio de la Encarnación del Señor.» Y el Abad Ruperto dice: «Que como los siervos andaban descalzos, y los libres é ingenuos, calzados, por eso la serpiente pudo morder la planta de nuestra madre Eva; mas la nueva Eva, la Hija del Príncipe, muy bien calzada por la gracia, pudo con su planta aplastar la cabeza del infernal dragón.»

En cuanto al juego de las rodillas, comparado á una argolla rica y delicada, fabricada con arte, que se llevaba en

el cuello del pié, quiere indicarse con esta comparación, que el andar de nuestra querida Madre y todos los pasos que dió durante su vida, todos fueron púdicos y todos santos, y todos fueron como joyas fabricadas de manos del Artífice supremo, porque todos sus pasos y todas sus acciones fueron movidas por Dios y á él sólo dirigidos.

VERSO 2.

Tú como.... copa torneada que nunca necesitas de bebida. Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios.

Aquí alaba el sagrado Cántico, aquel sitio del cuerpo por donde se sabe que pasa el alimento al niño cuando aún está encerrado en el materno seno; sitio que no se oye bien puesto su nombre en nuestro idioma; pero que en sentido místico, como todo se entiende en este Libro divino, significa el cuidado que tiene la Iglesia y la Virgen María de dar el ali-

mento á sus hijos, aunque tiernecitos, y aun no salidos á la luz de la gracia; y esto quiere decir, la copa siempre llena y que no necesita estarle ministrando líquido exterior; es la misericordia maternal siempre llena y fecunda, que no necesita tomar de lo ageno para ministrar al hijo de sus entrañas el debido alimento.

«Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios.» Jesucristo se llamó grano de trigo, cuando dijo: «Si el grano de trigo no fuese muerto (esto es, sembrado y alterado en la tierra), no dará fruto alguno; mas si fuere muerto (en el sulco), lo dará muy colmado»; pero como aquí no se trata de un grano, sino de un montón de granos, bien podemos preguntar: ¿cómo, si del vientre virginal de María sólo germinó un grano de trigo, Jesucristo, puede compararse su seno á un montón de granos? Para entenderlo, es necesario saber, que Jesucristo es la cabeza del cuerpo místico de su Iglesia, que son todos los fieles; y que la Virgen santísima al darle á luz, fué Madre de todo el cuerpo, lo mismo que de

la cabeza; y desde entonces fué Madre de todos los hombres. Y así, de un modo particular los escogidos son sus hijos, y pues dijo Cristo en una parábola: «Que las pajas se quemaran, y el trigo se amontonara en su granero»; donde claramente se ve que la paja son los réprobos y el trigo los escogidos; es este mismo montón de trigo el que se manda á los ángeles amontonar en el celestial granero, el propio montón de trigo con que aquí se compara el seno de María, el cual se dice, está circunvalado de lirios, por la pureza y demás virtudes de los justos. Bellamente dice un doctor, que el vientre de María santísima se compara á un montón de trigo, que tiene amplio volumen y hace bulto, por el crecimiento del santísimo vientre de nuestra Señora, cuya vista llenó de angustia al castísimo patriarca Señor San José; pero estuvo cercado de lirios, cuando los ángeles manifestaron al santo varón los purísimos misterios que aquel vientre encerraba.

Esto es, que el montón de trigo significa la fecundidad maternal, y el cercado de lirios la purísima virginidad de

nuestra Señora. El ser madre y Virgen son sus dos más gloriosas prerrogativas; y por esto la Iglesia, al saludarla en las Letanías, después de invocarla con su glorioso nombre, ensalza estas dos prerrogativas diciendo: «Santa Madre de Dios, Santa Virgen de las vírgenes»; luego sigue explicando y como difundiendo en varios títulos estos nombres de Madre y de Virgen, añadiendo ahora, por disposición del Sumo Pontífice León XIII, difunto, después de Madre admirable, el título tan á propósito en nuestra época, de «Madre del Buen Consejo.»

Como Jesucristo se llama por un profeta, el trigo de los escogidos, El es en la Eucaristía el montón de trigo germinado del purísimo vientre de nuestra Señora, circundado de lirios, ya por los puros espíritus que en el Sacramento incesantemente le adoran, ya por las puras vírgenes que le tienen y le rodean en medio de sus casas, en los conventos; ya por los puros y santos deseos que inspira en las almas; y por eso Zacarías, al llamarle «trigo de los escogidos», también le nombra «vino que germina vírgenes.»

Sigue después una descripción en que se alaba por tercera vez el cuerpo virginal de María, en varios de sus miembros, y son cinco alabanzas: de los pechos, el cuello, los ojos, la nariz, la cabeza y los cabellos de la Esposa, como veremos en los tres versos siguientes.

VERSO 3.

Tus dos pechos como dos cervatillos
mellizos de corza.

VERSO 4.

Tu cuello como torre de marfil.
Tus ojos como pesqueras en Hesebón,
que están en la puerta de la hija
de la muchedumbre.
Tu nariz como la torre del Líbano,
que mira hacia Damasco.

VERSO 5.

Tu cabeza como el Carmelo,
y los cabellos de tu cabeza como púrpura
del Rey atado en canales.

Por qué se harán tantas descripciones en el sagrado Cántico de los miembros de la Esposa, pues con esta van ya tres veces que la alaba y la describe? Es porque Dios nada estima tanto como las virtudes del alma, simbolizadas en estos órganos corporales; y lo que mucho complace, mucho se repite. Y estas tres descripciones corresponden á los tres estados del alma: como principiante, como proficiente y como perfecta. Mas como en nuestra amada Madre no hubo estado ni tiempo de imperfección ninguna, en ella hemos de decir que las tres descripciones de sus miembros corresponden á sus tres estados de perfecta: desde su Concepción y nacimiento, y de más perfecta en su divina maternidad, y de perfectísima en su gloriosa Asunción y allá en el cielo.

Veamos, pues, esta tercera descripción. La de los pechos como dos gemelos, ya queda antes explicado; sólo añadiremos, que según algunos doctores, significan la sabiduría y la ciencia con que lacta y nutre á los ignorantes. De dos famosísimos doctores, el sutil Escoto y el eximio Súarez, se refiere que debieron toda su ciencia á la santísima Virgen, pues al último rehusaban recibirle en la Compañía de Jesús por escaso de inteligencia, y María santísima le favoreció de tal manera, que escribió veintiocho gruesos tomos en folio; de suerte que dicen que no alcanza la vida de un hombre para leerlos todos: ¿Cómo le alcanzaría para escribirlos?

Tu cuello como torre de marfil. Hablando de la torre de David, explicamos ya este otro título, por estar juntos en las Letanías de nuestra Señora. Dijimos que la torre de David era torre inmóvil y de defensa y la torre de marfil era torre movible sobre los elefantes y propia para el ataque, lo que indica que para defendernos y para combatir contra nuestros enemigos, nos es muy útil su interce-

ción y ayuda. Y añadimos que, como á torre de David, acudimos ante su imagen fija en nuestros altares, y como á torre de marfil la traemos con nosotros en sus medallas, relicarios y escapularios.

Tus ojos como piscinas en Hesebón. Las piscinas ó estanques, y muchas fuentes de cristalinas aguas, tienen la figura redonda ó casi redonda; y sea por esto ó porque brillan entre la tierra como los ojos en la cara, los cierto es que en el hebreo la misma palabra significa fuentes, y ojos, y que en nuestro idioma se dice también «ojos de agua.» Por esto, pues, se comparan los ojos de la Esposa á estos estanques. Los ojos compáranse á las piscinas, porque son la meditación y contemplación del alma que alimentan los pios afectos y los deseos, como en las piscinas ó pesqueras se alimentan los peces. Además, como en las fuentes límpidas se ve la imágen del sol y la cara del que en ellas se asoma, así en la oración y meditación se conoce á Dios y á sí mismo; y por fin, como las piscinas derraman copiosas aguas, así los ojos derraman copiosas lágrimas de devoción y

compunción. En cuanto á la ciudad de Hesebón, de donde se dice ser las piscinas, veamos cómo se explica San Gregorio: «Hesebón se interpreta *ángulo de dolor ó tristeza*; y los ojos de la Esposa se llaman piscinas en Hesebón, porque cuando á causa de su peregrinación se entristece, y fortalecidas con su pena, se preparan al combate contra los espirituales enemigos, lávanse con sus lágrimas para poder lavar después á los pueblos.» La hija de la multitud es la Iglesia, henchida de la multitud de sus hijos. Todo esto conviene admirablemente á la Virgen María, cuyos ojos son piscinas de misericordia, que tanto lloraron por los pecadores, y por eso le pedimos en la Salve que los vuelva hacia nosotros.

Al fin de las revelaciones de Santa Brígida se lee lo que se llama sermón angélico, que son preciosas alabanzas de Nuestra Señora; allí dice Cristo, hablando á su Santísima Madre:

«Tus ojos fueron tan lucientes en la presencia de mi Padre, que en ellos se miraba con complacencia; pues en tu espiritual mirada y en el entender de tu

alma, penetraba tu voluntad toda entera y conocía que nada querías sino á El mismo, ni deseabas cosa alguna sino conforme á su beneplácito.»

«Tu nariz, como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.» Desproporcionado y feo, parece, á primera vista, el comparar una nariz con una torre, que indica un tamaño formidable; pero ya hemos dicho varias veces, que en estas comparaciones campestres, no se debe atender tanto á la letra cuanto al sentido. La nariz de la Esposa se significa aquí grande y bien formada. Las familias reales, sabido es que se distinguen por la nariz que llaman aguileña. En Italia suelen ser muy grandes las narices, y así se ve en el retrato del Angélico joven San Luis Gonzaga; y más todavía, en el de San Carlos Borromeo, que ostenta una nariz de llamar la atención por su tamaño.

La nariz, en el hombre, tiene dos oficios: el primero é importantísimo es el respirar; la boca no basta para ello, ni sirve estando cerrada; el segundo es para discernir los olores; y por eso está inmediata á la boca, para no comer lo hediondo ó podrido. Y por esto significa la altura en que se halla colocada la Virgen María, para discernir lo malo de lo bueno, lo puro de lo impuro, lo hediondo de lo sano. Damasco, indica aquí, *servil y mutilado*, y mirando este oprobio conserva el alma la discreción. Entre lo que dicen los doctores de este título, aplicado á María, oigamos á San Bernardo: «Tú, oh Señora, eres una nariz hermosísima»: de la cual dice el Esposo: «Tu nariz, como torre de Líbano. La nariz tiene dos ventanillas, por las cuales emite el aliento de la cabeza; y así tú, Señora, con tu virginidad y humildad, trajiste del cielo al Hijo de Dios, que como *viento de nuestra boca*, como le llama un profeta, con su caridad nos calienta, refrigera nuestra concupiscencia, nos mueve á la buena voluntad, y nos justifica por la fe; tú eres la nariz de la Iglesia, semejante á una torre, cómo excelsa por tu dignidad, y firme por la gravedad de tu ánimo. Torre del Líbano, que significa blancura, porque indica el candor de tu inocencia.»

Tu cabeza como el Carmelo. Era un

monte excelso y hermosísimo, y por eso se compara con él la Santísima Virgen, que después de Cristo es la cabeza de los fieles. He aquí cómo la describe el mismo Señor hablando de ella á Santa Brígida: «Tu cabeza fué como el oro resplandeciente, y tus cabellos como los rayos del sol, porque tu purísima virginidad, que es en ti como la cabeza de todas las virtudes, de tal modo resplandecieron en mi presencia, que juntas con tu humildad, me complacieron; y por eso con razón te llamas Reina coronada sobre todas las criaturas: Reina, por tu limpieza; coronada, por tu excelente dignidad. Fué tu frente de incomparable blancura, significando el pudor de tu conciencia, en la cual está la plenitud de la ciencia del hombre, y en la cual resplandece la sabiduría de Dios.»

Esta palabra recita la Iglesia como antífona en la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, pues es la Cabeza de todas las Carmelitas que deben ser como sus cabellos, de los cuales se dice aquí: «tus cabellos como púrpura real atada en canales.» Estos canales son una especie

de caños por donde corría la púrpura líquida, y en ellos se teñía la púrpura que se quería saliese de color más subido, y se introducía en aquellos canales en ciertas madejas atadas. Como en la otra comparación decíamos, aparentemente son semejanzas muy impropias, pues los cabellos teñidos de color rojo dan una idea muy repugnante. Los poetas profanos los han llamado muchas veces de oro, ó dorados, tal vez porque en otros tiempos realmente los doraban. Lo que aquí se significa, pues, es que los pensamientos del alma santa deben estar como atados á la púrpura del Rey Jesucristo, fijos en su dolorosa Pasión, y teñidos en su purpurina sangre. Así fueron los pensamientos y afectos de nuestra muy amada Madre, que toda su vida tuvo presente la sangrienta Pasión de su divino Hijo; y así, la púrpura de este Rey inmortal, siempre tiñó su cabeza, siempre ocupó su mente y su corazón. Parece también que aquí se hace alguna alusión á aquella púrpura sucia y maltratada, que por escarnio pusieron al Señor, y que si ya estaría descolorida por

el uno, se mostraba de nuevo enrojecida, como empapada en los canales de púrpura de las llagas de la flagelación.

VERSO 6.

¡Cuán hermosa eres y cuán graciosa, oh carísima en las delicias.

Las amigas y compañeras de la Esposa, habiendo escuchado las alabanzas que el Esposo acaba de tributar á su muy amada, prorrumpen en estas palabras de gozosa admiración. Ya hemos visto como el Esposo hace la misma exclamación: «¡qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!» mas ahora son las jovencitas las que aclaman y ensalzan la belleza de la amiga y paloma del Señor. Y es que los ángeles del cielo y las hijas y siervas de María sobre la tierra se juntaron en uno, para alabar los unos á su Reina, los otros á su Madre. Las alabanzas de las criaturas son poca cosa: pero cuando Dios alaba, como es suma ver

dad y suma justicia, sus alabanzas son grandes y verdaderas. Nuestra amada Madre se asustó con ellas cuando el Angel la llamó llena de gracia, pues dice el Evangelio que se turbó en sus palabras: no por su presencia, ni porque le apareció en humana figura, sino por la alabanza tan grande que entrañaban sus palabras.

Aquí, pues, la aclaman las criaturas por cuatro títulos: como hermosa, como agraciada, como queridísima y como llena de delicias; hermosa por su maternidad; graciosa por su virginidad; carísima á la Beatísima Trinidad, y llena de delicias para los ángeles y los hombres. En el hebreo se lee de esta manera: «¡Oh! y cuánto te has hermoseado! ¡oh! y cuánto te has llenado de dulzura, amor en las delicias, ó bien, hija de las delicias!» Porque al ser Madre de Dios se hermoseó la Virgen María con una belleza toda celestial, y como Madre de los hombres se llenó de dulzura para con nosotros, y es la hija de las delicias, porque forma la delicia de Dios, de los ángeles y los hombres. Cinco son las delicias del

alma, dicen los doctores: primero, las dulzuras y consolaciones espirituales, y en particular la esperanza de la gloria; segundo, las tribulaciones y las cruces, que tanto complacen y deleitan á los santos; tercero, la abundancia de la gracia con la mansedumbre y la humildad, dice el Abad Ruperto; lo cuarto, explica San Gregorio, que son las Sagradas Escrituras en las que se halla al Señor y se le conoce y se le ama; lo quinto, advierte San Agustín, que es la muerte ocasionada por el amor y la caridad, cuya muerte es suavísima y deliciosa. Y todo esto se encontró en la santísima Virgen de un modo eminente: las consolaciones en Belén, las tribulaciones en el Calvario y la abundancia de la gracia en la Anunciación; el conocimiento de las Escrituras en el templo, la muerte del amor en su glorioso tránsito; de suerte que está llena de delicias y es la hija de las delicias. Bien conocida es la palabra de la Sabiduría eterna, que dice: «Son mis delicias estar con los hijos de los hombres.» Pues si en los hombres tan duros, tan ingratos, tan desamorados, halla el

Verbo delicias, ¿cuántas no encontrará en la Hija del Padre, en su Madre dilectísima, tan amante, tan fiel, tan reconocida? En verdad ella es carísima en las delicias. Y al mismo tiempo que podemos llamarla Hija, también podemos aclamarla Madre de las delicias. Hija es de ellas, porque Dios se las comunicó con su amor y su gracia; y es también Madre de las delicias, porque la Iglesia nos enseña á llamarla Madre del hermoso Amor, causa de todo deleite; y en otra parte del Cántico se la ve *derramando delicias*, sobre sus hijos, siervos y devotos. Y para que los hombres nos juntemos con los ángeles para rendirle esta alabanza, millares de bocas virginales en los monasterios y millones de labios devotos, en medio del mundo, le rezan en su Oficio esta Antífona que la Iglesia ha formado con el presente verso: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis sancta Dei genitrix.*» Hermosa has sido hecha, y suave en tus delicias, santa Madre de Dios. No dice *eres*, sino has sido hecha, porque todo lo tiene del Señor, como ella misma lo entonó en su Cántico,

diciendo: «Que ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo.» Así, al acabar los Laudes del Oficio de nuestra Señora, como compendiando todas sus alabanzas, sacadas en sus cinco antífonas de este sagrado Cántico, llenos de amor, henchido el pecho de entusiasmo, radiante de gozo nuestra frente y palpitando de emoción nuestro corazón, unidos con los ángeles del cielo y con todas las almas devotas que recitan su Oficio, digámosle embelesados: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis Sancta Deigenitrix.*»

VERSO 7.

Tu estatura asemejada es
á la palma y tus pechos á los racimos.

A esta estatura le dan muchas significaciones: tu *índole*, tu *juventud* y *edad florida*, *tu levantar ó tu resucitar*, es semejante á la palma: eres alta y majestuosa como ella, y tus pechos como los racimos de dátiles que la palma produce. Se cree que nuestra amada Madre era de alta estatura, de una dignidad y de una majestad inconcebibles; y así, escribió San Dionisio, aquel sabio areopagita convertido por San Pablo, que de tal modo se llenó de estupor al mirar la majestad de la Virgen María á quien visitó estando aun viva, que si la fe no le hubiese enseñado que hay un solo Dios, la habría adorado como á Diosa. La Bienaventurada Virgen, dice un doctor, fué humilde por de fuera, como la corteza de la palma; mas fue firme como ella por el vigor de su ánimo, levantada de su trono por la alteza de sus pensamientos, hermosa en su copa por la excelsitud de su virginidad; deleitable en su flor, pues produjo al que es flor del campo; dulcísima en su fruto, pues sin dolor dió á luz al fruto de su vientre, y cual racimos de la misma palma sus pechos, porque henchidos de néctar por Dios mismo, alimentaron al Hijo de sus entrañas.

Mas como siempre en nuestra Madre andan mezclados los dolores con los gozos, también se entiende por la palma

diciendo: «Que ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo.» Así, al acabar los Laudes del Oficio de nuestra Señora, como compendiando todas sus alabanzas, sacadas en sus cinco antífonas de este sagrado Cántico, llenos de amor, henchido el pecho de entusiasmo, radiante de gozo nuestra frente y palpitando de emoción nuestro corazón, unidos con los ángeles del cielo y con todas las almas devotas que recitan su Oficio, digámosle embelesados: «*Speciosa facta es et suavis in deliciis tuis Sancta Deigenitrix.*»

VERSO 7.

Tu estatura asemejada es
á la palma y tus pechos á los racimos.

A esta estatura le dan muchas significaciones: tu *índole*, tu *juventud* y *edad florida*, *tu levantar ó tu resucitar*, es semejante á la palma: eres alta y majestuosa como ella, y tus pechos como los racimos de dátiles que la palma produce. Se cree que nuestra amada Madre era de alta estatura, de una dignidad y de una majestad inconcebibles; y así, escribió San Dionisio, aquel sabio areopagita convertido por San Pablo, que de tal modo se llenó de estupor al mirar la majestad de la Virgen María á quien visitó estando aun viva, que si la fe no le hubiese enseñado que hay un solo Dios, la habría adorado como á Diosa. La Bienaventurada Virgen, dice un doctor, fué humilde por de fuera, como la corteza de la palma; mas fue firme como ella por el vigor de su ánimo, levantada de su trono por la alteza de sus pensamientos, hermosa en su copa por la excelsitud de su virginidad; deleitable en su flor, pues produjo al que es flor del campo; dulcísima en su fruto, pues sin dolor dió á luz al fruto de su vientre, y cual racimos de la misma palma sus pechos, porque henchidos de néctar por Dios mismo, alimentaron al Hijo de sus entrañas.

Mas como siempre en nuestra Madre andan mezclados los dolores con los gozos, también se entiende por la palma

el árbol de la cruz; y la estatura de María era semejante á la palma, cuando ella estaba de pié junto al madero; y su pecho era un racimo henchido de dolor y de amargura. Y por eso se sigue hablando del subir á la cruz para coger los frutos de este árbol de vida.

VERSO 8.

Dije: Subiré á la palma,
y asiré los frutos de ella; y serán
tus pechos como racimos de viña,
y el olor de tu boca como de manzanas.

Mucho han dicho los doctores acerca de esta subida á la palma. Este árbol significa la oración y contemplación, y también la perfección cristiana; y así, el propósito que muestra aquí el alma de subir á la palma, significa el deseo de llegar á la altura de la contemplación para coger sus admirables frutos, que como explica el Padre de la Puente en su «Guía espiritual», son muchos y muy preciosos.

en especial el celo por la conversión de las almas. La palma tiene muy áspera la corteza, y las hojas que se le van cayendo, van dejando en el tronco unas protuberancias en forma de escalones, por donde trepan los cultivadores haciendo uso de piés y manos, hasta llegar á coger los dátiles, que á manera de racimos cuelgan en la altura. El camino de la oración y de las virtudes es áspero y difícil; pero el Salmista dice que el justo va disponiendo gradas ó escalones en su corazón mientras está en este valle de lágrimas; y por esos escalones va subiendo poco á poco á la palma, aunque se desgarre las manos y los piés con su aspereza, y éstos son los que caminan por la abnegación, y la penitencia, y la mortificación, y la cruz. Otras almas tiemblan ante el espeso tronco, y queriendo subir, arriman una escala contra la palma para hacerlo más fácilmente, aunque luego caen de la escala ó cae la escala con todo y ellos; y así subir por el tronco es mucho más seguro, aunque más doloroso. Y es de notar que hay tres tramos principales en esta escala, ó sean tres grados en el ejercicio

de las virtudes, como explican los místicos. Al principio se practican con dificultad: las pasiones se rebelan, recalcitra la naturaleza, y hay necesidad de un combate constante; en seguida va disminuyéndose poco á poco la dificultad; la luz de la gracia va alumbrando más y más al alma, y con su claridad le muestra el camino y le ayuda á marchar por él; y esto va pasando naturalmente por varios grados. A lo último, y después de un largo ejercicio en el último tramo de la escala, ya el ejercicio de la virtud se facilita y aun llega á ser gustoso y deleitable: esto es estar ya en la copa de la palma, y pronto y dispuesto á asir sus frutos. El primer tramo se llama la vía purgativa, porque en ella hay que purificarse de las pasiones y pecados; el segundo se llama vía iluminativa, por la luz que la alumbra; y el último tramo es la vía unitiva, en la que la alma se une con Dios y coge los frutos de la palma, esto es, los preciosos frutos del árbol de la cruz; porque como dijimos en el verso anterior, la palma, alta, recta, áspera, cargada de dulce fruto, indica la aspereza, la rectitud y la altura de la santa cruz, cargada con el fruto dulcísimo de Jesucristo Redentor.

Notaremos aquí que, algunos santos, entre otros San Gregorio, San Beda y San Anselmo, creen que el mismo Jesucristo es quien dice aquí: «subiré á la palma», esto es, al árbol de la cruz, y piensa San Bernardo y San Buenaventura, que ya clavada la cruz en la peña, fué levantado el Señor con escalas para ser crucificado, lo que era de mayor terror, suplicio e ignominia. Pero otros santos, como San Lorenzo Justiniano y San Antonio de Padua, con el común de los fieles, creen que el Señor fué crucificado con la cruz tendida en tierra. Y bien cierto es que de todos modos puede decirse que el Señor ascendió á la palma, pues aunque enclavado en el suelo, fué levantado en los aires con todo y la cruz. Y así le hace decir un doctor: «La estatura de tu perseverancia fué asemejada á la palma de la victoria, porque yo subí á la palma cuando estuve en la cruz, y todo lo atraje á mí. *Dije*, esto es, firmemente dispuse delante de mi Padre y

antes de todos los siglos, que *subiré la palma*, esto es, á la cruz, y venceré al tirano, y entonces *asiré sus frutos*, que son todos los escogidos, y vencido el tirano, traeré hacia mí á los fugitivos.»

Jesucristo, en este verso, invita á su santísima Madre á subir con él al Calvario, y aun á la cruz, lo que hizo con ánimo esforzado y con mayor fe que la de Abraham cuando iba á inmolar á su hijo; y entonces sus *pechos fueron como racimos de viña*, porque comenzó desde Pentecostés á revelar á San Lucas, que los escribió, y á los demás fieles, los secretos misterios de la concepción, natividad, visitación, presentación, y demás de Jesús; y *su boca derramó el aroma de las manzanas*, porque en sus palabras no sólo había la santa delectación y la suave salubridad, sino también la vital refección que de su boca recibía la Iglesia primitiva, la que todo lo trasmitió por palabra ó por escrito á la posteridad, y así se esparció por todos los confines de la tierra y al través de todos los siglos, el suavísimo olor de la boca de nuestra Madre muy amada.

VERSO 9.

Tu garganta como vino excelente, digno
para mi Amado de beber,
para sus labios y dientes de rumiar.

Pues que se ha hablado de racimos de la viña, se habla aquí del vino que de ellos resulta, del cual se dice que es muy bueno y exquisito, y como tal, muy digno del Esposo, y aun de rumiarlo con los dientes. He aquí cómo lo explica el Abad Guillermo: «En verdad que en las alabanzas de mi Amado, mi garganta es como vino muy puro: porque cuanto amo, otro tanto alabo, y según la medida de la dilección, así es el modo de mis alabanzas»; y esto, tanto en lo próspero como en lo adverso, pues cuando estaba María al pié de la cruz, resignada en las manos de Dios, y admirando su inmenso amor para con los hombres y la rendida obediencia de Cristo, todo lo alababa con afectos de su alma.

Otro doctor dice, que la garganta de

la Virgen, en su doctrina, con la que enseñó que Dios exalta á los humildes y humilla á los soberbios, pues dijo en su Cántico: «Depuso de su silla á los poderosos, y exaltó á los humildes.» También y muy bien, por la garganta de nuestra Madre María, se puede entender su voz que en la garganta se forma, esto es, sus preces y oraciones al Señor; y como nada pide que no sea bueno, santo y pío, por eso son como un vino excelente, el que su divino Hijo no sólo lo bebe, sino que lo rumia; esto es, lo admite y se deleita. Veamos cómo el mismo Jesucristo, en las Revelaciones de Santa Brígida, describe místicamente la boca y garganta de su santísima Madre: «Tu boca fué como lámpara que arde por dentro y alumbra por fuera, porque las palabras y afectos de tu alma, fueron interiormente ardorosas, y exteriormente resplandecieron por la laudable disposición de tus movimientos corporales y la bellísima armonía de tus virtudes. Y en verdad, Madre carísima, la palabra de tu boca en cierto modo atrajo á tí mi divinidad, y el fervor de tu divina dulzura

jamás me separará de tí, porque tus palabras son más dulces que la miel y el panal.»

VERSO 10

Yo para mi Amado y para mí la vuelta de El.

VERSO 11

Ven, Amado mío, salgamos al campo, moremos en las granjas.

En el hebreo se dice: «Yo soy de mi Amado, y para mí es su deseo, ó para mí son sus ansias; es decir, yo le amo á él sólo, y soy toda suya: y El vuelve a mí su mirada, sus deseos, su amor y sus cuidados, para guardarme y regalarme.» Y nota San Ambrosio, que tres veces se repite en este sagrado Cántico esta frase, según los tres Estados del alma: principiante, proficiente y perfecta. La primera vez se le dice esta palabra,

añadiendo que hasta que se inclinen las sombras; porque al principio, el alma está como á la sombra, y esto es en el verso 16 del capítulo segundo. En otra vez en el capítulo VI, se le dice, sin hablar ya de sombras, porque más clara luz la alumbra; y ahora, que es la tercera vez, ya llegada á la perfección, presta descanso al verbo, convidándolo á que vuelva hacia Ella, y recline su cabeza, y tome algún descanso; y como ya en posesión del que antes no encontraba, invítale á su campo, diciendo: «Ven, mi hermano, vamos al campo, y descansemos en los castillos.» Hasta aquí San Ambrosio.

A varias santas ha dicho el Señor estas regaladas palabras; á Santa Teresa le dijo: «Ya desde hoy tú eres mía y yo soy tuyo.» Y en otra vez le habló de esta suerte: «Tú serás mi esposa, y de hoy en adelante tú celarás mi honor, este será el tuyo y el tuyo será el mío.» Y en otra ocasión le hizo esta regalada promesa y donación: «Porque estás conmigo desposada, todo cuanto tengo es tuyo, y así te doy todos los dolores y

trabajos que padecí, y por ellos, como por cosa propia, pídele á mi Padre cuanto quieras, y te será concedido.» Ahora bien; si tal hace el Señor con sus simples siervas, ¿qué no haría con su Madre Inmaculada? Si á Santa Teresa le decía tan regaladas palabras, que no se atreve la santa ni á escribirlas; si cuando estaba desganada le daba Jesús por su mano bocaditos en la boca: si una vez llegó á decirle, que «de no haber criado ya los cielos, sólo por Ella los criaría.» ¡Qué frases tan encendidas! ¡qué caricias tan regaladas! ¡qué atenciones tan delicadas y tan finas no diría, y haría y tendría con su única Paloma, con su perfecta y dilectísima Esposa! ¡Oh! no hay lengua que pueda expresarlo, ni inteligencia que alcance á concebirlo!

En cuanto al convite que hace la Virgen á su Amado para salir al campo y morar en las granjas, indica el celo encendido de Nuestra Señora por la salvación de las almas de los rústicos y campesinos. Como una muestra de este celo, diremos brevemente que pidiendo la Beata Ursula Benincasa, con lágrimas y sus-

piros, algún remedio para la conversión de los pecadores, vió una vez á la Virgen Santísima que le traía el remedio anhelado. Miraba cómo iba sacando de su pecho la Virgen María, unos cuadritos color de cielo, y dándolos á muchos ángeles que la rodeaban, estos volaban por las ciudades y los campos, y los iban dejando caer como una lluvia por todas partes. Y este es el célebre Escapulario azul de la Inmaculada Concepción, agraciado con muchas indulgencias, y la de la muerte, y que al imponerlo se dice que es «para pedir por la reformación de las malas costumbres de los hombres», y que para eso fué instituído. Este deben de portar todos los devotos de María, y en particular las Hijas de su Concepción Inmaculada, pues tiene indulgencias para los días sábados, y rezando seis Padres nuestros y seis Ave Marías, las que lo llevan, ó sea lo que llamamos una estación, lucran todas las indulgencias de los Terceros de San Francisco, que son crecidísimas. Todo esto concedió el santo Pontífice Pío IX con motivo de la Declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María.

Parécenos que nuestra Reina y Madre, ha dicho: «Salgamos al campo, Ministros del Señor; moremos en las aldeas y en los pueblos pequeños, estableciendo en ellos mi Asociación.» Y en efecto, por toda nuestra República maravillosamente se ha extendido. Hay un pueblecillo llamado Bucareli: es como un nido de tórtolas y alondras suspendido en un profundo valle, rodeado por ásperas y abruptas montañas: situado en la Diócesis de Querétaro, lejos de los caminos frecuentados, está como ignorado, y no llegan allí los ruidos de la política y de los mundanos negocios; sus habitantes, de la raza indígena, castos y sencillos, viven en gran pobreza. Hay allí un antiguo convento de San Francisco, que por su lejanía no ha caído en las garras de la revolución, y en él se anidan algunos fervientes hijos del Seráfico patriarca. Uno de ellos, educado en Roma, en el Convento de San Antonio, lleno de celo llegó á ese asilo, y pudo establecer la amada Asociación: Manuales de me-

dió uso, medallas y cintas, y aun blancas vestiduras le fueron ministradas por una grande Asociación, y aquellas pobres indiecitas, llenas de gozo, son hoy ya hijas de la Concepción Inmaculada. Parece que nuestra Madre dijo á sus ángeles en el cielo, y á sus ministros en la tierra: «Salgamos al campo y moremos en las granjas: Vamos á Bucareli: lleguemos á ese valle; aunque de difícil acceso; moremos en las granjas de esos agrestes, pero sencillos corazones.» Digamos nosotros, como cantan sus Hijas:

¡Oh, cuán buena eres, María;
Son tus ojos de paloma,
Y por ellos, solo asoma
Misericordia y amor!

Y añadamos:

Sales al campo, ¡oh mi Madre!
Tras de pobres ovejuelas,
Las recibes y consuelas,
E Hijas tuyas hoy ya son.

VERSO 12.

Levantémonos de mañana á las viñas;
veamos si floreció la viña,
si producen fruto las flores, si están en
flor los granados:
allí te daré mis pechos.

Es la Esposa la que aquí habla, como contestando á la alabanza que acaban de darle sus compañeras. Parece que parte se dirige á ellas, convidándola á levantarse de mañana, y al final del verso habla con el Esposo: ó bien dirige á éste todas sus palabras. Por lo demás, varias veces hemos dicho por el campo, por el huerto, y por las viñas, se entiende en el Cántico el alma y el corazón de la Virgen María: por las flores, sus afectos: por las plantas aromáticas, sus ejemplos, y por los frutos, sus virtudes. Por la mañana, pues, significa aquí la gracia preveniente por la cual el alma es llamada de las tinieblas de la ignorancia y de la culpa, á la admirable luz de la religión y de la fe;

y por la flor de la viña se entiende esta misma fe, por las flores que dan fruto, la confesión de la boca, y por las flores de granado, la sangre del martirio. Así lo explica un doctor. Mas, como muchas veces hemos notado, donde se trata de tinieblas, de ignorancia, de culpas ó defectos, no puede tratarse de nuestra muy amada Madre toda pura é inmaculada.

Aquí se significa, pues, que Ella visita á las almas de sus siervos y aun á las iglesias para que produzcan frutos de virtudes: La viña en flor significa las almas principiantes que sólo tienen la flor de los buenos deseos, pero no las obras, ni el vino generoso del amor; las flores proximas á dar fruto, son las almas proficientes, que van aprovechando en las virtudes y ya están muy próximas á dar sus frutos; las flores rojas de los granados son las almas que van llegando ó han llegado á la perfección, las cuales arden en deseos de derramar su sangre por Jesucristro crucificado. Y como María alimentó con sus pechos á su divino Hijo, así alimentará y nutrirá místicamente á las almas de todos sus hijos adoptivo

cuando los visite con su maternal protección; y dice que dará su seno al Esposo y no á ellos, porque la santísima Virgen todo lo dirige á su Jesús, y en todos y cada uno de ellos mira á su Jesús, y así á El da su seno cuando á sus hijos alimenta.

VERSO 13.

Las mandrágoras han dado olor.
En nuestras puertas están todas las frutas:
las nuevas y las añejas,
amado mío, he guardado para ti.

Esas mandrágoras de que aquí se habla, son ciertas yerbas que se creía eran provechosas contra la esterilidad; aunque otros traducen *lirios, higos ó violetas*. Significan la inmensa fecundidad de nuestra Señora, Madre de todos los hombres; y como son muy olorosas, representan la buena fama de los santos y los ejemplos de virtudes que nos han dejado. Las puertas son los sentidos del cuerpo y las potencias del alma, en las cuales se en-

cuentran las frutas de sus santas acciones, las añejas y las nuevas, es decir, las de la vida pasada practicadas ya en el servicio divino, y las de la vida presente, renovadas por el fervor y más maduras y sustanciosas; y todas se guardan para el Amado, porque no se hacen con fines humanos, sino por servir y amar á Jesucristo, no buscando premio de ellas en esta vida, sino guardándolas para las eternas recompensas.

En la santísima Virgen, las mandrágoras, de virtud tónica y soporífica, significan la paz y quietud de su contemplación, que siempre exhaló un aroma purísimo; las frutas nuevas y antiguas, indican sus actos practicados en cumplimiento de la ley antigua y de la nueva, pues ambas las observó perfectamente, y estaban patentes en las puertas de sus potencias y sentidos, para ofrecerlas y darlas á su amado. Y también estas frutas, nuevas y viejas, esto es, primeras y últimas, son los misterios de la divinidad y humanidad de Jesucristo, que Ella no sólo había visto, sino que había tomado en ellos gloriosa parte, y todos ellos, la primera como

la Encarnación, Natividad y Circuncisión, y los últimos como la Pasión, Resurrección y Ascensión, todos los guardaba en su purísimo corazón para su Amado, para el cual estaban patentes en las puertas de su alma.

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Combatiendo siempre, hijas mías, pero siempre cantando mis alabanzas, seréis, en vuestras varias Asociaciones, como coros de escuadrones: coros de alegría para vuestra Madre; escuadrones de terror para los demonios. Vuestras rodillas serán como joyas, si las sabéis tener dobladas durante mi Rosario, y quietas y fijas en el templo; por vuestros pensamientos, firmes y formales, con vuestros afectos castos y puros, seréis como montones de trigo cercado de lirios. Vuestro pecho encendido en el amor de Dios, vuestro cuello como torre de fortaleza y de pudor; vuestros ojos como lagos de

aguas trasparentes en que mi Hijo se mire; vuestra nariz llena de discreción para oler á lo lejos los peligros y evitarlos; vuestra cabeza y cabellos con vuestros pensamientos levantados al cielo; todo esto hará á mi Jesús alabar vuestra hermosura, y llenará de delicias su Corazón, que tanto os ama. Y pues yo soy la palma de Cades, y mis frutos como racimos deliciosos, haced, hijas mías, por subir á esta palma y cogerlos y saborearlos; y no sólo son frutos míos las virtudes, sino también los medios y signos que he traído desde el cielo para regalar y nutrir á las almas. Fruto mío y muy sustancioso, es el santísimo Rosario; no lo dejéis jamás, mis queridas hijas: en él hallaréis las flores de la viña en los misterios gozosos; y las flores encarnadas del granado, en los dolorosos, y en las puertas del cielo las gloriosas manzanas y frutos guardados para el Amado. También subid á la palma á coger mi hábito virginal, el santo Escapulario del Carmen que dí á mi hijo Simón, y que sabéis libra del fuego eterno y abrevia mucho el del purgatorio; pero no olvidéis que pide

castidad y pureza; sin ellas no hay derecho á mis promesas. Coged de la palma el Escapulario azul de mi Concepción Inmaculada; por dentro llevaréis en él mi color de cielo, como lo llevais por fuera en vuestra cinta. Recoged del árbol de la palma, que es la santa cruz, el Escapulario de luto de mis dolores, para que siempre los recordéis y meditéis, teniendo su signo sobre vuestro corazón. Y pensad, hijas mías, que con el azul, como que revestís los misterios de gozo, pues en mi Concepción los preparó el Señor; y con el de mis dolores, os unís con los misterios de la Pasión; y con el Carmelita, que libra del infierno, participaréis el fruto de los misterios gloriosos. También coged el fruto del rojo Escapulario de la Pasión, y el blanco de mi título de Madre del Buen Consejo, poco ha instituído y agraciado por el representante de mi Hijo en la tierra; en él se pone esta frase de la Escritura: «Hijo, condesciende con mis consejos.» Y esto mismo os digo ahora á vosotras: «Hijas mías, condescended con mis consejos, imitad mis virtudes, seguid tras de mis huellas; que en

las puertas del cielo, las nuevas y las antiguas manzanas, os aguardan: vuestras primeras y últimas buenas obras, que guardadas para nuestro Amado Jesús, El, en la gloria, os las recompensará.

Sí; sed fieles hasta la muerte, y recibiréis la corona de vida!»

Voz de las hijas.

Madre mía, tu voz escuchamos,
A la palma feliz subiremos.
Tus preciosas virtudes amamos
Y tus dulces consejos oiremos:
Ya tus signos graciosos llevamos,
Negro, azul, del Carmelo, tenemos,
No sabíamos del blanco, oh María!
Buscarémosle, sí, Madre mía!

CAPITULO VIII

Hallarlo afuera. — Su izquierda y su derecha. — Sueño respetado. — Reposando en delicias. — El árbol del manzano. — Noble sello. — La muerte y el infierno. — Las aguas y los ríos. — La hermana impúber. — Muro ó puerta. — La torre y la paz. — La vida del Pacífico. — La de la Esposa. — Los amigos escuchan. — Fuga á los montes de los aromas. — Voz de María. — Himno á la Virgen Inmaculada sacado del Cántico.

VERSO I.

¿Quién te me dará á ti, hermano mío,
alimentándote á los pechos de mi madre,
que te halle fuera, y te bese,
y ya nadie me desprecie?

las puertas del cielo, las nuevas y las antiguas manzanas, os aguardan: vuestras primeras y últimas buenas obras, que guardadas para nuestro Amado Jesús, El, en la gloria, os las recompensará.

Sí; sed fieles hasta la muerte, y recibiréis la corona de vida!»

Voz de las hijas.

Madre mía, tu voz escuchamos,
A la palma feliz subiremos.
Tus preciosas virtudes amamos
Y tus dulces consejos oiremos:
Ya tus signos graciosos llevamos,
Negro, azul, del Carmelo, tenemos,
No sabíamos del blanco, oh María!
Buscarémosle, sí, Madre mía!

CAPITULO VIII

Hallarlo afuera. — Su izquierda y su derecha. — Sueño respetado. — Reposando en delicias. — El árbol del manzano. — Noble sello. — La muerte y el infierno. — Las aguas y los ríos. — La hermana impúber. — Muro ó puerta. — La torre y la paz. — La vida del Pacífico. — La de la Esposa. — Los amigos escuchan. — Fuga á los montes de los aromas. — Voz de María. — Himno á la Virgen Inmaculada sacado del Cántico.

VERSO I.

¿Quién te me dará á ti, hermano mío,
alimentándote á los pechos de mi madre,
que te halle fuera, y te bese,
y ya nadie me desprecie?

VERSO 2

Asirtme de ti y te llevaré á la casa de
mi madre; allí me enseñarás.
y yo te daré bebida del vino adobado,
y el mosto de mis granadas.

Es un deseo de la Esposa, motivado por el amor, el que aquí se expresa, pues anhela la Esposa que su Amado fuera un hermanito suyo, para poderle besar, acariciarlo y llevarlo en los brazos con toda libertad, sin atraerse murmuraciones ni desprecios, pues así acostumbran las hermanas, delante de todos, besar y acariciar á los pequeñuelos; el título de hermano es señal de grande cariño y demás, muy propio de Jesucristo respecto de nosotros, pues vino como todos, de la carne de Adán, y por eso es vuestro hermano. Dicen San Ambrosio y otros Padres, que el Señor salió afuera, cuando antes estaba dentro, porque estando dentro del seno del Padre salió afuera á hacerse Hombre, y que El salió fuera para venir á estar dentro de nuestros corazones. Otros doctores dicen, que en la Eucaristía sale Jesucristo afuera del cielo, para ponerse debajo de las especies, y sale afuera del Sagrario, para venir adentro de nuestras almas y en la cumunión, como á tierno niño le acariciamos y le besamos; y así en la forma de niño se ha aparecido á San Francisco, á San Antonio de Padua, á San Edmundo, á San Cayetano y á otros santos; y en la Eucaristía ha aparecido muchas veces en figura de niño.

Honorio lo aplica á los Religiosos, como si alguno queriendo atraer á otro á su misma Orden, le dijese:

«¿Quién me dará á ti, que seas mi hermano en la Religión y caridad fraterna, alimentándote á los pechos de mi madre, es decir, siguiendo las reglas y constituciones de mi Orden; y que te encuentre afuera, esto es, fuera de las pompas y vanidades del siglo; y te bese, esto es, me una contigo en todos los oficios y ejercicios de la Religión; y ya nadie me desprecie, porque traje á mi Orden tal hermano»

Mas dejando estas inteligencias y ha-

blando de Nuestra Señora, significa los ardientes deseos que tenía de salir fuera de este destierro y encontrarle en el cielo en la gloriosa Humanidad, por la que fué Hijo y hermano suyo, y allí gozarle entre inefables delicias y alegrías. También tiene conexión con los misterios de la Infancia, pues en Belén, dando á luz el divino Niño, le tomó y le llevó á la casa de su madre, es decir, á Nazareth, á aquella humilde casita que, trasladada por los ángeles á Loreto, es frecuentada y venerada por los fieles. Y dice: *allí me enseñarás*, porque en tantos años que vivió con Ella, le enseñó Jesucristo los misterios de su Pasión y muerte, Resurrección y Ascensión y Redención del género humano; allí le dio María del vino adobado y del mosto de las granadas, ya porque realmente allí le alimentaba, ya porque místicamente le daba á gustar el vino de su caridad para con Dios y el zumo de las granadas de su caridad para con el prójimo. Y también la Virgen Santísima quiso asir al Señor y ser llevada á la celestial Jerusalén, y allí ser enseñada por la visión beatífica de la

Unidad y Trinidad divina, y allí darle al Señor el vino de la exsultación y acción de gracias, y el mosto del hirviente amor y caridad.

VERSO 3

Su izquierda bajó de mi cabeza
y con su diestra me abrazará.

VERSO 4.

Conjúroos, hijas de Jerusalén,
que no despertéis ni hagáis recordar
á la amada hasta que ella quiera.

Estos dos versos quedan antes explicados; sólo diremos que aquí al último, se repiten, porque pertenecen al Tránsito de nuestra Señora, pues entonces Jesucristo con la izquierda de su humanidad y la derecha de su divinidad, la rodeó y la sostuvo, y así dulcemente durmió su santísima Madre el sueño de la muerte. Y el Señor conjuró á sus ánge-

les á no despertaría hasta que Ella quisiere; y como Ella siempre quiso lo que quiere el Señor, por él fué despertada en el sepulcro y llamada en cuerpo y alma á los cielos. Y entonces fué cuando viéndola subir los santos ángeles, acompañada de su santísimo Hijo, hicieron admirados la pregunta que vamos á oir.

VERSO 5.

¡Quien es ésta que sube del desierto
rebosando delicias,
apoyada sobre su Amado?
Debajo de un manzano te desperté:
Allí fué arruinada tu madre,
allí fué violada la que te engendró.

«Subió la Bienaventurada Virgen, dice un doctor, por el proceso de sus merecimientos, subió por las gradas de sus dignidades; subió del destierro de la vida presente para ser colocada sobre los coros angélicos; subió rebosando de méritos y virtudes, y llena de dones y de gracias,

y subió apoyada en su Amado, porque todo lo refería á él y á su dignación, y El sobreañadía á sus gracias las delicias de sus recompensas.» Y como lo que rebosa sale afuera, de aquí es que las delicias en que rebosa nuestra Madre, nunca se desperdician, sino que caen sobre sus devotos; y por eso es delicioso su culto, delicioso su nombre, deliciosos los libros que de Ella nos hablan, deliciosos los cantares que sus Hijos le entonan, delicioso su santísimo Rosario, y deliciosa toda ella, nuestra Reina y Señora.

En cuanto á las palabras que se añaden, contienen una alusión ó más bien un recuerdo del triste drama del paraíso: allí fué perdida y arruinada, engañada y seducida nuestra primera madre Eva, creyendo á la serpiente infernal; pero de allí la levantó el Señor al perdón, dándole la penitencia. Y también entienden los Padres por este manzano, el árbol de la cruz, porque debajo de él suscitó á á Adán y á Eva, y á toda su posteridad y aun á la Virgen María; mas á esta Señora, como ya estaba elegida y decretada para Madre de Jesucristo, para esto la

preservó el Señor del pecado original; y así se dice suscitada, no por haber caído, sino por haber sido libertada de la caída. Así, dice el profeta David: «Sacaste, Señor á mi alma del infierno inferior,» (Psalm. LXXXV. 13.) y sin embargo, no había caído al infierno, puesto que estaba vivo.

Puede considerarse también, que nuestra santísima Madre al pie de la cruz, dice á cada uno de sus hijos: «*Debajo del manzano*, debajo de la cruz, por la muerte de mi Hijo, *te suscité* del pecado, de la muerte y del infierno, así como debajo de otro árbol funesto se perdió y fué seducida Eva tu madre.» Y así, María cambió el nombre de Eva en Ave, como canta el Ave maris stella: pues trocó la maldición en bendición, el fruto prohibido en el fruto bendito, la ruina en reparación, el pecado en gracia, y el infierno en la gloria. ¡Bendita sea por siempre y en todas partes nuestra muy amada Madre!

VERSO 6.

Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor, duro como el infierno el celo: sus lámparas, son lámparas de fuego y de llamas.

Mucho y muy precioso es lo que han dicho los santos sobre este verso. Unos, uniéndolo con el anterior, explican: «pues que me has levantado misericordiosamente de la ruina de Eva, ponme agradecida como un sello sobre tu corazón y sobre tu brazo.» Este sello en el corazón significa que los pensamientos y afectos del alma sean todos de Jesús; y el sello del brazo, que todos los actos, ejercicios y operaciones, sean también para El. Y como en los sellos hay siempre un nombre ó letrero, así este sello lleva el nombre de Jesús, y muchos santos materialmente lo han trazado sobre su pecho: unos con fuego, como Santa Francisca de Chantal, y otros con

hierro y fuego, como la bienaventurada Margarita de Alacoque.

Los esclavos llevaban un sello ó argolla en el cuello en señal de propiedad de su amo; y así en el capítulo séptimo de Apocalipsis, á todos los escogidos se les imprime el signo de la cruz, como el Anticristo imprimirá no sé qué sello maldito en la frente de sus adeptos.

Séllase igualmente lo que se quiere tener secreto y bien guardado; y como la Esposa es huerto cerrado y fuente sellada, se le indica con estos sellos que guarde bien lo interior de sus potencias y lo exterior de sus sentidos. Y como el sello suele llevar la imagen ó retrato de su dueño, así este sello grava la imagen de Cristo crucificado, y así explica San Ambrosio: «Jesucristo está como sello en la frente para que siempre le confesemos; como sello está sobre el corazón para que siempre le amemos; llévase como sello sobre el brazo para que siempre por El trabajemos, y de esta manera, si es posible, nosotros mismos expresemos toda su imagen.» Y así podemos entender el precepto de amar á Dios «ón todo el corazón

y con todas las fuerzas, sellando con su nombre y con su imagen todos los afectos de nuestro corazón y todas las obras de nuestros brazos.

Ahora bien; que todo esto conviene admirablemente á nuestra Madre, es muy bien claro, pues nadie como ella enderezó al Señor sus obras é intenciones; nadie como ella tuvo tan presente el nombre de Jesús; nadie como ella se reconoció tan sinceramente como esclava del Señor; nadie como ella tuvo impresa la imagen de Cristo crucificado; nadie como ella tuvo sellados y secretos los celestiales arcanos. Ella, pues, cumplió mejor que nadie la recomendación del Señor: Ponme como sello en tu corazón, como sello sobre tu brazo.

En cuanto á la causal que aduce para portar estos sellos: que el amor es fuerte como la muerte y el celo duro como el infierno, es de admirar cuanto se ha dicho y escrito acerca de ello, pues es uno de los versos del Cántico que más se cita en multitud de circunstancias.

A primera vista parece extraña la comparación del amor con la muerte;

pero se encuentra muy conveniente al reflexionar que Jesucristo con su muerte nos dió la mayor prueba de amor. Veamos, pues, las semejanzas entre la muerte y el amor. Primera: como la muerte todo lo doma, lo sujeta, y nadie puede sustraerse de su imperio, así el amor de Cristo todo lo venció: los azotes, los clavos, las espinas, la cruz, los dolores, los oprobios, el hambre y la sed, por redimirnos de la muerte; y aun puede decirse que sufrió los mismos dolores del infierno por nosotros, pues dice en un salmo: «Preocupáronme lazos de muerte, y dolores de infierno me cercaron.» (Psalm. XVII. 5.) Segunda: «el amor de Cristo fué fuerte como la muerte y el infierno, porque le hizo sufrir la muerte y descender á los infiernos», dice San Ambrosio. Tercera: el amor da muerte á las pasiones; oigamos á San Gregorio: «El amor es fuerte como la muerte, porque así como ésta extermina los sentidos exteriores del cuerpo, privándolos de todo natural y propio apetito, así el amor divino en las almas, hace que desprecien todos los terrenos deseos.» Cuarta: «el amor, dice San

Juan Crisóstomo, es violento y aun tiránico como la muerte; no cede á ninguna ocasión, sino que se une al amado sin que ningún dolor ó aflicción de él lo separe»; la quinta: porque el amor hace desear la muerte, como vemos en San Pablo y en otros muchos santos, que caminaban al martirio llenos de gozo; sexta: Jesucristo exige de los suyos una caridad fuerte como la muerte y el infierno, no sólo para salvarse á sí mismos, sino también á los otros, con un celo inflamado en vivísimas llamas.

En cuanto á las lámparas de fuego y de llamas que se atribuyen al celo, San Anselmo dice: «que son las almas de los santos que arden por dentro en las brasas de la caridad, y alumbran por fuera con las llamas del celo.» Otros traducen, en vez de lámparas, carbones con la llama de Dios, ó alas alderredor, ó saetas volantes, ó ímpetus del fuego, ó chispas que saltan.

Como se ve, todo esto indica la fuerza y eficacia del celo, pues nada hay más eficaz con qué compararlo que con el fuego.

En nadie fué tan fuerte el amor como en el corazón de nuestra muy amada Madre, á la que San Cirilo llamó Lámpara inextinguible: en ella el amor fué fuerte como la muerte, pues el amor á Dios y á los hombres la hizo consentir en la muerte de su divino Hijo. En ella el celo fué duro como el infierno, pues sufrió voluntariamente sus dolores, que pueden compararse á las penas del infierno por su dureza; y todo por el celo del bien de las almas, á quienes daba á luz en el Calvario. Su cuerpo y su alma eran como las lámparas de fuego y de llamas que siempre ardían en el celo de la gloria de Dios y de la salud de los mortales. De la fuerza de estas llamas, que nada pudo apagar, y del sumo valor y precio de la caridad, se sigue hablando en el verso que á continuación se expresa.

VERSO 7.

Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni los ríos la cubrirán: si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, como nada la despreciará.

Como acababa de comparar el celo del amor con el fuego, y como podría decirse: «al fuego el agua lo apaga»; para mostrar la fuerza de esas llamas, dice que ni las aguas, aunque sean copiosas, ni aun ríos enteros podrán apagarlas. Quiere decir, pues, que al amor y celo de Jesucristo para con su Esposa, no pudieron apagarlo ni las aguas, ni los ríos, ni los torrentes de las persecuciones, tormentos, dolores, trabajos, contradicciones, ingratitudes, desprecios y blasfemias, lo cual habría de durar por todos los siglos. Y ahora, en la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, es una consideración que siempre se propone, cómo el Señor, aunque vió en el porvenir todos los pecados

e ingratitudes de los hombres para con el Sacramento de su amor, no por eso dejó de darnos en él su cuerpo y sangre, ni de quedarse con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos: todas estas muchas aguas de ingratitudes, estos ríos de profanaciones y desacatos, no han podido ni podrán jamás extinguir las dos llamas que salen de su divino Corazón, y que indican su celo por la gloria de Dios y el bien de los hombres. Después de Jesús, el Corazón de María arde también en esas vivas llamas, que todos los dolores y afrentas de su Hijo, no bastaron á apagar, ni bastarán las culpas de los pecadores.

Si diese el hombre toda su riqueza y toda su vida por la caridad, como nada la despreciará, quiere decir que es tan grande el precio y la estimación de la caridad: que aunque el hombre diera todas sus riquezas, todos sus haberes y todo su sustento por comprarla, sería tenerla en el más alto desprecio el estimarla en tan poco. Nuestra amada Madre sí supo estimarla, pues dió por ella á su amado Hijo, que era toda su substancia,

después de haberlo dejado todo por los votos religiosos que despojan al alma de su fortuna, de sus sentidos y hasta de su propia voluntad.

VERSO 8.

Nuestra hermana es pequeña, y aun no llega á la pubertad: ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día en que la hayamos de hablar?

Algunos, con San Gregorio, piensan que aquí es el Esposo el que habla; pero parece mejor decir con otros, que la Esposa ya adulta, habla de su hermana pequeña que aun no está acabada de formar, y á la cual piensa proporcionarle un Esposo; y por eso pregunta al suyo, qué deberá hacer cuando llegue la vez de hablarle acerca del matrimonio. Algunos doctores creen que no sería muy decoroso hablar con él acerca de esto, y que así estas palabras se dirigen

á sus compañeras. Alano cree que esto decían los ángeles antes de la Encarnación, esto es: «¿Qué haremos á la Bienaventurada Virgen cuando va á hablarla Gabriel Arcángel, diciendola que concebirá y dará á luz, cuando ella parece no estar formada y dispuesta para ello, como lo dijo al nuncio celestial: Yo no conozco varón?» Otros creen que es la santísima Virgen la que habla, pidiendo por la reciente Iglesia de los judíos que han de ser llamados por el habla y la predicación de Elías al fin de los tiempos. Sea lo que fuere, he aquí la respuesta que da luego el coro de jóvenes, ó más bien el Esposo.

VERSO 9.

Si es un muro, edifiquemos sobre él almenas de plata: si es puerta, guarnezcámosla con tablas de cedro.

Maravilloso es también cuanto aquí se ha entendido por estas palabras; más de-

jando mucho que no hace á nuestro propósito, sólo diremos, que por muro se significa el pecho de la Esposa, sólido, firme y constante; y por puerta, al contrario, un ánimo inconstante, un ánimo que entra y sale, un pensamiento que va y vuelve. Y así, este verso significa: «Si nuestra hermana que va á llegar á la juventud, es seria, quieta y formal, edifiquemos sobre ella almenas de plata, haciéndola advertencias sobre cómo debe defenderse de las asechanzas: démosle consejos de castidad y de pureza. Mas, si desgraciadamente ella fuese como una puerta, si se deja ver de los jóvenes procaces, y siempre se asoma á las ventanas, olvidando la modestia, entonces á esta puerta hagámosle tableros de cedro, es decir, tengámosla cerrada hasta con fuertes amenazas, para que no pierda la vergüenza y exponga su pudor.» La santísima Virgen fué como fuerte muro, porque tuvo siempre un ánimo esforzado y varonil, y siempre se edificaban en ella las almenas de plata de las palabras de la santa Escritura, y de las inspiraciones del Espíritu Santo. Ella es la puer-

ta de madera incorruptible, por la cual vino el alto Rey, y la que dió paso á la Luz eterna, por lo cual canta de ella la Iglesia:

Tu Regis alti janua
Et porta lucis fúlgida;
Del Rey alto, eres puerta,
De luz puerta esplendente.

Pero también es puerta del cielo para nosotros, como la llamamos en sus Letanías; y en el *Ave maris stella* le decimos: *Felix coli porta*, puerta feliz del cielo. Y es puerta guarnecida con tablas de cedro, por sus altas é incorruptibles virtudes, que la cierran para que defienda á sus devotos de los ataques del enemigo, cerrando la puerta para que no entren en la tentación, ni el demonio entre en ellos con sus asechanzas.

VERSO 10.

Yo soy muro: y mi seno como torre,
desde que ante él he sido hecha como la que encuentra la paz.

Aquí la Esposa reconoce su fortaleza; pues es y se llama muro, por la firmeza de la virtud, y se llama torre por la altura de la oración; y como de ella saca la leche de la doctrina y del espíritu que derrama en los otros, por eso compara con ella sus senos, que significan, ya los dos Testamentos, ya los dos preceptos de la caridad, ya los dos géneros de vida, activa y contemplativa; y entonces fué delante de él, halladora de la paz, porque Jesucristo, príncipe de la paz, se la dió como un rico tesoro que ella había perdido. Honorio lo entiende de los Religiosos que, aunque primero hubiesen pertenecido al siglo, después se escudan bajo los muros de la Religión, y desde que se alimentan de sus Reglas y

Constituciones como de los pechos de su madre, aunque á los ojos del mundo nada muestren; pero á los ojos de Dios, han encontrado la paz, la paz dulcísima del claustro, que en el mundo nunca pudieron encontrar.

En cuanto á nuestra muy amada Madre, es el fuerte muro que el demonio no se atreve á atacar; y los senos de su protección y de la doctrina de sus ejemplos con que nos alimenta, son torres (así dice el hebreo) en que nos guarecemos y en las que nos libramos del enemigo infernal. Por lo demás, óigase cómo la hace hablar el Abad Guillermo: «Luego que el Verbo eterno tomó carne de mi carne, encontré y sentí llevar en mi seno, del Espíritu Santo, y en mis entrañas encontré como la paz, porque en ellas llevaba la hostia pacífica que todavía no se inmolaba, y cuya inmolación es la paz plena y completa. Y desde que el Espíritu Santo me cubrió con su sombra, me llenó de tanta excelencia, de tan gran poder y de tan exquisita clemencia, que para todos los que á mí se acogen, no sólo les soy muro para fortalecerlos,

sino también Madre para alimentarlos, y tal madre cuyos pechos son como torre, porque su piedad maternal no sólo nutre á los párvulos, sino también á aquellos que tienen que salir al campo á pelear con sus enemigos.» Por aquí vemos que la Virgen María, al mismo tiempo es fuerte y tierna, poderosa y misericordiosa; al fin Reina y Madre, Reina de los ángeles y Madre de los hombres.

VERSO 11.

Una viña tuvo el pacífico en aquella que tiene pueblos: entrególa á los guardadores:
el hombre trae por su fruto mil monedas de plata.

VERSO 12.

Mi viña delante de mí está. Tus mil, del pacífico, y doscientos para aquéllos que guardan sus frutos.

El pacífico se llama aquí á Salomón, el cual poseía una grande y rica viña en un punto llamado Baal Hamón, cuyo nombre traducido significa «la que tiene pueblos», esto es, ciudad de numerosos habitantes. Esta viña la dió en arrendamiento á un inquilino que paga por ella mil monedas de plata al año. Luego añade la Esposa, que su viña ante ella está: es decir, que no la ha dado en arrendamiento, sino que ella misma la cuida; que si al pacífico Salomón le produce mil monedas, á sus cultivadores les quedan de ganancia otras doscientas. Ahora bien; por la primera viña se entiende la sinagoga, y por la segunda la santa Iglesia. Las mil monedas, son los copiosos frutos que produce la viña: la multitud de los pueblos son los de tantas

naciones que oyeron la predicación de los Apóstoles en el día de Pentecostés; y las doscientas monedas dadas á los guardadores de la viña, significan el doble premio que da Dios á los predicadores y á los doctores. El número de mil denota la universidad de los santos, y también significa la virginidad, porque la cifra del uno indica el único Esposo á quien las vírgenes se consagran; y el número doscientos, significa las nupcias, por el número dos, pues son dos juntos en uno, en el matrimonio. Otros dicen que el mil, como número perfecto, pues es el diez multiplicado por diez y otra vez por diez, significa á Jesucristo; y el número doscientos, compuesto de un ciento y otro ciento, significa la santísima Virgen con los dos céntuplos de la virginidad y de la maternidad. María, pues, nuestra Madre y Señora, es la viña del pacífico Salomón; Dios la plantó en Baal Hamón, ó «en la que tiene muchos pueblos», porque la dió á todo el mundo y á todas las naciones; y la entregó á los guardadores, que son los diez mil ángeles que deputó para su custodia,

y también al amado discípulo al pie de la cruz; y de ella saca doscientas monedas por fruto, porque la imitan y la veneran las desposadas y las vírgenes.

VERSO 13.

¡Oh! Tú, que moras en los huertos, los amigos escuchan: hazme oir tu voz.

VERSO 14.

Huye, Amado mío, y asemíjate á la corza y á los tiernos cervatillos sobre los montes de los aromas.

El Esposo, por fin, y al terminar este sagrado Cántico, desea oir la voz de su Esposa, que dirigida á él la escuchen también sus amigos. Y como todo este drama pasa en los campos, contempla á la Esposa morando en las granjas y jardines; y por eso le dice: «oh, tú, que

habitas en los huertos: nuestros amigos también te escuchan; pero tú hazme oir á mí tu voz»; Dios dice al alma santa: «tú que habitas en los jardines de las virtudes, en los huertos de las buenas obras, aunque tú no los veas, los ángeles te miran y te escuchan; hazme, pues, oir la voz de tu oración: cuéntame tus deseos; hazme tus peticiones; derrama ante mí todos tus afectos; mira que yo puedo mandar á los ángeles que te ayuden y te sirvan, que cumplan tus deseos, que realicen tus votos, que te asistan cuando ya al salir de esa vida vengas á mí. Ya dejarás los huertos y vendrás á habitar en el palacio real; ya olvidarás las frutas de este mundo para saciarte del torrente de las delicias en la mesa del Señor.» Y aitán dulcemente habla al alma á quien ama, ¿qué no diría, cómo hablaría á su muy amada, á su paloma, á su escogida, y á su perfecta! ¿Cómo no desearía oir por última su dulcísima voz, que sus amigos los Angeles y los santos Apóstoles reverentes escucharían, cuando llegaba el instante de su felicísimo Tránsito! Tres veces, entre otras, le hizo María

santísima oir su voz: cuando habitando Ella en el huertecito de Nazareth con su Esposo el castísimo Patriarca, como la azucena con un lirio, hizo oir su voz que decía: «He aquí la esclava del Señor.» La segunda vez, cuando al tener que partir el Señor á los cielos, como Hijo fiel pidió á su Madre le diese licencia de ir al Padre: y Ella entonces le respondió: «Huye, Amado mío, sé semejante á la corza y al cervatillo sobre los montes de los aromas.» La tercera vez, como decíamos, fué en su dichoso Tránsito, cuando al proponerle su divino Hijo el llevarla á los cielos, contestó como siempre: «He aquí la esclava del Señor.» Y ahora, ya estando en el cielo, dice un piadoso Cardenal, que Jesús pide á su santísima Madre que le deje oir su voz, que los ángeles y los santos escuchan complacidos, cuando pide y ruega por sus hijos mortales en la tierra; y los ángeles se muestran prontos á servirla y á llevar prontamente sus dones á sus siervos y devotos en la tierra; y los santos unen sus preces á las de su Reina, solicitando del Señor lo que Ella pide. Y la Reina del

cielo, obsequiando los deseos del Señor, le habla y le dice: «Huye, Amado mío; huye ya del mundo que acaba; y como cervatillo que huye de las venenosas serpientes, y como la corza que huye del ruido y del trastorno, sube á morar para siempre en los montes de los aromas.» Jesucristo, dice San Gregorio, huye de los réprobos á los montes de los aromas de las almas santas; San Ambrosio dice, que el alma exhorta á su Esposo á huir de este mundo, porque Ella ya puede seguirle, y huir con él y volar á las alturas. Honorio lo explica así: «El Amado huye de entre los males, cuando lleva á su Esposa, sacándola de los trabajos de este mundo, á los gozos del cielo. Será semejante á la corza, cuando escoja á los buenos de entre los réprobos, separando el grano de la paja; será semejante al cervatillo, cuando descanse en sus santos, como éste en la sombra de los árboles; y estará sobre los montes de los aromas cuando reine sobre la alteza de los ángeles y de los santos que despiden el aroma de las virtudes.»

Así, este hermoso y divino Cantar,

termina con la muerte del justo, y con el fin de los siglos, y con el Tránsito y Asunción de la santísima Virgen á los cielos. Y así se nos enseñó á pensar en la muerte, á disponer para ella y á dirigir hacia ella y hacia nuestro fin nuestras acciones é intenciones. ¡Felices de nosotros si nos aprovechamos de tantas advertencias, exhortaciones é ilustraciones que en el amor y por modo de amor se nos dán en este Libro inspirado! ¡Dichosos, si conociendo mejor á nuestra muy amada Madre, más alabamos sus grandezas, y más confiemos en su protección, y mejor la sirvamos, y más ardientemente la amemos todos los días de nuestra vida!

Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada.

Escuchad mi voz, Hijas mías, pues por vez última va á hablaros aquí vuestra Madre. Todo cuanto hagais, debéis dirigirlo á salir bien de esta vida, como el

caminante que en su travesía solo mira y piensa en su llegada: una muerte feliz, piadosa y de antemano preparada, es el asunto que más debe preocuparos. Por eso debéis suspirar por encontrar á Jesús, vuestro hermano, cuando salgais afuera de este mundo, para entrar con él á la casa de la madre Jerusalén, donde ya no llegan las persecuciones y desprecios de los hombres. Allí daréis para siempre al Señor el vino del amor y el mosto de la alabánza: allí El, con su izquierda, os dará las dotes del cuerpo glorificado, y con su derecha abrazará vuestra alma con el abrazo de la divinidad que nunca se desune. Los ángeles, admirando vuestra gloria, preguntarán quién es la que sube del desierto de la vida, llena de delicias y apoyada en su Amado. Allá será un sello sobre vuestro corazón y sobre vuestro brazo, el goce perdurable del alma y del cuerpo: allá el amor será fuerte cómo la muerte, porque habrá triunfado de ella, y no morirá jamás; y duro como el infierno, porque le ha vencido escapando de él para siempre; allá nada podrá apagar el fuego del amor,

pues ni las aguas de las culpas, ni los ríos del olvido, tienen allá cabida. Allá conoceréis que todo lo que hicísteis en la vida por conquistar el amor, fué muy bien poco, y que su precio es tan grande, que no podríais igualarlo ni aun con la sangre del martirio. Estando ya en el cielo, pediréis por vuestros hermanos menores que dejasteis en la tierra: que al tiempo de su vocación sean muros de fortaleza y de constancia en sus deseos; que si por desgracia son puertas de vanidad y disipación, el Señor las cierre con el cedro de sus mandamientos: que á las buenas y fervorosas les sobreponga las almenas de plata de puros y preciosos pensamientos; y á las tibias ó mundanas, las prenda con los cerrojos de su gracia. En el cielo, ante Dios, encontraréis la paz; y la viña de vuestra alma entregada á la custodia de los ángeles, ofrecerá su fruto á su dulce dueño, y á mí, que la guardé como cosa mía, me dará cómo en premio las monedas de perpetuas alabanzas. Por ahora, amadas hijas mías, aun moráis en los huertos de mis floridas Asociaciones; mas ya los ángeles y los santos, vuestros

abogados, mis siervos y amigos, desean oír vuestra voz con que les pidais favor y ayuda, para salir felizmente de este mundo y seguir al cervatillo y á la corza su madre, á Jesús y á María, á las montañas de los aromas eternos. Yo deseo también oír vuestra voz, mis dulces hijas, aquella voz con que me cantais en vuestros postreros días, cuando repetis el Cantar de vuestra recepción; y con voz apagada, pero con corazón ardiente, repetís: «¡Lo prometí, soy hija de María!» ¡Ojalá y con toda verdad podais añadir entonces: «Fiel he permanecido; lo prometí, y lo he cumplido.» Allí resplandecerá mi cinta azul sobre vuestro pecho: mi imagen con los brazos abiertos será el símbolo de las nuevas gracias que derrame sobre vosotras: un pleno perdón de vuestras culpas y de las penas á ellas debidas, acabará de purificaros; y vuestro cuerpo ya exánime, cubierto con blancas vestiduras, y vuestra frente de blancas flores coronada, serán el símbolo de la blancura de vuestra alma y de la corona de gloria que mi Hijo os tiene preparada. Amadme, pues, hijas mías, que yo amo

á los que me aman, y los que en mí y por mí trabajan, no caerán en pecado; y los que en mi Asociación me ilustran con sus obras y virtudes, obtendrán la vida eterna. ¡Adios, adios, vuestra Madre cordialmente os bendice!

Voz de las hijas.

Sí, muy querida y amada Madre nuestra: el dia por siempre bendito, lo prometimos, y con tu ayuda y favor permaneceremos fieles hasta la muerte; mas en aquella hora temible, como millares de veces te lo hemos pedido, de nuevo lo imploramos. En nuestra agonía haznos compañía, ¡oh dulce María! Y pues en el sagrado Cántico, en que el Espíritu Santo te colma de alabanzas, tan bellas lecciones nos has dado, permite, Madre mía, que de él formemos un himno en honor de tu Concepción Inmaculada.

Himno á la Virgen concebida sin pecado, sacado del Cántico de los Cánticos.

I

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Morena eres por tu humildad, Virgen santísima; pero hermosa, y muy hermosa, por tu Concepción sin pecado.

El Señor, te ha atraído, Madre mía: haz que todos corramos tras el olor de tus ungüentos, imitando tus virtudes.

Morena eres, Madre mía, porque el sol te ha estragado el color; porque tu hijo crucificado te ha llenado de dolor.

En el medio día de su Pasión apacentó tu alma, y allí quiere que apacentes también los rebaños de los pobres pecadores.

Tú eres la carroza del Señor, que en tu seno le llevaste á las montañas, y en tus brazos al templo y al Egipto.

Tus mejillas son de tórtola, llorando la Pasión; tu cuello como collares de perlas esperando la Resurrección; para

ti formó el Señor adornos de gracias especiales.

Como nardo adoraste á Jesús en el pesebre reclinado; como manojito de mirra, lo abrazaste contra tu pecho crucificado; como racimo de cipro, lo estrechaste contra tu corazón, resucitado.

Amiga del Señor, tú eres hermosa; tus ojos de palomas; tu modestia y sencillez por allí asomas.

II

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Como azucena entre las espinas, así eres, Madre mía, entre las hijas.

En la cámara de sus secretos el Rey te introdujo: levantó en tí la bandera del amor.

Con flores de santos deseos te ha sostenido; con manzanas de obras heroicas te ha cercado.

Con sus dos manos te ha abrazado, y ha mandado que guarden tu sueño.

El Amado te ha hablado para llamarte,

y te ha nombrado su amiga, su hermosa y su paloma.

En las hendiduras de la piedra y en la cueva del cercado, en las llagas de sus manos y pies y en la herida del Costado, ver quiere tu rostro y escuchar desea tu voz.

El es todo para tí y tú toda para él, Reina y Madre, y Señora mía.

III

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Perdido Jesús Niño, por las calles y plazas lo buscabas; preguntabas por él y no le hallabas; mas entre los doctores le encontraste, y dócil, á tu casa le llevaste.

Como varilla de humo, exquisito perfume derramaste.

De litera riquísima al verdadero Salomón serviste, y con la blanca diadema de la humanidad le coronaste.

IV

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Hermosa eres, Madre mía, en tu castísimo cuerpo, y hermosa en tu alma angelical: hermosa como Virgen y hermosa como Madre; hermosa en tus gozos y hermosa en tus dolores; hermosa te ven los Angeles en el cielo, y hermosa te veneran tus siervos en la tierra.

Tus ojos de palomas, por sencillos:

Tus cabellos como rebaños en el monte, por la alteza de tus pensamientos:

Tus dientes como blancas ovejas por tus puras oraciones; como cinta de grana tus labios por sus amorosas palabras:

Como granada partida, tus mejillas, por tu modestia; como la torre de David tu cuello, por su fortaleza; en ella cuelgan sus escudos los valientes; pues por tí resisten tus siervos las tentaciones.

Tú con amor de madre nos sustentas, y nos llevas al monte de la mirra y á la colina del incienso: á la mortificación y á la oración.

Del Líbano veniste y coronada fuiste, con tu amor y tu celo el Corazón de tu Jesús heriste.

Panal de miel son tus labios: miel y leche es tu hablar; aroma precioso tus vestidos y tus virtudes.

Huerto cerrado fuiste siempre á la serpiente, y para Dios sellada y pura fuente.

Granadas son tus renuevos; manzanas son tus frutos; cipro con nardo, cálamo y cinamomo, los perfumes de tus ejemplos, y mirra y áloe tus penas y tormentos.

Fuente eres que riegas los jardines: tus Ordenes y Congregaciones, tus Cofradías y Asociaciones.

V

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

A tu huerto, por tí llamado, vino el Amado; su mirra y sus aromas ha cosechado; comió con sus amigos dulce bocado y vino regalado.

Y mientras tú dormiste, Madre mía, velo tu corazón, Virgen María.

Y estando entre dormida tú y despierta, el Esposo tocó y abrió tu puerta; y al ruido que al abrirla hizo su mano, se estremeció tu pecho soberano.

Luego que habló, tu alma derritióse, le hablaste, le buscaste y no le hallaste; y á las hijas de Sión les preguntaste, y las señas y rasgos de tu Amado con amor y placer les indicaste, por poder ser buscado.

Cándido y rubicundo le llamaste; y entre mil, escogido, le digiste; y al pintar á Jesús, tú te pintaste; pues toda á él semejante siempre fuiste.

Cándida eres tú por tu virginidad, y rubicunda por tu fecundidad; cándida por tu inocencia, rubicunda por tu modestia: cándida por tu luz allá en el cielo, rubicunda por tu compasión sobre la tierra.

¡Como hermosísima entre la mujeres, todos tus hijos te saludan!

VI

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

Para el Amado eres tú, y á tí el Amado, que apacenta los lirios en tu prado.

Bella te llama, amiga, suave y fuerte; terrible como ejército: de suerte que se halla desplegado y á trabar la batalla preparado.

Tus cabellos, tus dientes, tus mejillas, otra vez las alaba; porque de contemplar tus maravillas y de alabar tus gracias, nunca acaba.

Si son muchas las reinas, más las damas; mas su única paloma á tí te llama, y su electa eres tú y su predilecta.

Te levantas graciosa cual la aurora; hermosa cual la luna eres, Señora; como el sol escogida; cual desplegado ejército muy terrible al infierno, y muy temida.

Vuélvete Sulamitis, desde el cielo: ¡vuélvete á que te veamos en el suelo!

VII

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

En tí miramos coros de escuadrones;

que al infierno, y su hija la herejía, miedo y terror tú sola les impones, Sulamitis hermosa, Madre mía.

Tus pasos son hermosos, tus calzados preciosos; inexhausto tu seno; tu vientre cual montón de trigo ameno, dentro de ti guardado, y de lirios blanquísimos cercado.

Cual torre de marfil tu hermoso cuello, ojos de agua purísimos, tus ojos; tu nariz, monte bello del Líbano, que siente los antojos del enemigo que á llegar empieza.

Como el monte Carmelo es tu cabeza: y en púrpura teñidos tus cabellos; porque reluce en ellos de la Sangre de Cristo la pureza.

¡Qué hermosa eres, mi Madre, y qué graciosa! ¡cuál en santas delicias, tu corazón purísimo reboza!

Tú eres la enhiesta palma, cuyos racimos cuelgan, regalados; y á ti quiero subir, Madre de mi alma, para cojer tus frutos tan preciados.

De tu garganta sale el mejor vino, á ser bebido y para ser rumiado; de tu

seno salió el fruto deseado: el buen Jesús, el Redentor divino.

Yo madrugo contigo, dulce Niña, á ver si hay fruto ó flores en la viña; haz que encuentre manzanas en mis puertas, cuando para ir á ti me sean abiertas.

VIII

¡Toda hermosa eres, María, y mancha alguna no hay en tí!

¿Quién es esta que sube del desierto, derramando delicias y favores, levantada en el árbol de aquél huerto, donde Eva nos llenó de sinsabores?

Ponme tú como sello, Madre mía, sobre mi corazón y sobre el brazo, los nombres de Jesús y de María, para que en dulce abrazo sea su amor dulce y fuerte, el que selle mi suerte, y me liberte en la hora de mi muerte.

Que los ríos de mis culpas nunca apaguen las llamas del amor dentro mi pecho; ni las negras tinieblas se propaguen con los ríos del olvido en su hondo lecho; antes sea mi alma como fuerte mu-

ro, puerta de cedro á Satanás cerrada, para que esté mi corazón seguro, y para que mi viña cultivada, rinda su fruto ante su dulce dueño, y espere ser feliz en lo futuro, cuando llegue á dormir mi último sueño.

Así te lo suplico, Madre mía,
Y en mi triste agonía,
Asísteme y ampárame, ¡oh María! Amén.

FIN

INDICE

	Pág.
Al lector	9
Capítulo primero.—Los seis ósculos del Esposo.—Su pecho.—Su nombre.—Las Hijas de María.—Los perfumes.—El gabinete.—Negra y hermosa.—Las viñas.—El medio día.—Los rebaños de cabritos.—La real carroza.—La tórtola.—Los collares.—El nardo, la mirra y el cipro.—El lecho de flores.—El techado de cedro y ciprés.—Voz de María.	
Verso primero	15
Verso segundo	28
Verso tercero	39
Verso cuarto	57
Verso quinto	64

ro, puerta de cedro á Satanás cerrada, para que esté mi corazón seguro, y para que mi viña cultivada, rinda su fruto ante su dulce dueño, y espere ser feliz en lo futuro, cuando llegue á dormir mi último sueño.

Así te lo suplico, Madre mía,
Y en mi triste agonía,
Asísteme y ampárame, ¡oh María! Amén.

FIN

INDICE

	Pág.
Al lector	9
Capítulo primero.—Los seis ósculos del Esposo.—Su pecho.—Su nombre.—Las Hijas de María.—Los perfumes.—El gabinete.—Negra y hermosa.—Las viñas.—El medio día.—Los rebaños de cabritos.—La real carroza.—La tórtola.—Los collares.—El nardo, la mirra y el cipro.—El lecho de flores.—El techado de cedro y ciprés.—Voz de María.	
Verso primero	15
Verso segundo	28
Verso tercero	39
Verso cuarto	57
Verso quinto	64

Pág.

Verso sexto 70
Verso séptimo..... 74
Verso octavo..... 77
Verso noveno..... 82
Verso décimo..... 89
Verso undécimo..... 92
Verso duodécimo..... 95
Verso décimotercero 100
Verso décimocuarto..... 104
Verso décimoquinto..... 108
Verso décimosexto..... 112
Verso decimoséptimo..... 116
Voz de la Virgen santísima á las Hijas de María Inmaculada....
Capítulo segundo. — El Esposo, flor y lirio.—La Esposa, azucena.—El manzano. — Su sombra y su fruto. — La bodega de los vinos. — El desmayo socorrido con flores y manzanos.— La izquierda y la derecha del Señor. —El sueño no turbado.—La corza y el cervato.—El acecho tras la pared.—Amiga y paloma.— Invierno y primavera.—Paloma

Pág.

en los agujeros de la peña.—Las raposas. — El rey coronado. — La vida y la muerte.—La voz de María 121
Verso primero 123
Verso segundo 126
Verso tercero 130
Verso cuarto..... 135
Verso quinto..... 140
Verso sexto..... 144
Verso séptimo 147
Verso octavo y Verso nono..... 151
Verso décimo 156
Verso undécimo y Verso duodécimo 159
Verso décimotercero 164
Verso décimocuarto..... 166
Verso décimoquinto..... 170
Verso décimosexto,..... 172
Verso décimoséptimo..... 175
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada..... 178
Capítulo tercero, La busca sin hallazgo.—Los guardas.—El sueño respetado.—Sube por el desier-

Pág.

to.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María. . . 181
Verso primero y Verso segundo. . 181
Verso tercero y Verso cuarto. . . . 183
Verso quinto. 189
Verso sexto. 190
Verso séptimo y Verso octavo. . . 193
Verso noveno y Verso décimo . . . 196
Verso undécimo. 200
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada. 204
Capítulo cuarto. Hermosura de la Esposa. — Sus ojos, cabellos, dientes, labios y mejillas, cuello y seno.—Sin mancha.—Las coronas de María.—Las dos heridas. — Panal, miel y leche. — Huerto cerrado y fuente sellada. —Granadas y manzanas.—Siete plantas aromáticas.—La fuente de los huertos y el pozo de aguas vivas.—El cierzo y el austro.—
Voz de María 207
Verso primero y Verso segundo. 207

Pág.

Verso tercero 213
Verso cuarto. 217
Verso quinto y Verso sexto 222
Verso séptimo. 225
Verso octavo. 228
Verso noveno. 233
Verso décimo y Verso undécimo. 238
Verso duodécimo 244
Verso décimotercero y Verso décimocuarto. 248
Verso décimoquinto y Verso décimosexto. 252
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada 258
Capítulo quinto. Convite al Huerto.—Dormir velando.—Toca el Esposo la puerta.—La túnica y los pies.—El pestillo que estremece. — Abrir sin encontrar.—Los guardas.—Preguntan quién es él.—Descripción: Sus ojos.—Su cabeza. — Sus labios. — Sus mejillas. — Su mano, su pecho y sus piernas.— Su garganta.—

Pág.

¿Dónde está para buscarlo? — Voz de María..... 261
Verso primero..... 261
Verso segundo..... 265
Verso tercero..... 271
Verso cuarto..... 273
Verso quinto y Verso sexto..... 275
Verso séptimo..... 277
Verso octavo..... 279
Verso noveno y Verso décimo... 282
Verso undécimo..... 285
Verso duodécimo, Verso décimo tercero, Verso décimocuarto y Verso decimoquinto..... 286
Verso décimosexto..... 287
Verso décimoséptimo..... 293
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada..... 294
Capítulo sexto. El Amado en el Huerto.—El para Ella y Ella para El.—Hermosa, graciosa y terrible. — Sus ojos y cabellos — Sus dientes y mejillas.—La Reina, las damas y las jovencitas. —La única paloma.—Todos la

Pág.

alaban.—La aurora, la luna y el sol.—Nogales y manzanas, viñas y granados—Aminadab.— Cuatro vueltas.—Voz de María... 299
Verso primero y Verso segundo 290
Verso tercero..... 302
Verso cuarto..... 306
Verso quinto..... 307
Verso sexto..... 308
Verso séptimo y Verso octavo.... 310
Verso noveno..... 313
Verso décimo..... 317
Verso undécimo y Verso duodécimo..... 319
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada..... 322
Capítulo séptimo. Coros de escuadrones.—Pasos y calzadas.—Copa colmada.—Montón de trigo. — El seno. — El cuello. — Los ojos.—La nariz.—La cabeza y cabellos.—Deliciosa hermosura. —La palma y sus racimos.—La garganta y los dientes. — Amor recíproco. — A las granjas del

Pág.

campo.—Las viñas y granados. —Los frutos en las puertas. — Voz de María..... 325
Verso primero..... 325
Verso segundo..... 329
Verso tercero y Verso cuarto... 333
Verso quinto..... 334
Verso sexto..... 342
Verso séptimo..... 346
Verso octavo..... 348
Verso noveno..... 353
Verso décimo y Verso undécimo. 355
Verso duodécimo..... 361
Verso décimotercero..... 363
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada..... 365
Capítulo octavo. Hallarlo afuera. —Su izquierda y su derecha — Sueño respetado. — Reposando en delicias.—El árbol del manzano.—Doble sello.—La muerte y el infierno.—Las aguas y los ríos.—La hermana impúber.— Muro ó puerta. — La torre y la paz.—La viña del pacífico.—La

Pág.

de la Esposa.—Los amigos escuchan.—Fuga á los montes de los aromas.—Voz de María..... 369
Verso primero..... 369
Verso segundo..... 370
Verso tercero y cuarto..... 373
Verso quinto..... 374
Verso sexto..... 377
Verso séptimo..... 383
Verso octavo..... 385
Verso noveno..... 386
Verso décimo..... 389
Verso undécimo..... 391
Verso duodécimo..... 392
Verso décimotercero y Verso decimocuarto..... 394
Voz de la Madre á las Hijas de María Inmaculada..... 398
Himno á la Virgen concebida sin pecado, sacado del Cántico de los Cánticos..... 403

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

publicación deberá ser devuelta
s de la última fecha abajo indi-

BT601
Ch3 39676
FEVT

AUTOR
CHAVEZ, Gabino

TITULO
María esposa del Espíritu
[illegible]

FECHA DE VENCIMIENTO	NOMBRE DEL LECTOR